

G.Z. Escribano

La simpática pero dramática  
historia de  
Laura María García Rodríguez

MÁS DE  
6.000  
LECTORAS



**La simpática pero dramática  
historia de  
Laura María García Rodríguez.**

G.Z.Escribano

©G.Z.Escribano, 2019

Todos los derechos reservados.

Imagen de portada: María Laura García

Corrección: Natividad Escalada

Fecha de edición: Mayo de 2019

<https://gzscribano.com>

Descubre la historia que ha cautivado a cientos de personas en Instagram. Ahora en formato novela corta, con todos los detalles de la vida de la protagonista.

Laura María García Rodríguez podrías ser tú, tu vecina, tu amiga, tu hija o tu compañera de trabajo. Laura podría ser cualquier mujer que hayas conocido.

Con Laura vivirás momentos que puede que hayas vivido en primera persona: amor, desamor, violencia, autorrealización, sexo...

Es una novela corta romántica con ligeros tintes eróticos que devorarás en una tarde de domingo.

¿Te atreves? Te prometo que genera adicción.

A mi familia:  
La de sangre, la de la calle y la de Internet.

# Índice

[Infancia](#)  
[Adolescencia](#)  
[Universidad](#)  
[El incidente](#)  
[Convivencia](#)  
[Flores](#)  
[Corfú](#)  
[Novela](#)  
[Bye,bye, bólido](#)  
[Magá](#)  
[Llamada](#)  
[Lo tuyo](#)  
[Cortinas](#)  
[Bio](#)  
[Gira](#)  
[Parroquia](#)  
[Vagón](#)  
[Urgencias](#)  
[Cipreses](#)  
[Vuelta](#)  
[Informe](#)  
[Pasifae](#)  
[Laura](#)  
[Nota del Autor](#)  
[Agradecimientos](#)

## Infancia

La historia de Laura María García Rodríguez podría calificarse como simpática, como dramática, como agrídulce, como tragicómica...o cómo se quiera. De lo que no cabe duda, es de que se trata de una historia que merece la pena contarse por lo variopinto de sus vivencias: tiene episodios tan peculiares como una inoportuna primera menstruación; un cómico incidente con un quinceañero en calzoncillos; o volar por los aires en un ring de boxeo.

La muchacha nació una fría mañana de finales de verano —que hasta para eso fue peculiar— y desde el día de su nacimiento estuvo marcada por infinidad de avatares. Mejor dicho, desde el segundo día, que fue cuando su progenitor, el señor García, fue a inscribirla en el Registro Civil de su pequeña ciudad de provincias. El deseo de su madre era que se llamara Laura; un nombre nuevo en una familia donde hasta ese momento predominaban denominativos más clásicos como María, Carmen, Antonia o incluso Isidra. Laura, como nombre, no es que fuera toda una revolución, pero a su madre le pareció cándido y novedoso.

En cambio, a su santo padre se le metió en la sesera que sería un nombre muy soso y demasiado moderno. Por ello decidió añadirle como segundo apelativo el de su bendita madre, el de la abuela paterna de la criatura, vaya.

—Laura María García Rodríguez.

Fue lo que el padre dijo al funcionario del registro, y así se quedó la muchacha. Nombre que solo sirvió para que la llamaran de decenas de maneras a lo largo de toda su vida: Laura, María, Marila, Lauma, LauraMari, etc. Y eso que ella siempre insistía en un simple Laura.

Por lo que respecta a su infancia, puede decirse que fue relativamente feliz. No obstante estuvo salpicada por los agravios que su padre cometía contra su madre. No es que el señor García maltratara a la señora Rodríguez, al menos físicamente. Sin embargo, su escaso sentido del amor dinamitó el ideal de familia que la madre esperaba. Él trabajaba en la fábrica de embutidos más grande de toda la provincia, y una de las más grandes del país. Todo un orgullo para su pequeña ciudad. Y cuando terminaba de trabajar las diez horas reglamentarias, prefería irse al bar antes que pasar tiempo con ellas dos.

A la señora Rodríguez le hubiera gustado darle un hermano o hermana a Laura, pero el señor García no estuvo muy por la labor. «—A no ser que quieras que coman siempre morcilla, no podremos alimentarlos bien».

El interés por compartir sábanas con su mujer se diluyó con el tiempo, y Laura se quedó como hija única. Esto y que el señor García estaba más tiempo fuera de casa que dentro, hicieron que Laura y la señora Rodríguez tuvieran una relación muy próxima. Al menos hasta que la niña llegó a la preadolescencia.

Era una muchacha bastante solitaria. Aunque tenía amigas/compañeras en el colegio, apenas quedaba con ellas fuera de las horas lectivas. A su casa acudieron como mucho dos compañeras, Amalia y Anabel, a realizar alguna que otra tarea colectiva. Y todo esto ya con diez años.

Precisamente estos diez años supusieron un punto de inflexión en su vida.

Un chiquillo del colegio, Agustín, empezó a interesarse por ella. Todo lo que un niño de diez años puede interesarse por otra niña. Se sentaban juntos en pupitres contiguos en el aula, y él se las ingeniaba para pasarle notitas de ¿amor?

En una excursión a un bosque a las afueras de la ciudad, Agustín se las arregló para quedarse rezagado y poco a poco fue tirando de las manos de Laura que, curiosa, se dejó llevar. Acabaron bajo un enorme alcornoque con Laura recostada sobre el muchacho. Él intentó besarla y ella al principio rehusó. «—No por favor, ¿qué haces?»

Agustín no se dio por vencido y a regañadientes Laura se dejó besar. Si es que a eso se le podía llamar besos, porque más que nada eran como cabezazos con los morros.

El silbato y los gritos de los profesores los sacaron de su «idilio».

Agustín insistió en quedar con Laura fuera del colegio. «—Los viernes por la tarde, por favor. »

Pero Laura no se mostró dispuesta. No es que le asqueara el contacto humano, pero el mínimo intercambio de saliva con el chico no fue de su agrado. Y además estaba la catequesis, donde se hablaba del matrimonio como único elemento válido para el amor, y por ende, para el amor carnal entre hombres y mujeres. Pasadas dos semanas de esos besuqueos/cabezazos tocaba confesarse para tomar la primera comunión. Ese sacramento en el que tanta vehemencia había puesto su padre que recibiera.

Bajo la madera del confesionario, tenía una cita con don Ángel, el párroco de su barrio. Un señor que se pasaba muy de vez en cuando por las clases de catequesis y que era casi un desconocido para los futuros comulgantes. Cuando le contó al cura el incidente con Agustín, este puso un interés inusitado en los detalles.

—¿Te tocó los pechos hija mía?

—No padre, no.

—¿Te tocó el trasero?

—No por favor, no me pregunte eso.

Al sacerdote parece ser que se le olvidó el voto de castidad: deslizó sus ásperas manos sobre el muslo de la muchacha, bastante más arriba de la rodilla, hasta casi llegar a su entrepierna.

—¿Te tocó aquí?

Laura pegó tal brinco que se golpeó en la cabeza con el techo de madera del confesionario.

¿Resultado?

Un buen chichón y un manantial de lágrimas con el que llegó a casa.

Su padre —como no podía ser de otra manera— no la creyó, pero su madre intercedió por ella.

—¿Pero cómo se va a inventar la niña esto, hombre de Dios?

—Yo que sé, no querrá hacer la comunión. ¿No ves que está siempre en su mundo?

—Haz el favor de apoyar a la única hija que tienes y ve a pedirle explicaciones al cura ese.

—¿Yo? No quiero problemas con la Iglesia que luego nos ponen una cruz en todos lados. ¡Pues qué no haga la comunión, eso que nos ahorramos!

Así que no hubo comunión que valiese, pero tampoco hubo convite ni viaje a la capital a conocer el Parque de Atracciones. Ni la propia comunión ni la fiesta es que le hicieran especial ilusión a Laura, pero sí quería viajar en tren a la capital y montarse en las atracciones que había visto por televisión.

El berrinche fue apocalíptico.

Además el «iluminao» de Agustín fue contando mentiras por todo el colegio, que se sumaron a los rumores procedentes de la parroquia. No la crucificaron, pero como había anticipado su padre, sí que le pusieron la cruz. Sus ¿amigas? empezaron a cuchichear y a darle la espalda. Con esa edad ella no es que fuera del todo consciente de lo que la rodeaba, pero sí lo suficiente para volverse aún más introvertida.

Pasó el verano enfrascada en lecturas de poemas. Acababa de descubrir a Bécquer y Espronceda, y eso mitigó su soledad, ya que su madre se distanció de ella, o ella de su madre. Nunca lo supo.

Lo que le ocurrió al siguiente curso, al poco de cumplir los once años, fue algo que jamás se le borraría de la memoria.

Su paso de niña a mujer.

La no deseada le llegó quizá en uno de los peores momentos posibles. Corrían las once de la mañana de un frío día de invierno y Laura recitaba entusiasmada un poema de Lorca. Una tarea encomendada por Arturo, su amado profesor de Lengua, que ella realizaba con devoción, vestida con su falda reglamentaria.

*¡Qué no quiero verla!  
Dile a la luna que venga, que no quiero ver la sangre  
De Ignacio sobre la arena  
¡Que no quiero verla!  
La luna de par en par...*

No fue la sangre del tal Ignacio la que vio, sino la de su primera menstruación entre sus zapatos, sobre el suelo del altillo de la clase.

La carcajada y burla por parte de sus compañeros fue excesiva. El hecho de coincidir con la declamación sobre la sangre que Lorca escribió en la poesía, contribuyó a ello. Agustín fue uno de los que más se cebó. Aunque incluso las que habían sido sus amigas hasta hacía poco tiempo, se rieron de ella. Laura no pudo articular palabra. Ni siquiera derramó una lágrima. Tan solo apoyó su espalda sobre la pizarra y trató de cruzar las piernas —ilusa— para intentar disimular la catástrofe.

Su amado profesor fue el único que mostró algo de empatía. Y solo algo porque en lugar de pedir a los demás que detuvieran la burla, se limitó a decir que se podía marchar a casa. Laura ni siquiera paró a recoger su mochila y su abrigo. Ni tampoco cayó en pasarse por el baño del colegio a intentar disimular el estropicio. Recorrió las gélidas calles de la ciudad humillada ante las atónitas miradas de los transeúntes, que parecían ver a un extraterrestre en lugar de a una niña indefensa. Porque al fin y al cabo seguía siendo una niña.

Cuando llegó a casa estuvo más de una hora en la bañera sin parar de enjabonarse con una áspera esponja. El rozar del rugoso tejido sobre su epidermis hacía el intento de limpiar la vergüenza y la humillación que sentía. Su madre trató de consolarla sin éxito.

—Así tienes una anécdota que contar a tus nietas, mujer.

No es que fuera algo agradable para contar a tu descendencia, pero la señora Rodríguez tampoco era una experta terapeuta, ni una buena amiga tampoco.

No acudió a clase el resto de la semana.

Una de sus compañeras, Amalia —la que menos se rio—, le llevó la mochila y las tareas a casa los dos días siguientes; días en los que a Laura le costó levantar un pie de la cama. Cuando Amalia le dio los libros a Laura, esta se lo agradeció con la cabeza gacha y Amalia tampoco hizo mucho por empatizar con ella.

El incidente hizo que se convirtiera en más introvertida si cabe. Aunque quizá marcó lo que fue su futuro, ya que se refugió, aun más, en los libros.

## Adolescencia

Laura se entregó por completo a la literatura. Ya estaba enamorada de Bécquer y Espronceda, también de Lorca y de Alberti. Y empezó a descubrir todo tipo de autores, no solo poetas, de todos los rincones del mundo.

Se hizo asidua de la biblioteca del barrio y de otras tantas de su localidad. Todas las tardes tras acabar los deberes y saludar a doña Rita la bibliotecaria, viajaba en páginas y palabras de un lugar a otro del planeta, del espacio y de los sentimientos humanos.

Así, con solo catorce años ya había leído: *La isla del tesoro*, *Cumbres borrascosas*, *Viaje al centro de la Tierra*, *Orgullo y prejuicio*, *Moby Dick*, *La divina comedia*, *El quijote*, *Crimen y castigo*, *Tom Sawyer*, *El conde de Montecristo* y una gran parte de las novelas de Agatha Christie.

Además de la biblioteca, su lugar favorito era la estación de ferrocarril. La descubrió un día que su padre tuvo que viajar a la capital y fue con su madre a despedirse. Quedó fascinada por el sonido de los trenes sobre la vías, el gran reloj que coronaba la cúpula central y la decoración clásica presente en toda la instalación. No en vano, era una de las estaciones más bonitas de todo el país, y otro orgullo para aquella pequeña ciudad de provincias.

Comenzó a visitarla en solitario con sus libros bajo el brazo. Le gustaba contemplar la partida y llegada de los ferrocarriles. Al tratarse de una ciudad pequeña, la frecuencia de salidas y llegadas de trenes de viajeros no era muy grande. En cambio había gran tránsito de convoyes de mercancías. Laura contemplaba fascinada como gigantescas máquinas y material de construcción iban y venían deslizándose sobre las vías.

Se buscó un lugar secreto dentro de la estación: un viejo vagón de pasajeros en desuso en una vía abandonada. Don Quintín era el encargado de mantenimiento de la estación y el marido de doña Rita la bibliotecaria. Él le explicó un truco para colarse por las noches y poder acceder al vagón abandonado.

—Si algún día te pillan, yo no te conozco —dijo mientras le guiñaba un ojo a la muchacha.

Laura correspondió con una sonrisa y otro guiño.

Durante las noches de verano y algunas tardes de invierno, ponía a sus padres alguna excusa relacionada con la biblioteca.

—¿Por la noche abre la biblioteca?

—Solo la del centro y hasta las doce, para estudiar.

Como iba siempre con los libros, su madre no ponía pegas y su padre no solía enterarse. Cargaba una mochila con una linterna, la novela que estuviera leyendo, una botella de agua y algún que otro *snack*. Se colaba en la estación; llegaba al vagón; se sentaba en los viejos asientos de madera; y le daban las doce, como a Cenicienta, sumergida en sus lecturas.

No tenía amigas y sufría alguna burla en el colegio, aunque aprendió a sobrellevarlo. Se puede decir que se hizo invisible.

¿Vacaciones?

Alguna escapada a un camping próximo a pasar el día; pequeña barbacoa con algunos amigos de sus padres; baño en la piscina y vuelta a casa. Apenas se relacionaba con los chicos y chicas de su edad, siempre con los libros.

—Se te van a salir los ojos de tanto leer —decía siempre su madre.

Cumplió dieciséis años y llegó el instituto. Allí conoció a dos chicas, un año mayores, con la misma pasión por los libros que ella: Eloísa y Marta. En la semana literaria que el Instituto Pablo

Neruda celebraba con motivo del aniversario de la muerte del gran poeta, se celebraban lecturas, recitales y concursos.

Marta ganó el concurso de poesía, Laura el de cuento y Eloísa el de ensayo. Así que en la ceremonia de entrega de premios empezaron a conversar y descubrieron que, al menos, las unía la pasión por los libros. Laura se había convertido en una persona tan retraída que le costó forjar una verdadera amistad con ellas. A pesar de esto, durante ese año disfrutó de muchas tardes literarias con ellas, e incluso pasó una noche en casa de Eloísa.

Noche de infausto recuerdo.

Resultó que el hermano de Eloísa estaba loquito por Laura. El muchacho tenía tan solo quince años, pero estaba bastante desarrollado para su edad. La propuesta era hacer una noche de libros, donde leerían pasajes de narraciones y poesías de sus autores favoritos. Marta no pudo acudir porque el día antes cogió una gastroenteritis que la dejó más seca de lo que ya estaba. A Laura no le hacía mucha gracia la idea de pasar la noche en casa de nadie, pero en el mes de diciembre ya apenas podía visitar su querido vagón; por lo que una noche literaria siempre era bienvenida. Su madre, encantada, la dejó que asistiera sin dudarle.

—Claro que sí, hija, así sales un poco.

Esto, lejos de gustarle, la perturbó y acudió con recelo. Era muy celosa de sus cosas y nunca había dormido con nadie excepto con su madre alguna noche en la niñez.

Eloísa había olvidado las velas que iban a usar para ambientar la lectura que tenían prevista: *El nombre de la rosa*. Por ello se ausentó unos minutos para buscarlas en el trastero.

—No tardaré mucho, espérame aquí.

Laura se quedó sola en la habitación; se tumbó en la cama boca abajo con las piernas dobladas apuntando al techo y abrió el libro de Umberto Eco. Al poco tiempo, Marcos, que era como se llamaba el susodicho, se coló en el cuarto de su hermana y se quedó a solas con ella.

—Hola.

—Hola —respondió Laura sorprendida.

—¿Te gusta la gimnasia?

—No sé, ¿por qué?

Sin comerlo ni beberlo, el adolescente se quedó en calzoncillos y empezó toda una serie de posturas acrobáticas intentando impresionar a la invitada. Laura se quería morir. Comenzó a llamar a Eloísa pero su amiga no aparecía por ningún lado.

—¿Puedes vestirme y parar, por favor?

—¿No te gustan mis músculos?

—Sí, muy bonitos, pero vístete. Me estás poniendo nerviosa.

El muchacho no hizo caso y siguió con sus poses. Laura no aguantó más y quiso marcharse de la habitación, pero Marcos se lo impidió apoyándose sobre la puerta.

—Vamos, solo déjate llevar —dijo, y acarició las caderas de la muchacha.

Laura no pudo más y empezó a chillar. Chilló con todas sus fuerzas y Marcos trató de pararla poniéndole la mano en la boca. Laura le mordió y salió corriendo de la habitación. Los gritos alertaron a los padres de los hermanos y fueron a ver qué ocurría. Eloísa también llegó en ese momento. Todos se encontraron en el pasillo de la casa y Laura comenzó a sollozar.

—Me ha intentado violar —gritó Marcos que apareció completamente desnudo en el pasillo.

—¿Qué haces desnudo, hijo mío! —Se alarmó la madre del muchacho.

—Pero ¿cómo te va a intentar violar *desgraciao!* —gritó el padre—. Vístete ahora mismo y tira *pa`tu* cuarto o te vas a enterar —. Le cogió del brazo y lo metió a empujones en su habitación.

Eloísa acompañó a Laura al dormitorio, donde trató de convencerla para que se quedara; la

invitada estaba demasiado alterada y se negó. Se vistió, recogió sus cosas y se marchó dando las buenas noches a los padres.

A pesar de las disculpas de Eloísa, el incidente enfrió la relación entre Laura y sus amigas. Quedaron algunas tardes más en la biblioteca e incluso para ir al cine, pero nunca más intentaron repetir la frustrada noche literaria.

¿Marcos?

No era la primera vez que montaba un numerito similar, el chico tenía un problema de exhibicionismo. El padre lo mandó a un internado.

El final del curso se acercaba y tanto Eloísa como Marta terminaban el instituto para ir a la universidad.

Llegó el verano y Laura volvió a su remanso de paz en el vagón de la estación. El calor y algo más redundaron en un nuevo acontecimiento en la vida de la muchacha. Una calurosa noche de verano se transformó en tórrida a medida que la joven descubría las excitantes letras de Anaïs Nin en *Delta de Venus*. Llevaba puesto un ligero vestido veraniego y leyendo el más que erótico libro, se dio cuenta de que sus manos estaban posadas encima de sus bragas. Se levantó un instante para echar un vistazo a través de las ventanas por si alguien pudiera estar espiándola —ilusa—, y se entregó por primera vez al placer onanista. Fue algo instintivo pero certero, ya que le sobrevino su primer orgasmo. Placeres de los que hasta entonces solo había escuchado habladurías —y leído muy por encima—, y a los que se hizo aficionada de ahí en adelante.

El siguiente curso, y último del bachillerato, debería haber sido el de su despertar social —y ¿por qué no? sexual—. Los muchachos y muchachas estaban todo el día de fiesta en fiesta, y con las hormonas por las nubes. Laura, por el contrario, a falta de fiestas, y de relaciones sociales y/o amorosas, siguió enfrascada en sus lecturas y estudiando como una bestia.

¿Consecuencia?

Una matrícula de honor en selectividad y su consiguiente beca. A ella le hubiera gustado estudiar Literatura y Humanidades, pero se dejó aconsejar por doña Rita la bibliotecaria —su verdadera mejor «amiga»—, y se matriculó en Periodismo. A sus padres, escépticos, les hubiera gustado que estudiara otra cosa, pero se habían apartado tanto de la vida de su hija, que poco pudieron decir.

Una calurosa mañana de septiembre la señora Rodríguez acompañó a Laura a la estación —el señor García estaba demasiado ocupado para ir—. La madre abrazó a su hija como si no fuera a verla nunca más: la hija correspondió al abrazo con mucha menos efusividad.

Ambas lloraron, una de tristeza, otra de alegría.

—Mamá, si en el próximo puente estaré de vuelta —mintió.

Laura María García Rodríguez, apenas dieciocho años cumplidos, proyecto de periodista y lectora compulsiva, se subió al tren.

Un tren que desde el primer minuto le estaba transmitiendo buenas vibraciones —literales—. Era la primera vez que viajaba sola en su medio de transporte favorito y estaba exultante. Se acurrucó en un asiento junto a la ventanilla y vio como su madre se despedía entre lágrimas. La señora Rodríguez no estaba en forma para correr por el andén como en las películas. Laura se alegró de ello.

En cuanto el tren se alejó de la estación, la muchacha hundió sus chispeantes ojos en la lectura de *Rayuela* de Julio Cortázar, y se emocionó al leer uno de sus pasajes.

Rayuela es uno de esos libros que te cambian la vida.

Y la vida en la capital, en la Universidad, la cambió para siempre.

## Universidad

La economía de los García Rodríguez nunca fue muy boyante. La matrícula de honor les ahorró las tasas universitarias, pero el alojamiento en la capital y la comida suponían un problema. Laura tenía la idea de alojarse en un apartamento para ella sola o quizá, y solo quizá, en una habitación en un piso compartido.

—No nos llega hija mía, no nos llega.

Así que tuvo que quedarse —«y date con un canto en los dientes»— en casa de una prima lejana del señor García.

Herminia, cincuenta años, vivía sola con una tortuga más vieja que ella. Muy de misa los domingos y de rajar de los vecinos. Se fue a la capital en la época de mayor inmigración a probar suerte, y encontró trabajo en un supermercado como cajera. No ganaba demasiado y echaba muchas horas, pero tenía algunas ventajas como la cercanía a la casa y la posibilidad de conseguir buenos alimentos a buen precio.

—Aquí no te va a faltar de *ná* —dijo mientras le daba un efusivo beso.

La mujer era una buena anfitriona y guisaba de escándalo. Tanto, que entre sus platos y la vida sedentaria de buena estudiante, a Laura le crecieron las caderas y la tripa más de lo que ella hubiera deseado.

Los primeros días en la capital fueron caóticos: se perdió más de una vez en el metro, por lo que decidió viajar siempre en autobús que no le estresaba tanto. «A mi me gustan los vagones y las vías, pero que pueda ver el cielo». Tardaba casi el doble en llegar a la facultad, pero merecía la pena porque disfrutaba del paisaje urbano que, de momento, le fascinaba.

En la Universidad, Laura se sintió autorrealizada y muy feliz. Quizá redescubrió esa palabra que estaba enterrada en el confesionario de la parroquia de su barrio. Su tía lejana pasaba mucho tiempo fuera de casa y apenas la molestaba. Disfrutaba de las clases como una chiquilla. Hizo amistades, tanto femeninas como masculinas. En especial con Lourdes, una muchacha de la capital con la que sintonizó desde el segundo día de clase.

¿La asignatura?

Lengua Española.

Pregunta del profesor sobre quién había leído *El quijote*. Solo diez de los más de ochenta alumnos levantaron la mano. Lourdes, mano levantada, estaba sentada al lado de Laura. La consecuencia fue una amistad más allá de las fiestas universitarias y las relaciones superfluas.

¿Fiestas universitarias?

Claro que sí; debido a su grupo de amistades —grupo pequeño pero grupo— se permitió el lujo de salir a bailar y beber. Algo que en su pequeña ciudad, apenas había hecho una o dos veces por motivos de algún compromiso familiar. Lourdes tuvo gran influencia en esto, ya que siempre le animaba a salir y divertirse más.

—No todo va a ser estudiar, corazón. Ese cuerpo merece que le den alegrías.

En una de estas fiestas conoció a Claudio. Un estudiante de Comunicación Audiovisual que empezó a interesarse por ella. El chico tenía su gracia, bastante culto y con tema de conversación. Lo que pasa es que todo lo que hablaba con ella siempre derivaba hacia alguna de sus películas favoritas, y le gustaba cerrar el intercambio de palabras con una sentencia lapidaria del tipo: «Alégame el día»; «Podrán quitarnos la vida, pero nunca podrán arrebatarnos la libertad» o «Houston, tenemos un problema». Al principio a Laura le hicieron gracia este tipo de comentarios y el humor de Claudio, pero después se agobió ante el interés excesivo del muchacho y pidió ayuda a Lourdes para escabullirse.

—El chico no está mal, pero es un poco pelma.

—Tan solo ráscate la nuca un par de veces y acudo en tu rescate.

Laura siguió las indicaciones de su amiga cuando se cansó de las excentricidades de Claudio y consiguió escaparse esa noche.

Claudio era tan fanático del cine que tenía su propia cámara digital (todo un privilegio para la época). El asunto es que no la usaba solo para intentar emular a Spielberg, sino que también grababa a Laura a escondidas. Un día en el que ella iba con una bonita falda corta luciendo pierna, lo pilló.

—Lo siento, solo pretendía immortalizar tu belleza.

«No me seas cursi, querido»

Él confesó su admiración/amor y Laura, baja de autoestima, aceptó su propuesta para salir.

Como no podía ser de otra manera, la cita fue en un famoso cine cultureta de la capital.

¿La película?

La última ganadora del Festival de Sundance y por supuesto en versión original con subtítulos. A Laura no le desagradó la peliculita en cuestión, aunque por momentos se distrajo pensando en qué iba a leer esa misma noche. A Claudio le hubiera gustado leer juntos el *Kama-Sutra*; lo pensó cuando ella —en un bar al finalizar el cine— confesó que era mucho más de libros que de películas.

—¿Has visto *Apocalypse Now*?

—No, pero he leído *El corazón de las tinieblas*. ¿Y tú?

—Lo tengo pendiente.

—Pues un día te lo dejo y verás como te encanta.

—Acepto si un día vemos juntos la película de Coppola.

Sellaron el trato con un apretón de manos y a Laura le gustó el tacto de los dedos del muchacho.

Claudio fue muy correcto y la acompañó a su casa sin ningún intento de acercamiento. Laura se sintió extrañada ante la falta de decisión del muchacho, porque la verdad era que el chico no estaba mal; sí, era un poco extravagante pero ¿quién quiere a alguien normal? Ella misma era una friki.

Nada más tumbarse en la cama recibió un mensaje con una oferta para ver la dichosa película al día siguiente. Laura, ofendida en su femineidad y con ganas de volver a sentir las manos de Claudio, aceptó. Necesitaba saber qué era besar a un hombre/chico. Necesitaba tocar otra piel distinta a la suya en sus noches de amor propio literal. Hubiera aceptado cualquier oferta de cualquier muchacho que fuera bueno/amable/simpático con ella. Y el aspirante a director de cine había sido todo eso con ella hasta el momento.

Claudio vivía en un piso de estudiantes. La noche del sábado sus compañeros estaban fuera. «Tonto no es el muchacho no». En la casa, otra cosa no, pero una tele grande y todo tipo de aparatos tecnológicos —DVD, consolas, equipo de sonido, etc.— no faltaban, en un salón que —aparte de medio expositor de una conocida cadena de electrodomésticos— solo contaba con un mísero sofá y la típica mesa de madera de las casas de alquiler.

¿Cena romántica?

*Pizza y cerveza a la que Laura empezó a aficionarse.*

Claudio, emocionado, enseñó orgulloso su edición de coleccionista de la famosa cinta bélica. Laura le entregó *El corazón de las tinieblas* y le suplicó que lo cuidara como cuidaba su cámara.

Cuando la película iba por algo menos de la mitad, la invitada estaba «echa un cesto» en el sofá. Ni La cabalgata de las Valquirias, ni el Coronel Kurtz ni nada. Cayó en un sopor del que solo la despertaron las manos de Claudio para descalzarla y poner sus pies sobre él.

—Disculpa, mejor me voy a casa.

—¿Me dejas al menos que te de un masaje en los pies?

Laura no supo qué hacer ni decir. Estaba un poco adormilada, pero también se sintió ¿erotizada? y aceptó. El masaje en los pies fue subiendo de intensidad y cambiando de parte anatómica de la muchacha. Claudio llegó con sus manos hasta el muslo.

«Al final me va a seducir el *Copolilla* este».

Se tumbó sobre ella y la besó en el momento justo en el que mataban a un buey en la pantalla. Laura, nerviosita perdida, no acertó a cerrar los ojos y desvió la mirada. Al ver la sangrienta escena en el televisor, se sobresaltó y se levantó del sofá.

—Apaga la puta película esa. —Se sorprendió a sí misma diciendo la palabrota.

Claudio por poco tira la televisión al ver que no se apagaba con el mando a distancia. La cogió de la mano y la llevó a su habitación. Allí sobre una cama sin hacer en días (o semanas), empezó a besarla en la boca y en el cuello. Laura correspondía en la medida de lo posible y se dejaba hacer. Él le quitó la camiseta y el sujetador con una torpeza exasperante. Cuando el muchacho trató de besarle los pechos, Laura reuló y se los tapó.

—Por favor, ten cuidado.

Claudio estaba tan nervioso como ella y no quiso forzar la situación. Siguió besándola y procuraba no pasarse con la lengua. Sentir los pechos de la joven sobre su delgado torso fue suficiente para que su erección fuera en aumento. Laura aprovechó la semidesnudez del muchacho y disfrutó acariciando su espalda. Necesitaba esa sensación en sus manos. Tan solo había visto el cuerpo ridículo y desnudo del hermano de su antigua amiga de instituto. Claudio no es que fuera un adonis, pero tenía piel, una suave piel masculina cuyo tacto le agradaba y hacía humedecer su entrepierna. Lo abrazó tan fuerte que el chico apretó su paquete contra las bragas de la muchacha.

¿Consecuencia?

Un ahogado gemido de Laura.

El joven lo tomó como un signo inequívoco y se lanzó a por todas. Se bajó el pantalón y trató de hacer lo mismo con el de Laura. Cuando lo consiguió se topó con las bragas e hizo el intento de quitárselas. En ese momento se activó una especie de instinto de supervivencia en ella.

—Es mi primera vez.

—La mía es solo la segunda.

Pero su estrategia de dar pena no funcionó y Laura lo rechazó con toda la compasión que pudo. No supo porqué, pero empezó a sentir un profundo rechazo por el contacto con Claudio ¿o con cualquier otro cuerpo masculino? Se dijo a si misma que la mano —y la lascivia— del padre Ángel le habían traumatizado. Quizá fuera verdad, pero quizá había otra razón subyacente. Y la descubrió el día del incidente con su ginecólogo, al que había conocido tan solo un mes antes de ese intento fallido de intimar con Claudio.

Su ginecólogo se llamaba Alberto De Miguel.

## El incidente

Alberto De Miguel era un ginecólogo residente en el Hospital Clínico. Lo conoció cuando fue a hacerse una revisión rutinaria. Barba de dos días; uno setenta y nueve; anchas espaldas y pequeños ojos marrón claro.

—Si los llega a tener azules me declaro allí mismo con las tetas al aire o despatarrada —le contó a Lourdes entre carcajadas en una de sus infatigables tardes de estudio en la biblioteca.

Lo que al principio fue una broma se fue transformando en algo más serio.

El primer día de consulta no ocurrió nada digno de reseñar, tan solo que Laura quedó prendada del atractivo del médico. También de su amabilidad. Le exploró los pechos y la citó para una segunda revisión; revisión que se produjo tan solo a los seis meses por un pequeño bulto que encontró en la mama izquierda de Laura.

—No te preocupes, parece benigno, pero vuelve con la mamografía hecha y descartamos cualquier problema.

Para Laura esos seis meses parecieron seis años, no solo por su pequeño bulto mamario, sino porque estaba deseando volver a ver al doctor. Empezó a sentir cierto placer exhibicionista con él. En su pequeña ciudad tuvo la suerte —eso le dijo su madre— de ser atendida por una ginecóloga. Así que Alberto era el único hombre que había visto y tocado —si es que se puede llamar así— sus zonas más íntimas.

El día de la segunda revisión se había rasurado todo su vello púbico, cosa que no recordaba haber hecho nunca. Y acudió a la consulta más erotizada de lo debido. Su intención era tan solo flirtear. «Nada más, lo juro».

Pero su fisiología/libido le jugó una mala —o buena— pasada.

—Buenos días Laura, he visto los resultados de tu mamografía y como te dije, no hay ningún problema. Es un pequeño quistecillo completamente normal, deberá disolverse con el tiempo.

—¡Uf!, me alegro, muchas gracias.

—Descúbrete voy a hacerte una nueva revisión para dar por zanjado este asunto.

El doctor examinó sus pechos; ella, sonrisa tímida mezclada con mueca de dolor por la presión. Suficiente para erotizarla un poco más si cabe. Además se había relajado demasiado con la buena noticia. Y sin darse cuenta, se sentó en el potro de exploración con algo que no esperaba: la humedad entre sus labios vaginales.

El doctor De Miguel —«qué guapo, por favor»— le pidió que levantara la sábana y le puso una mano en la cara interna del muslo. Ahí sucedió la hecatombe: ella explotó en un orgasmo ahogado, pero notorio. Sus labios vaginales lubricaron y su cuerpo se estremeció. Nunca, ni en sus noches onanistas había sentido semejante placer y menos con alguien presente. Ni mucho menos con Claudio en sus dos intentos frustrados de penetración.

Se le vino el mundo encima. Se acordó de su episodio con la «no deseada» en el colegio cuando todavía era una niña de apenas once años. Ahora, con diecinueve era una mujer con su potencia sexual dormida.

—Lo...lo siento —dijo. Y sus piernas volvieron a cerrarse como aquel día.

—No pasa nada, no es la primera vez... —contestó el doctor visiblemente nervioso.

A pesar de la vergüenza que la embargaba, ese comentario le hizo sentir una punzada de celos. «¿A cuantas les ha pasado esto en tu cara?»

—De verdad no te preocupes, es más habitual de lo que pueda parecer —repitió el doctor, pero pronto cayó en la cuenta de su error—. A ver, no es que pase todos los días, pero sí en alguna ocasión. —El médico tampoco estaba cómodo con la situación.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Laura.

—Si quieres, por favor, ve al baño y te veo después de la siguiente paciente.

Laura vio el cielo abierto. Se vistió, recogió sus cosas y se despidió con un «hasta ahora».

«De hasta ahora nada, yo me piro».

Y esa fue su primera decisión: coger el ascensor y marcharse del hospital. La parada del metro estaba a un paso; pero si ya odiaba viajar bajo tierra, una situación como esa lo complicaba todo más. Lo malo es que la línea de autobús que llevaba a casa de su tía, tardaba mucho en pasar. Así que mientras esperaba tuvo tiempo para pensar. Se acordó de las miradas de la gente de su ciudad cuando volvió a casa con las piernas ensangrentadas; se acordó de la bañera y la larga hora que estuvo allí enjabonándose; se acordó del horrible mensaje de ánimo de su madre «¿Esto también se lo cuento a mis nietos, mamá?» Deseaba volver al piso de su tía y volver a sumergirse en la bañera. No sabía porqué, pero se sentía sucia.

«Un momento. ¿Sucia?».

«Soy una mujer, no un bicho raro».

«Lo raro sería que no tuviera la regla o no me corriera, joder».

Este tipo de mensajes acudieron a su mente y la rescataron. El autobús de la línea 138 se detuvo ante la marquesina donde Laura esperaba. Ella era la única pasajera y llegó a poner un pie en la puerta de acceso. El conductor era un tipo bastante antipático al que Laura ya conocía de otras veces. Cruzaron la mirada y al ver la cara de pocos amigos del chófer, decidió darse la vuelta en dirección al hospital.

Se infundió ánimos a sí misma; trató de mandarse mensajes de autoconfianza; y así retornó a la consulta del doctor De Miguel.

—¡Vaya!, pensé que no volverías. En serio, no te preocupes, esto no saldrá de esta consulta.

—Gracias doctor.

Él la exploró de forma minuciosa y aséptica. Ella no volvió a sentir la llamada del deseo. Finalizada la revisión el ginecólogo la citó para el resultado de la citología.

—Nos vemos en un mes, ¿de acuerdo?

Laura se despidió con una tímida sonrisa y quedó marcada por la mirada de compasión del doctor De Miguel.

Ese mes pasó rápido, era temporada de exámenes y ello le permitió olvidarse —al menos a ratos— de su querido ginecólogo. Como era habitual en ella, las notas fueron excelentes. No podía ser de otra manera y sacó matrícula de honor en Lengua Española.

Pero Laura estaba lejos de tener una vida fácil: en la revisión, el doctor le comunicó que tenía un pequeño quiste en un ovario.

—No le des mucha importancia Laura, tan solo tendrás que venir a revisarte con cierta frecuencia. Si en el futuro hubiera cambios, hablaríamos de operar, pero de momento solo control.

Ella se llevó un buen varapalo. Apenas se despidió del doctor y se le saltaron las lágrimas en su camino de vuelta a casa. Al menos no le tocó el chófer antipático.

Poco a poco se fue calmando y encontró un resquicio de esperanza a la mala noticia.

«Al menos podré ver al doctor Alberto con frecuencia».

Tenía que visitarlo cada tres meses y someterse a las manos y miradas del ginecólogo; y volvió a sentir el placer exhibicionista en ello. Y sintió que se excitaba más de la cuenta.

«¿Seré una perversa?».

«No, tan solo una chica que no sabe lo qué es ni el amor ni el sexo».

«Y ya tengo casi veinte años».

Por ello se mentalizó para no auto reprimirse con el doctor. Tampoco era plan de insinuarse de

forma descarada. Solo se propuso seguir sus instintos y no encarcelar ese erotismo previo a la cita.

«¿Y si me vuelvo a correr?»

Decidió masturbarse siempre antes de acudir a consulta para que no le volviera a suceder otro incidente eyaculatorio. Le costaba llegar al orgasmo, y la cara y el cuerpo del doctor siempre estaban en su mente.

Y eso ayudaba.

Ayudaba mucho.

La primera citología daba una ligera alteración pero nada preocupante. Por ello es por lo que se fijó que las revisiones deberían ser cada tres meses. Cuatro veces al año. No se sabe si fruto de la casualidad o del destino, dichas revisiones coincidían con los cambios de estación. En los equinoccios de primavera y otoño, y en los solsticios de verano e invierno.

—¿Se ha dado cuenta de que mis revisiones siempre coinciden con el cambio de estación? — preguntó Laura a Alberto con un destacable brillo en sus córneas.

—¡Qué casualidad! Tiene su gracia.

Se acababa de cumplir un año desde que Alberto comunicó la noticia del problema a Laura. Se miraron y se palpaba la tensión en el ambiente.

—¿Nos vemos en el próximo equinoccio?

—No doctor, será en el próximo solsticio.

Ambos rieron.

—Por favor Laura, llámame Alberto.

El doctor De Miguel se levantó para acompañarla a la puerta. Eso era habitual, lo que no lo era tanto es que en lugar de estrecharse las manos, el ginecólogo se arrimara a las mejillas de la paciente y le plantara dos besos.

—Dos señores besos, Lourdes, increíble.

—¿Morro con mejilla?

—Morro con mejilla, muy cerca de la comisura.

—Pues parece que hay temita, ¿no?

—Ni de coña tía, es inalcanzable. El rollo médico-paciente es solo para las películas. Se podría meter en un buen lío.

—En eso tienes razón, querida Laura.

Ambas amigas disfrutaban de los cotilleos al abrigo de una buena taza de café, té o de una gigantesca jarra de cerveza.

Pasaron dos solsticios más. En el de invierno, Laura regresó a su ciudad para pasar una aburrida Navidad con sus padres y otros miembros de su familia. Su padre como siempre de mal humor; su madre con cara de pena; y sus tíos y primos con sus absurdas y banales conversaciones.

Aprovechó para devorar Lolita de Nabokov en una sola noche.

«¡Qué historia más nauseabunda...pero qué bien escrita está!».

Al menos esa Navidad mereció la pena porque tuvo un gran regalo: un ordenador portátil. Laura abrazó a sus padres como no recordaba haberlo hecho nunca, pero el momento lo volvió a estropear el señor García.

—Cúidalo como a un hijo porque con lo que nos ha costado...

Le dio igual, se puso tan contenta que casi se le cae al suelo, con el correspondiente gruñido de su padre.

Volvió con ganas a la capital en uno de sus queridos trenes, enfrascada en sus lecturas; trasteando con el ordenador nuevo; y recordando momentos en la cafetería de la universidad.

También pensando —cómo no— en la siguiente revisión con el doctor De Miguel cuando llegara la primavera.

Las continuas revisiones durante dos años derivaron en una confianza y complicidad mutua que el médico no se esperaba. Ni tampoco se lo esperaba Laura que, desde el profundo deseo que sentía por él, siempre lo vió como algo inalcanzable. A pesar de los besos que se daban siempre al despedirse, a pesar de las miradas cómplices, y a pesar de ser el único hombre que conocía su más privada intimidad, Laura nunca se lo creyó del todo.

No estaba en los planes del doctor De Miguel cuando inició la residencia, pero se enamoró de ella.

Y Laura se enamoró de él, aunque eso podría haber sido más previsible.

Y el doctor De Miguel decidió jugarse su puesto y su carrera para tener una cita con Laura fuera del hospital.

En las numerosas charlas que habían tenido entre ambos a lo largo de más de diez consultas en dos años, Laura le había contado que pasaba largas tardes de estudio en la biblioteca de la Universidad. Y como la Facultad de Ciencias de la Información estaba relativamente cerca del hospital del doctor, este se las arregló para hacerse el encontradizo en la biblioteca una fea tarde de viernes.

Alberto acudió allí con una excusa bien trabajada.

—¿Doctor?

—Vaya, Laura.

—¿Qué hace por aquí?

—¿Te importa tutearme?

—No claro que no, ¿qué haces por aquí?

—Tengo una ponencia la próxima semana y necesitaba un poco de información. Estaba buscando este libro.

El doctor tenía muy bien pensada la estratagema y le mostró un libro sobre comunicación en la sanidad. Ella se tragó el cuento y comenzaron una charla que empezó en la biblioteca y prosiguió en la cafetería.

Alberto se mostró amable, sensible, seductor. Laura se mostró cercana, abierta y cariñosa.

Alberto la sedujo. ¿O fue ella quién se dejó seducir?

No importó, porque tuvieron la mejor noche de sexo que una chica de provincias, virgen y con falta de autoestima pudiera imaginar.

«Madre mía que cosa más bonita tiene este hombre entre las piernas, mucho mejor que el espejito».

Él se mostró tan dulce, tan pendiente de ella, tan tierno cuando así se requería, y tan potente cuando se requería lo contrario. Laura sufrió/lloró cuando la penetró por primera vez. A pesar de estar completamente lubricada por la situación, por los dedos y hasta por la boca del doctor De Miguel, la rotura de su himen le pilló de improviso.

Le asaltaron lágrimas de dolor, pero también de felicidad. Necesitaba tanto sentirse amada, sentirse deseada, sentirse mujer.

Alberto trató de hacerlo lo menos traumático posible, él conocía a la perfección la vagina de una mujer y más la de Laura; así que puso todo su empeño en transformar para siempre la sexualidad de su paciente de la mejor forma posible.

Cuando pasó lo peor y el doctor se hubo recuperado, Laura disfrutó del ímpetu de su pareja de «baile». Se acordó del pobre Claudio —«tampoco fue solo culpa de él, yo también tuve lo mío»—. El recuerdo se le borró en un instante cuando sintió toda la potencia sexual de Alberto

dentro de ella. No supo si abrir o cerrar los ojos, así que se dedicó a centrarse en la boca, en los labios y en la lengua experta del doctor. Sintió como la penetraba con energía y con dulzura; y sintió sus caricias por todo el cuerpo. Ella las devolvió abrazando la espalda y apretando las duras nalgas del médico.

—Alberto, Alberto...

Era lo único que acertaba a decir. Él la acallaba a besos, a mordiscos en los pechos y sobre todo la acallaba con sus rítmicas embestidas.

Y Laura sintió que se lo merecía.

Se merecía sus sobresalientes, las propuestas recibidas para colaborar en un diario, se merecía el amor de aquel médico de ojos feos y espaldas de atleta.

Y se sintió plena por primera vez en su vida.

## Convivencia

Tras aquella gran noche de amor y pasión, comenzaron una relación. Alberto pidió discreción a Laura en sus visitas al hospital. «—Al menos hasta que pase un tiempo».

Salían juntos los pocos días que Alberto tenía libre, ya que su trabajo como residente era muy duro. Muchas noches y fines de semana al pie del cañón, como a él le gustaba decir. Congeniaban muy bien: Alberto era un tipo culto que disfrutaba de las charlas interminables sobre literatura por parte de Laura. A ella le encantaba escuchar sobre medicina y aprendía mucho. A ambos les gustaban las largas caminatas por la ciudad como en las películas románticas. Laura, de hecho, sentía que estaba viviendo una comedia romántica y muchas veces sentía el miedo a que algo lo estropeará todo.

Empezaron a pasar noches juntos; Laura puso a su tía excusas como que se iba a casa de su amiga Lourdes a estudiar, o alguna escapada con los compañeros de universidad. Hasta que pasados tres meses de relación se lo contó.

—Un médico hija mía, qué bien lo has hecho —dijo.

No le gustó para nada la expresión; lo dejó estar porque en el fondo su tía no tenía maldad. Tan solo era una mujer mayor que había crecido con una educación tradicional.

Se marchó de casa de doña Herminia con lágrimas en los ojos, de las dos. Pidió/suplicó/exigió que no dijera nada a sus padres hasta que ella misma se decidiera a contárselo.

Alberto tenía un pequeño piso de una sola habitación y Laura se instaló con lo mínimo; dejó gran cantidad de sus cosas en casa de su tía, sobre todo sus libros que tanto espacio ocupaban. Se llevó una gran parte de su ropa, cosas de aseo y su ordenador portátil.

—Es pequeño, pero de momento nos tendremos que apañar así.

—Es perfecto.

Y se fundieron en un grandioso beso que terminó con la ropa de ambos esparcida por el camino que llevaba del salón al dormitorio, y con Laura tumbada de costado mientras Alberto la penetraba de lado.

El doctor De Miguel trabajaba mucho y pasaba poco tiempo en casa. Eso no supuso un problema para la futura periodista, que disfrutaba de más horas para estudiar; escribir para el diario en el que había empezado a trabajar como colaboradora; y empezar a escribir relatos, cuentos y poesía. Retomó este aspecto de su época del instituto, en su solitaria adolescencia, cuando ganaba concursos escribiendo en un cuaderno de Centauro, que llenaba de frases que tachaba y volvía a escribir. Con veintidos años era el momento para tomárselo en serio. Escribía pequeños versos, siempre con Lorca y Neruda muy presentes. No es que tratara de copiarlos, pero el estilo y algunas palabras sí que acudían a ella.

—Me es imposible no poner algún pequeño trozo de sus poemas —confesó a su amiga Lourdes cuando le enseñó alguna.

—Están genial, tía. ¿Por qué no las mandas a algún concurso o algo?

No lo confesó, pero le daba bastante miedo el fracaso. En lugar de mandarlas a concursos habló con el director de El diario de tu Ciudad, que es cómo se llamaba el medio donde colaboraba. Había una buena sección de cultura y consiguió que le publicaran un cuento. Y no solo fue uno, sino que cada vez que había una efeméride relacionada con temas infantiles, léase el Día Internacional del Niño, Navidad, la vuelta al cole...El diario Tu Ciudad encargaba a Laura un cuento o una poesía infantil.

Fue el principio.

A pesar de no cobrar nada, a ella le encantaba y recibía algún que otro *email* con felicitaciones.

El poco tiempo que pasaban en pareja lo disfrutaban al máximo. Seguían con sus interminables paseos por la ciudad. «Se nos van a poner gemelos de deportistas». El cine y el teatro siempre estaban presentes, procuraban alternar una semana una cosa y la siguiente otra. Y las sesiones de buen sexo eran casi una rutina diaria. Ella siempre pensó que el hecho de ser ginecólogo le daba cierta ventaja a la hora de conocer el cuerpo de una mujer. Él siempre lo negó y confesó que su incidente orgásmico había sido el primero que había visto. Laura no paró de golpearle con la almohada hasta que nevaron plumas sobre la cama. Se tumbó mientras los restos del relleno del almohadon caían sobre su cuerpo y el de su querido médico.

—Me arrepiento de no haberme estrenado antes.

—Yo no me arrepiento, pase lo que pase siempre te acordarás de mí.

Ella lo miró confusa, él sonrió y la besó con dulzura.

—¿Me prometes que nunca me harás daño?

Él volvió a besarla con más pasión. Ella le apartó y sus ojos volvieron a preguntar.

—Depende de la postura en la que te pongas, si me pides algo del *Kama Sutra* posiblemente mi tremendo falo pueda desgarrarte.

El médico puso especial énfasis en la palabra falo y arrancó una risa de su querida paciente/pareja. Volvieron a hacerlo pero sin posturas raras. Laura disfrutó, pero durante todo lo que duró esa nueva sesión de cama, sus ojos buscaron los de Alberto preguntándole de nuevo. Estaban muy compenetrados y casi siempre se sincronizaban para alcanzar el orgasmo: si Laura no llegaba, él la ayudaba con sus expertos dedos.

Después del éxtasis, Laura volvió a preguntar/exigir.

—Prométeme que nunca me harás daño.

—No te lo haré.

Y volvió a besarla antes de apagar las luces para tratar de descansar.

Tras un año, el doctor —a instancias de Laura— decidió comunicar a la dirección del hospital la relación que mantenía con la periodista. Al fin y al cabo ella era su paciente.

—Yo no me veo en manos de otro ginecólogo.

—No pasaría tampoco nada, mis colegas son buenos.

—Puedo cambiar si va a ser un problema, pero preferiría agotar todas las posibilidades.

¿Querrás?

—Tengo que consultar a un abogado.

El abogado pintó las cosas muy negras. La única forma de hacerlo viable es que convencieran a la dirección médica del hospital de que su relación venía de antes de que fueran médico y paciente. Tenían que conseguir testigos que así lo confirmaran si el hospital lo requería.

Laura habló con Lourdes a la que no le hizo mucha gracia tener que mentir, pero al fin y al cabo era su amiga y no sería como mentir en un juicio. Alberto recurrió a un compañero de residencia con el que tenía bastante confianza: Luis, un tipo un tanto altivo que se jactaba de sus conquistas en las largas noches de urgencias. Si ambos eran requeridos, deberían declarar a la dirección del hospital que la pareja se había conocido en una fiesta universitaria tres años antes, justo en el último año de carrera de Alberto y el primero de Laura.

La noche anterior a la reunión con los dirigentes del hospital, la pareja se dio un festín de sexo que los dejó exhaustos.

—Lo necesitaba, mañana será un día complicado —dijo Alberto.

—Y puede que sea la última noche así, ¿no?

—No seas tan dramática y ven que te coma.

Laura sintió cómo el estómago le daba un vuelco al oír aquello y le recompensó con una nueva sesión de piel.

La mañana en cuestión se levantó con niebla, mal presagio para las supersticiones del ginecólogo. Pero supo contener sus nervios y ante las tres personas de la dirección supo mentir muy bien; fue muy convincente. A los mandamases no les hizo mucha gracia el asunto, pero tampoco había ningún impedimento legal real que lo prohibiera. Cuestiones éticas sí, muchas. Era todavía un tema tabú.

—Mi paciente tiene un problema en un ovario y tiene que tener bastante seguimiento, sé que no es lo más correcto, pero ella quiere que yo siga siendo su médico. Si quieren, puede presentar una declaración jurada. También tenemos testigos que demuestran que nuestra relación empezó antes de ser médico y paciente.

Tras unos días de deliberación, la dirección dio carpetazo al asunto: no hizo falta que Lourdes y Luis declararan; la relación contaba con la «bendición» del hospital.

¿Cómo lo celebraron?

Con una deliciosa cena en un restaurante con vistas a toda la capital y con Laura gimiendo tanto contra la pared, que Alberto tuvo que tapar su boca con los besos más eróticos que pudo darla.

Terminó Periodismo con sobresaliente. Se organizó un viaje fin de carrera al que ella no quiso ir a pesar de las súplicas y ruegos de Lourdes.

—No tengo un duro Lourdes, lo siento.

—Pues yo te presto algo y el resto pídeselo a tu querido médico.

A pesar de que llevaban un año saliendo, Lourdes solo había visto a Alberto en una ocasión y fue por pura casualidad un día en el que coincidieron en el cine. Lourdes iba con otra amiga y tras la película cenaron los cuatro juntos. Alberto se mostró educado pero reservado. A Lourdes no le cayó mal el médico, pero tampoco es que le entusiasmara.

—No puedo, no tengo tanta cara.

—Venga, si tiene que cobrar mucha pasta.

—No te creas, echa más horas que un reloj y ganar no gana mal, pero tampoco es rico.

—¿Tía, en serio que no te vas a venir a conocer Paris?

—Me encantaría, pero...

—Pero ¿qué?

—Alberto me ha dicho que quiere que viajemos juntos tras el verano.

Lourdes se quedó muda. Por una parte estaba muy contenta de que su amiga estuviera feliz con su pareja, por otra parte sintió celos.

—Está bien, está bien, no te lo diré más. Pero te pierdes la experiencia de tu vida.

Se dieron un abrazo y se emplazaron para verse pronto.

Por otro lado, Laura recibió un pequeño varapalo: la colaboración con El diario de tu Ciudad se terminó y no quisieron contratarla. «Ellos se lo pierden». Debido a su gran expediente académico, su experiencia y sus publicaciones de cuentos, los distintos medios locales se la rifaban. Incluso recibió una oferta, muy a la baja eso sí, de un diario nacional. Ella, siempre humilde, eligió un pequeño periódico digital muy próximo a la casa de Alberto.

«En la capital ir andando al trabajo es calidad de vida».

No era un sueldo para echar cohetes, ni tampoco trabajaría en su sección favorita (el puesto era

para sucesos). Pero sin deudas y con veintitrés años, tenía para comer, vestir, ayudar con los gastos de la casa, y para algún pequeño capricho. Caprichos que casi siempre eran libros. Siguió leyendo como un escáner y escribiendo relatos y cuentos que, ahora sí, empezó a mandar a concursos. Ganó dos certámenes de relato corto. En el primero acudió al acto, que se celebraba a las afueras de la capital y recibió una placa y un lote de libros. En el segundo había un pequeño premio en metálico que debía ir a recoger en persona. El premio también incluía una estancia en un pequeño hotel rural del pueblo donde se celebraba el certamen. La localidad en cuestión estaba a doscientos kilómetros de la capital. A Alberto le pareció un buen plan salir de la ciudad para airearse un poco. Tan solo tenía libre un fin de semana al mes, así que hicieron las maletas y pusieron rumbo al oeste.

Llegaron al hotel de noche y con más hambre que un lobo. La cocina estaba cerrada y no pudieron comer más que unos *snacks* de una máquina. La habitación era fría y lúgubre. A pesar de ello no se desanimaron y para contrarrestar el frío se dieron calor de pecho ajeno. Al día siguiente se celebró la entrega de premios; Laura se mostró muy contenta y afable con todos los organizadores. Alberto no paró de aplaudir durante todo el acto y esa noche sí se dieron un buen homenaje a cuenta del certamen. Tanto de comida como de bebida. Volvieron al hotel andando, o más bien haciendo esos entre carcajadas y achuchones. Eso sí, esa noche cayeron rendidos y borrachos, no hubo ración de piel.

La vuelta a la capital resultó toda una odisea.

Primero se levantaron con una buena resaca y tan tarde que el desayuno del hotel ya se había terminado. Se tomaron dos manzanillas y un par de magdalenas en la cafetería. A pesar de no encontrarse al cien por cien, querían aprovechar el día para hacer un poco de turismo. Pidieron consejo en la recepción del hotel y el amable recepcionista les indicó el camino para visitar unas ruinas árabes que se encontraban a tan solo catorce kilómetros del pueblo.

—Hay que subir un pequeño puerto, pero el camino merece la pena. Se pasa por un río con un desfiladero bastante pronunciado.

Alberto marcó la dirección en un pequeño navegador que siempre llevaba pegado a la luna de su viejo Golf. No le dio importancia a que la distancia marcada hasta llegar a las ruinas fuera ligeramente superior a la indicada por el muchacho del hotel. Sí se la dio cuando el navegador les llevó a un camino de tierra que terminaba en un pantano en el que casi meten las ruedas del coche.

—¡Me cago en...!

—Tranquilo cariño, vamos a preguntar a alguien.

Siguieron serpenteando por la angosta carretera que supuestamente llevaba a las ruinas, pero no se cruzaron con ni un solo coche, ni con ningún lugar en el que parar a preguntar. Alberto, sudando y cabreado, lo mandó todo al carajo y puso la dirección de casa en el navegador.

—Nos vamos a casa, estoy harto de dar vueltas.

Laura asintió sin decir nada.

Tras unos cuarenta kilómetros de curvas que, sumados a la resaca, dejaron a Laura al borde del vómito, llegaron a una carretera nacional. Carretera que les llevaba directamente a la autovía de regreso a casa. Pero sucedió lo peor que les podría haber pasado a unos viajeros con resaca en un lugar desconocido. El coche se paró cuando estaban a un kilómetro de la autopista.

—¡Mierda, mierda y mierda! —gritó Alberto.

—¿Qué pasa, qué pasa?

—No lo sé, joder, joder!

## Flores

El coche les dejó tirados y tuvieron que esperar a una grúa por más de cuarenta minutos. Con la temperatura próxima a los cinco grados, con coletazos de resaca, y con un cabreo monumental. La grúa les llevó hasta la estación de servicio más próxima y allí esperaron al taxi que les llevaría de vuelta a casa. Laura trató de mostrarse cariñosa con su pareja, pero el doctor se mostró todo el tiempo distante y malhumorado.

—Claro, como tú no conduces no sabes lo que cuesta un coche.

Ella prefirió alejarse de él hasta que se le pasara el cabreo. Llegaron bien entrada la madrugada y cayeron fulminados. Tanto, que el despertador no sonó. Laura llegó tarde a trabajar y recibió un toque de atención. Se había producido un accidente múltiple y llegó tarde a cubrir la noticia. Tras un año redactando sucesos locales estaba frustrada.

Quiso dar un impulso a la sección cultural del periódico. Se reunió con el director y rogó ser la encargada de la sección a la que apenas se le daba importancia.

—No cobraré por ello, lo haré en mis ratos libres y si va cogiendo fuerza pues nos volvemos a reunir.

—Lo siento pero no, Sucesos Capitales siempre ha sido eso: sucesos. No me importa hablar del estreno de cine de turno, o incluso de alguna novela de éxito, pero no puedo destinar más recursos a ello. Ni aunque lo hagas en tu tiempo libre, no quiero contaminar el diario con ello.

«¿Contaminar? ¿En serio?»

Lo pensó y sintió tanta rabia que a punto estuvo de estallar, pero prefirió contenerse.

El director recibió algún mal consejo de algún gurú del marketing en alguna charla, donde se dijo que no convenía diluir la autoridad mediante distintas temáticas.

Y Laura se fue del periódico porque no aguantaba más.

Y discutió con Alberto.

Y lloró como hacía tiempo que no recordaba.

Tomó una decisión: centrarse en sus cuentos y poemas. Pretendía enviarlos a todos los sitios posibles con la esperanza de que se los publicaran y quizá hasta cobrar por ello. También a concursos a pesar del infausto recuerdo del viaje.

—Menudo atraco la reparación del coche. Y encima ahora tú sin trabajo.

Laura sintió el dedo acusador de su novio y se vino abajo. A pesar de ello, la tristeza le ayudó en parte a escribir. Esa misma tristeza le servía de inspiración y escribir le servía de medicina contra su amargura. Pero esto dio lugar a un cóctel peligroso, que resultaba perturbadoramente fructífero. Le publicaron en alguna revista digital, obvio que sin cobrar nada. Ganó un par de premios más, pero seleccionó los que no requerían desplazarse. Los premios eran de muy baja cuantía pero alimentaron su ego y le dio algo de tregua con su novio.

—¿Algo es algo, no?

A pesar de ello Alberto se mostraba distante, apenas hacían el amor, y raramente salían. Así pasaron seis meses en los que Laura se enfrascó en la escritura. Se pasaba horas y horas con el portátil escribiendo y borrando, borrando y escribiendo. Pudo terminar un relato, que se convirtió en cuento, que se convirtió en novela corta. Lo mandó a un millón de editoriales. De todas recibió silencio o rechazo.

Buscando en internet información sobre más editoriales, encontró una publicación donde se explicaba cómo autopublicarse en un conocido portal *online* de venta de libros. Así que estuvo investigando en profundidad. Se maquetó su libro, buscó una portada y publicó ella solita su novela en dicho portal.

¿Resultado?

Treinta y cuatro ventas, cuatro de ellas de sus amigos de la carrera.

Tras el fracaso tuvo que soportar la primera discusión seria con Alberto. Que por qué no volvía a su anterior trabajo, que si por qué no echaba más *currículums*, que mira que desastre su novela...

Se sintió de nuevo vacía, humillada, sola.

Empezó a buscar trabajo, pero no encontraba nada que le agradase, o nada para lo que estuviera preparada. Además en la mayoría de las ofertas el salario era irrisorio.

Alberto empezó a sentirse molesto con que ella estuviera siempre en casa. Le apetecía llegar algún día y tomarse una cerveza —o incluso una copa— él sólo, tranquilo, viendo su canal de deportes, o si se encontraba de humor, su revista de medicina favorita. La casa era tan pequeña que era imposible no coincidir en el mismo espacio. Así que el doctor De Miguel empezó a ver a Laura como una especie de molestia; y a pesar de saber que eso no era lo que debía sentir por su novia, no podía evitarlo.

A ratos. Otros ratos se mostraba algo más solícito.

Un día que llegó más cansado y malhumorado del trabajo, pasó algo que no debería haber pasado nunca.

O quizá sí.

—¿Te han llamado de alguna oferta?

—No, hoy no, ayer me llamaron de dos sitios, pero pagan muy poco y están en la otra punta de la ciudad.

—Bueno, madrugar no es tan malo.

—Cariño no es eso, es que es para transcribir textos, media jornada, tengo que coger el metro y dos autobuses. Me sale casi más caro el viaje.

—Qué exagerada, te estás convirtiendo en una vaga.

—¿Cómo?

—Sí, que te has acostumbrado a estar aquí todo el día metida sin moverte, incluso estás engordando.

Laura sintió de nuevo la humillación en sus entrañas. No supo reaccionar, no pudo aguantarle la mirada y se fue al baño a llorar.

Él la siguió y abrió la puerta. Ella se estaba lavando la cara limpiándose las lágrimas.

—No te ofendas, vale, pero es que no puedes seguir así.

—Hago todo lo que puedo.

—Laura, sé que eres brillante, pero hoy en día si te toca llevar cafés, los tienes que llevar. Con mi sueldo llega para vivir, pero apenas podemos hacer cosas.

—¿Cosas? ¿Qué cosas? Si apenas me tocas ya.

Alberto se enfureció y subió el tono.

—Pues a lo mejor no te toco porque no soporto ver en lo que te estás convirtiendo.

—¿Y en qué me estoy convirtiendo? ¡Eh!

—Pues en una inútil que no hace nada.

—¿Yo soy una inútil? ¿Yo una inútil? ¡Vete a la mierda! —gritó.

Alberto no soportó el grito de su novia, se acercó a ella y la zarandó.

—¿Qué me vaya a la mierda? Como no encuentres trabajo rápido, la que se va a ir eres tú.

—Déjame, déjame —dijo chillando.

Los chillidos de Laura se clavaron en los oídos de Alberto, al que no se le ocurrió una mejor solución para acallarlos que darle una bofetada que giró por completo la cara de su novia.

Y vaya si hizo efecto.

Laura dejó de chillar.

Superado el *shock* inicial, giró poco a poco la cabeza para mirar a la cara a su novio. Le dolieron más sus ojos que la palma de su mano golpeándola. Esos ojos feos que rebosaban ira.

Al principio no supo cómo reaccionar. Quiso refugiarse en el dolor y acurrucarse a llorar. También recordó el momento en el que decidió volver a la consulta de su ahora novio, en la parada de autobús, cuatro años antes. Quiso ser fuerte, pero no pudo optar por enfrentarse a él, ni tampoco por hundirse en la miseria.

Se soltó de las manos de Alberto; salió del baño y se marchó de casa con el bolso y el abrigo como único equipaje. Caminó por la ciudad, con frío, con rabia, con tristeza. Y sobre todo con desesperanza. Estuvo tentada de ir a la estación y coger el primer tren para volver a su tierra. «Pasaré la noche en la estación si hace falta». El más que seguro disgusto —y más que segura reprimenda— de sus padres le hicieron recapacitar. «Ni siquiera les he contado todo de él». Llamó a su amiga Lourdes, con la que se había distanciado pero a la que seguía uniéndola una amistad casi indestructible.

—Vamos, ni preguntes, cógete un taxi y vente para aquí ahora mismo.

La acogió en su casa. La consoló e intentó darle algo de comer.

—Menudo hijo de puta, ya sabía yo que algo raro ocultaba en esos ojos de nutria.

—¿De nutria? —preguntó sorprendida Laura.

—Sí, lo he visto en una serie: dicese de unos ojos pequeños y tristes que ocultan algo. Pregunta al guionista de dónde ha sacado la idea.

Consiguio que sonriera un poco y se volvieron a abrazar.

Pasaron tres días hasta que se atrevió a coger el teléfono a Alberto. Al fin y al cabo no tenía ni ropa, ni ordenador, ni nada. Y a pesar de la insistencia de su amiga, no quería abusar más de su confianza.

El médico repitió hasta la saciedad su intento de redención. Tras trescientos lo siento y cuatrocientos te quiero, Laura aceptó verse en terreno neutral. La cita de la supuesta ¿reconciliación? sería en el bonito Parque del Norte; sobre el que se divisaba toda la ciudad y del que tan buenos recuerdos guardaban. No recordaba la cantidad de veces que había visto allí la puesta de sol tras las montañas.

Ella llegó antes, nerviosa, con miedo e ilusión en su corazón a partes iguales. Al teléfono había estado tan calmado, tan romántico, tan él.

Alberto llegó poco después, tan guapo, tan elegante, tan torpe tratando de esconder el ramo de flores en su espalda. Nada más verla, se dirigió hacia ella y cuando llegó a su altura no dijo nada. Apenas la miró. Clavó su rodilla en tierra y le ofreció la típica cajita abierta con el anillo de diamantes encajados a la perfección en la ranura central.

—Lo siento, de veras que lo sien...

Laura le puso un dedo en la boca. Ella, tan enamorada, tan devota, tan extrañamente feliz.

—Sí, claro que sí —dijo entre lágrimas de alegría.

Alberto le cogió la mano y le puso el anillo. Se levantó y la apretó contra sí dejando caer el ramo de flores al suelo. Se besaron y Laura creyó flotar, estaba convencida de que aquello era un sueño.

Despertó al sentir los dedos de Alberto acariciar su mejilla, la misma que había golpeado setenta y dos horas antes.

## Corfú

—Así pues os pregunto: Alberto Carlos De Miguel Santos, ¿consientes contraer matrimonio con Laura María García Rodríguez y efectivamente lo contraes en este acto?

—Sí, consiento.

—Laura María García Rodríguez, ¿consientes contraer matrimonio con Alberto Carlos De Miguel Santos y efectivamente lo contraes en este acto?

Quizá un silencio con suspense hubiera sido lo correcto en este caso, pero Laura aceptó antes de que el oficiante cerrara el signo de interrogación.

Una ceremonia civil como Dios manda.

Al señor García y a la señora Rodríguez les hubiera gustado pasar por vicaría, pero resulta que la muchacha no había comulgado. «¿A estas alturas me vienes con esas, papá?» El señor De Miguel era más ateo que Stephen Hawking y la señora Santos había muerto cinco años antes. No quedó más remedio de que se dieran el «sí consiento» en lo alto de una atalaya de un bonito campo de golf a las afueras de la capital.

Muy *cool* todo.

Con cantidad de médicos, médicas, y enfermeras —nada de enfermeros— y también algunos periodistas. Todos de punta en blanco. Una gran comilona bien regada de Riojas, Riberas del Duero y Escoceses de 12 años. «Yo no soy de aparentar, pero para una vez que me caso...». Bromeaba Alberto entre sus colegas del hospital que lo miraban con recelo.

El señor García estuvo serio pero contento casi toda la ceremonia. La señora Rodríguez no dejó de llorar. Y su amiga Lourdes no dejó de clavar los ojos en Alberto. Le faltó bien poco para liarla en la entrega de anillos. Laura le había suplicado que dijera unas palabras, pero ella suplicó a su vez que no podía hacerlo.

—No podría jamás decir lo mucho que os queréis y todas esas cosas bonitas, lo siento cariño. Yo me alegro por ti y te deseo lo mejor, pero no me obligues a mentir delante de tanta gente. Todavía recuerdo cuando me lo pediste para lo del hospital.

Laura se puso triste ante la negativa de su mejor amiga, pero la entendió en parte. Durante el convite Laura disfrutó como nunca recordaba: comió, bebió, bailó...hasta con el sieso de su padre. Tuvo incluso tiempo de darse un buen lote con Alberto cuando fueron a guardar el dinero de la «manzana»

—Para mujer, que nos van a pillar.

—¡Qué nos pillen! Para una vez que te casas...

Se miraron enamorados, ciegos de pasión. Y se besaron obviando al resto del planeta. Laura creyó ver hasta unicornios al cerrar los párpados.

—Dile a tu amiga que deje de mirarme como si la debiera algo —dijo inoportuno Alberto.

—Déjala hombre, ella sabrá.

Alberto no quiso hurgar en la herida y Laura quiso rebajar la tensión metiendo una mano bajo sus *boxers*. Notar la dureza entre las piernas del recién casado también hizo que ella se humedeciera. De no ser porque fueron reclamados para el baile nupcial, hubieran adelantado la noche de bodas.

En el centro de la pista se abrazaron y bailaron el *With or Without You* de U2 ante la mirada de todos. De todos menos de la tía Herminia, que se pasó con el vino y se la tuvieron que llevar a dormir la mona al coche. Laura pegó su cabeza al pecho de su marido, su propio ginecólogo, con el que se acababa de casar rompiendo reglas de la deontología médica, y se sintió tan feliz que no se lo creía. Parecía que la bofetada se había esfumado de su mente por arte de magia.

Más de cuatro horas de barra libre y discoteca en el propio complejo, típicos bailes sin corbata y descamisados de novio y amigos; también el manido corte de liga. Así transcurrió el final de la boda tras la que Laura y su marido se fueron a un hotel a seguir con la «fiesta»

Se bañaron en un jacuzzi para despejarse del alcohol que circulaba por sus venas. Pasaron allí más de media hora relajándose, tocándose, besándose.

—Tengo un poco de frío, me salgo —dijo Laura.

Cuando Alberto vio el culo desnudo de su recién casada salir del agua llena de espuma, sintió la llamada de la naturaleza y la atrapó por las caderas. Laura no se lo esperaba y dio un respingo cuando notó la mano de su marido entre sus piernas.

No solo estaba mojada por el agua.

El doctor la acarició con sus expertas manos y cuando en él creció la erección, la penetró con ella arrodillada al borde del jacuzzi dándole la espalda.

Desnudos, mojados, con la borrachera en su fase final.

La penetró con ansia y con amor. Como solo dos personas que han vivido ese momento saben. Tuvieron algún que otro susto por lo resbaladizo de la situación, pero lo solventaron sin problemas.

Después en la cama se dieron otro homenaje más sosegado. Con más besos, más caricias y más palabras de amor.

Dieron por terminada la noche cuando el alba acarició sus mejillas tras la cristalera de la bonita suite, desde donde se divisaba gran parte del cielo de la capital.

—Una boda perfecta mi amor, te quiero.

Antes de irse de viaje de novios se mudaron a un nuevo apartamento. Más nuevo, más grande y más caro. Tenía dos habitaciones porque había pensamientos a largo plazo de ampliar la familia. Aunque Laura por el momento ni se lo planteaba.

A los pocos días se fueron de luna de miel a Italia. Vuelo hasta Milán; tren hasta Florencia; otro tren hasta Roma; y un último tren hasta Bari. Hicieron un par de noches en cada ciudad y se las patearon de arriba abajo. Laura pudo convencer a Alberto para esta pequeña aventura en tren; era un sueño de su infancia viajar así por todo el continente y Alberto cedió en parte.

En Bari cogieron un ferri hasta la isla de Corfú en Grecia. Durante la aventura transalpina tuvieron momentos de piel con piel, pero acababan tan cansados de visitar monumentos, que incluso alguna noche se quedaron dormidos con la ropa puesta.

En cambio, bajo el sol del mediterráneo la calma dio paso a la tempestad y la primera noche tuvieron que pedir una cama nueva a la recepción del hotel. Dos patas de la que venía de serie se quebraron ante el ímpetu amoroso de la pareja. Acabaron en el suelo revolcados. «Qué vergüenza». Laura se sintió apurada y Alberto divertido, henchido de orgullo cabrió.

Con la nueva cama fueron algo más cuidadosos y, también, usaron como soporte sexual otras zonas de la habitación como la —ya conocida— bañera en la que se hicieron expertos en no resbalar; un pequeño sofá individual donde Laura se erigía en amazona; o incluso la terraza donde la lujuria superó al pudor. Laura ni se creía cómo se dejó llevar a estos límites exhibicionistas.

Con la cama repuesta y —sobre todo— la libido más calmada, Laura confesó sus planes de futuro.

—Tengo una idea para otra novela, pero necesito saber que me apoyas.

—Claro que te apoyo, sé que tienes talento.

—¿Podremos aguantar al menos un año sin que yo trabaje?

—Claro que sí, solo te pido una cosa.

—Dime.

—Búscate un plan B.

—Explícate.

—Escribe, tómate tu tiempo, pero también contacta con alguien de tu sector. No sé, algún portal cultural, alguna empresa editorial... Tú sabrás mejor que yo. Al menos podrías tener eso en la recámara.

Laura empezó a maquinarse en su cabeza.

—Me parece una buena idea.

Se besaron; descansaron bajo el sol de las Islas Griegas; se amaron durante tres noches más, y un nuevo ferri les llevó a Atenas. Lo visitaron de prisa y corriendo, y un vuelo les llevó de vuelta a la rutina.

## Novela

Laura empezó a escribir durante el tiempo que Alberto estaba fuera trabajando en el hospital. Se concentraba tanto que era capaz de escribir más de diez páginas al día; lo malo es que acababa desechando más de la mitad. En la habitación pequeña se había construido su pequeño escritorio: una mesa grande y blanca; una silla reclinable, transpirable y todos los «ables» posibles; cajoneras; papeleras, y una gran estantería para sus libros.

Cuando su *maridín* llegaba a casa volvían a ser novios primerizos. Descartaron el preservativo y se fiaron de la sabiduría del doctor con la temperatura basal y otros indicadores femeninos que él conocía bien. A pesar de que Alberto se mostraba muy seguro, tuvieron algún susto con el periodo. «No es momento de niños ahora». Pero ello no les disuadió de su pasión: cuando Alberto tenía que madrugar, lo hacían por la tarde; cuando trabajaba de tarde, por la noche; y si le tocaba trabajar de noche, por la mañana. Se devoraban los cuerpos, las bocas y las almas, y se les hacía todo corto y efímero.

Laura siguió a rajatabla el consejo/recomendación/casi imposición de Alberto: contactó con multitud de páginas *web*. La idea de ella era poder establecer contactos dentro del mundo literario, con la intención de que al terminar su novela, pudiera tener una más fácil salida de cara a publicarse. Revisando el *email* una fría mañana, cuando la inspiración le había abandonado, se llevó un alegrón al ver en su bandeja de entrada un correo de un famoso portal literario. Virginia Ariza era la directora de *Crítica Diacrítica*, una revista *online* dedicada al análisis de la actualidad literaria tanto nacional como extranjera. Se mostró impresionada por el *currículum* y se interesó en ella. Le ofreció escribir críticas y reseñas sobre libros de forma periódica. No podían pagarle demasiado, pero consiguió la bala que Alberto demandaba y ello le dio más seguridad. Además, tenía que leer mucho y eso también ayudaba a hacer crecer su novela.

«Todo son ventajas».

Una vez cada quince días iba a visitar a su tía Herminia. «Cocina tan bien...». Esto, y que apenas salía de casa, volvieron a hacer crecer su tripa y sus caderas. También le costaba conciliar el sueño. Alberto jugaba a pellizcarle los *michelines*; sus labios decían que no le importaban, sus ojos no estaban tan de acuerdo.

—¿Y si te apuntas al gimnasio?

—Uf, me da un poco de pereza, cariño.

—No está demasiado lejos y tienen muchas actividades. Prueba un mes y mira qué tal te va.

Él no se podía imaginar las consecuencias de aquella charla.

Laura quiso complacer a su adorado esposo y se autoconvenció de que se apuntaba, más por salud —mental—, que por estética.

«Tres veces por semana, es todo lo que necesito».

Se trataba de un gran centro deportivo con piscina, una gran sala de musculación y varias salas de actividades. Laura pidió ayuda a los monitores y tras un par de semanas donde cogió algo de condición física, se apuntó a las actividades colectivas típicas de cualquier gimnasio moderno: *zumba*, *step*, *body combat*, etc. Empezó a cogerle el gustillo: salía un poco de la rutina, recargaba pilas y le ayudaba a superar bloqueos creativos.

En una de esas clases colectivas fue donde conoció a Adrián, el monitor de *body combat*. Unos treinta años, esbelto, ni una gota de grasa, *sonrisa profidén*. Era un chico agradable y correcto. Intercambiaron miradas al principio, palabras de cortesía después, pequeñas charlas con el tiempo. Laura descubrió que además de músculo tenía cabeza. El muchacho no solo se dedicaba a dar clases en el gimnasio, sino que lo combinaba con estudios de criminología.

—Me quedan solo dos asignaturas para acabar la carrera. Cuanto termine me presento a las «opos» para la ejecutiva de la policía.

—¿La secreta? ¡Vaya!

—Alguien tiene que ocuparse de los malos.

—Pobrecitos, una buena tunda se llevarían.

Adrián sonrió y Laura se sintió mal. «¿Estoy coqueteando?»

En el camino a casa no dejo de pensar en la sonrisa de Adrián y en su bonito cuerpo. Para ahuyentar esos fantasmas adúlteros, esa misma noche esperó a Alberto con un bonito conjunto de lencería que él le había regalado. A pesar de que el médico trabajaba al día siguiente, tuvieron una salvaje sesión de cama y piel.

«¿Me estoy reafirmando en mi amor o qué me pasa?»

—Me pasa que llevamos tiempo sin hacerlo...y además he escrito una escena algo erótica de mi novela y me he puesto «tontita».

Se justificó a sí misma y ante su marido.

A pesar de ello dejó de acudir a la clase de *body combat* al gimnasio un par de semanas. Adrián se encontró con ella en los pasillos y le preguntó por ello. Laura se excusó diciendo que le dolía ese u otro músculo. También dijo que solo venía a la piscina un par de veces a la semana porque la novela le estaba consumiendo demasiado tiempo

—Estoy en pleno proceso creativo y no quiero distraerme.

Mentira.

Todo lo contrario, no se concentraba: pensaba demasiado en el futuro *secreta*, en sus dientes blancos y en sus deltoides.

No supo porqué, pero decidió volver a las clases con Adrián.

—¿Ya no te duele la pierna o el brazo?

Laura se ruborizó y afirmó sin decir nada.

El día de su retorno se encontró con cambios: Adrián había solicitado a la dirección del centro impartir un breve curso de iniciación a la defensa personal. «Nunca puede venir mal».

Lo malo de estas clases es que había contacto físico. Contacto muy cercano.

Al principio el monitor explicó simples agarres de los que había que soltarse: de las manos, del cuello y del pelo. Después se puso serio y explicó unas reglas básicas de defensa personal.

—Lo más importante son dos reglas: distancia de seguridad y factor sorpresa.

Escogió a una de las chicas de la clase como *Uke*, que es como se llama al que «recibe» en cualquier arte marcial.

—Ante cualquier amenaza hay que adoptar una posición sumisa: las manos en alto con las palmas hacia el agresor, como pidiendo calma. Pero la pierna derecha un poco hacia atrás y la mente en estado de guardia.

Pidió a la chica que le diera un bofetón y se distanció lo suficiente para que ella no alcanzara a golpear su cara. Después invirtió los papeles y fue él, el que intentó dar el golpe a la alumna. Ella supo mantener esa famosa distancia de seguridad y no pudo alcanzarla.

«Buena idea».

—Ahora, cuando hablo de estar en guardia en la mente y del factor sorpresa hablo de esto. Golpéame Ana.

Ana, que es como se llamaba la muchacha, hizo el movimiento de darle un bofetón. Adrián la sorprendió bloqueando con su mano izquierda el golpe de derecha. Al mismo tiempo y sin que ella pudiera reaccionar hizo un movimiento hacia adelante y la golpeó con ¿moderada? fuerza en el muslo muy cerca de la entrepierna. El golpe sonó demasiado porque las piernas de Ana eran

bastante ¿rotundas?. Ella se quedó sorprendida.

—En la calle el golpe habría ido directo a los genitales. Disculpa Ana, tenía que mostrar la sorpresa.

La dio dos besos y un abrazo.

Ella encantada.

Laura, ¿celosa?

Tras practicar entre ellas esta técnica pasaron a otras parecidas en las que había que bloquear puñetazos/bofetadas con las manos y sin protecciones.

—Al principio duele, pero os iréis acostumbrando.

«Vaya que si duele».

La siguiente técnica era un poco comprometida, tenían que liberarse de un «abrazo del oso» por detrás.

«Menos mal que no me ha elegido a mí».

Adrián selecciono a una nueva *uke* y pidió que ella le abrazara por detrás. Él movió su culo hacia atrás contra la chica, creando un espacio suficiente para poder moverse hacia un lado, golpear nuevamente la pierna/entropierna y escaparse por un lateral.

Intercambiaron papeles y Laura observó a cámara lenta como la alumna hacía chocar sus posaderas sobre el paquete del monitor. A cámara lenta porque no lo hizo de forma brusca, que es como tenía que hacerse; lo hizo tan despacio que tuvo que sentir la hombría del instructor sobre sus nalgas. Sí o sí.

«¿Otra vez celosa? No, por favor». \_

Practicaron entre ellas y Adrián fue corrigiéndolas. Al llegar a la altura de Laura y su compañera les indicó bien cómo hacer el movimiento. El culo de Adrián quedaba demasiado expuesto al imitar el movimiento, casi se ponía de cuclillas y ambas no pudieron evitar fijarse en los trabajados glúteos del muchacho.

La clase estaba a punto de finalizar y Laura pensó que las tenía todas consigo: «Me he librado de ser “uke” o como se llame».

Pero se llevó una sorpresa justo antes de terminar.

—Laura, la última técnica la haré contigo. Es de suelo.

«Tierra trágame».

—Venga no pongas esa cara. Yo me tumbo abajo y tú arriba.

Adrián se tumbó boca arriba y Laura —a regañadientes— se puso entre sus piernas. Le agarró del cuello siguiendo sus indicaciones. Sus rodillas estaban en contacto con la entropierna del monitor.

«Esto tan duro supongo que será una protección».

La técnica era muy sencilla: consistía en agarrar las manos del supuesto estrangulador sobre el propio cuello del agredido; mover la espalda para echar el culo hacia atrás y hacia un lado; golpear con fuerza la nariz del agresor; darle una patada en la rodilla apoyada en el suelo para que perdiera el equilibrio; y finalizar la técnica escapando y golpeando la mandíbula del asaltante.

Lo que pasó es que Laura cayó sobre el vientre de Adrián y sus pechos a la altura de su entropierna.

«Sí, es la protección, no creo que sea *Terminator*».

Pero el pensamiento de poner en contacto ambas zonas tan comprometidas la erotizó.

Y la sonrisa de Adrián, más.

Cambiaron los papeles para que ella practicara la técnica. Sintió sus enormes brazos sobre el cuello primero, sobre su pecho al caer después de realizar la técnica con torpeza. Practicó un par

de veces más y no supo si la hizo mal a propósito para notar las manazas del profesor sobre su cuerpo, o porque estaba muy nerviosa, o porque realmente no sabía hacerla bien.

—No te preocupes, el próximo día seguro que la haces mejor.

Le dio un abrazo, dos besos y ella correspondió más de lo que su ¿decencia? hubiera deseado. Volvió a sentirse mal.

No se duchó en el gimnasio, estaba demasiado acalorada. Al llegar a casa y meterse en la ducha, tuvo un momento de duda bajo el agua caliente. Pero se dejó vencer y se entregó al placer en solitario.

«No me puede estar pasando esto, no por favor».

Otra terrible sensación de culpa le vino tras el orgasmo.

Y esa misma noche Alberto llegó de malhumor. Noche a la que siguieron otras noches.

Y por circunstancias que no comprendió, su marido empezó a mostrarse distante.

Y lo peor/mejor es que a ella no le importó.

Y empezó a ser productiva de nuevo con su libro.

Y empezó a cogerle el gustillo a la defensa personal.

Pero se llevó un grave baño de realidad una mala noche.

## Bye,bye, bólido.

Laura acudió a unas jornadas literarias organizadas por Crítica Diacrítica. Virginia le dijo que podía ser una buena oportunidad para conocer a autores famosos y a editores de prestigio. El evento se celebraba en el Palacio de Congresos de la capital, un lugar con mala comunicación por transporte público. Se había sacado el carné de conducir hacía escasos seis meses y pidió prestado el coche a Alberto. Él, que fue el que había insistido hasta la saciedad para que aprendiera a conducir, ahora ponía pegos. Acababa de estrenar su nuevo bólido. Un alemán de gran cilindrada, potencia, asientos de cuero y toda esa serie de pijadas que tanto gustan al público masculino. Y ya se sabe lo que piensan los hombres de sus coches nuevos.

El viaje de ida fue un calvario para Laura. Entre que era una conductora inexperta, el tráfico de la ciudad, y los agobios para aparcar...se le hizo tarde, y llegó al evento sudando y muy nerviosa.

Gracias a Virginia Ariza se fue tranquilizando. Ella le presentó a diversas personas del mundo editorial, que no dudaron en intercambiar tarjetas con la joven periodista/intento de escritora.

«Qué bien, más tarjetas por favor».

Ella lucía orgullosa la suya, facilitada por la propia Virginia unos días antes.

«Laura María García Rodríguez.

Analista literaria.

Crítica Diacrítica»

Tuvo una disputa con la señora Ariza para cambiar la palabra «crítica literaria» por «analista».

—Suenas redundante —dijo.

Eso fue lo único que dijo, pero parece ser que convenció a la directora del portal.

Tras presenciar varias ponencias, charlas, lecturas; y aguantar a más de un escritor novel y no tan novel «vender su libro» con vehemencia, dio su presencia en el evento por finalizada. Había conseguido en total unos doce contactos, entre ellos mujeres editoras que serían su objetivo principal cuando terminara la novela.

De regreso iba feliz, escuchando música en el coche y con las ventanillas bajadas. La brisa nocturna de primavera refrescaba su rostro. El viaje de vuelta a casa era así de placentero hasta que se detuvo en un semáforo en una larga avenida con poca circulación. Sería la segunda o tercera vez que Laura conducía de noche y sin duda era la primera vez que lo hacía sola. Estaba tan distraída en sus pensamientos y en la música, que no se percató realmente del peligro hasta escuchar la ronca voz. Y eso que el frío cuchillo se apoyaba en su cuello hacía ya varios segundos.

—Abajo ¡Ya!

Laura colapsó.

—¡Que te bajes del puto coche ahora mismo!

—¡Por favor, por favor! No encuentro el botón para quitarme el cinturón.

El asaltante usó el tirador interior para abrir la puerta. En un visto y no visto se las arregló para cortar el cinturón, tirar a Laura contra el asfalto y ponerse al volante. La flamante berlina de Alberto desapareció en la noche de la ciudad. Ella no fue capaz de levantarse del suelo hasta que otro coche casi le pasa por encima.

—Por Dios chica, ¿qué haces ahí?

Una pareja de avanzada edad fueron sus salvadores. Laura apenas podía hablar, tan solo balbuceaba. Tras unos minutos consiguió explicar qué había ocurrido, y la pareja se ofreció a llevarla a casa. Ella pidió un teléfono para llamar a Alberto. Él, enfadado, fue a recogerla en taxi. La pareja más amable de toda la ciudad, esperó a que llegara el médico e insistieron en llevarles

a la comisaría más próxima.

Aceptaron.

La conversación que los dos samaritanos les ofreció, mitigó el frío existente entre Laura y su marido.

—¡Hay qué ver cómo está el país!

—Menos mal que no ha pasado nada grave.

Alberto, que pensaba que lo grave era quedarse sin su cochazo, tan solo ofreció su mano a su mujer. Un leve abrazo quizá. ¿Palabras de consuelo? Pocas. Sobre todo interrogantes sobre lo sucedido y cómo pudo pasar.

Denunciaron los hechos y los agentes de policía trataron de calmar a Laura que al recordar la escena, volvió a ponerse muy nerviosa. Alberto volvió a ofrecer su mano y apretó ligeramente. Laura no necesitaba una mano fría, necesitaba el calor del pecho de la persona a la que amaba por encima de todo.

Al volver a casa no encontró consuelo. Alberto estalló y se puso a darle golpes al sofá, con los cojines primero, con los puños después.

—¡Mi coche nuevo, mi coche nuevo!

—Lo siento, lo siento.

—No es tu culpa, ¡pero joder!, déjame cabrearme.

—Ya nos han dicho que la mayoría de coches aparecen.

Al escuchar esto, Alberto dedicó una fría mirada a su mujer que dolió más que si el cuchillo del atracador hubiera sesgado su yugular.

El coche del ginecólogo fue la excepción, la parte de las estadísticas de coches robados que no aparecen. Era demasiado bonito y demasiado nuevo para estamparlo contra una tienda de fotografía o para abandonarlo lleno de jeringuillas en cualquier descampado.

El seguro pagó una gran parte del robo y Alberto se compró otro coche. Pero se compró uno mucho menos caro, menos potente y sin asientos calefactados de cuero.

Laura se pegó varias semanas sin salir de casa. Tenía demasiado miedo y se juró a sí misma no conducir nunca más. «Siempre en autobús, en tren, en taxi o en globo si hace falta».

A pesar de que Alberto no lo dijera claramente, Laura sabía que su marido le culpaba por el robo. Las noches en las que llegaba de malhumor se habían convertido en rutina, pero ahora además incluyó un nuevo ingrediente a la ecuación:

—¿Borracho yo? No digas tonterías y sigue escribiendo.

Ella no soportó ese desprecio y le levantó la voz. Él descargó su ira con ella, e incluso la volvió a zarandear. Laura al verse atrapada entre la pared y las manos de su marido apestando a alcohol, se puso a llorar y se hizo un ovillo contra el suelo.

—No te quejes tanto que apenas te he tocado.

No supo reaccionar ante ese nuevo acto de violencia por parte de la persona que amaba, y sobre todo ante su desidia. Se quedó hundida en el piso de la casa durante un largo rato. Alberto se metió en el baño y ella escuchó sus vómitos, vómitos que le produjeron a ella arcadas. Poco a poco fue reuniendo las fuerzas necesarias para levantarse y encerrarse en su despacho. Allí pasó la noche en el pequeño sofá-cama que tantas veces había usado para relajarse y llamar a la musa. No solo pasó esa noche sino también las siguientes siete noches. Hasta que Alberto volvió a pedirle y a rogarle que volviera al cuarto de matrimonio.

Ella aceptó de mala gana, pero Alberto supo camelársela con caricias, besos y una ¿buena? noche de sexo. Pero cuando su marido la puso de espaldas para penetrarla —«qué pesado con el perrito»—, ella se evadió y pensó en el monitor del gimnasio.

Y al día siguiente volvió al centro y habló con Adrián.

—Necesito saber defenderme de verdad.

—¿Estás dispuesta a sufrir un poco?

Ella asintió.

Él sonrió.

«Maldita sonrisa».

Le entregó una tarjeta donde figuraba su nombre y su categoría de entrenador: «Adrián Trovado.  
Krav Magá Instructor»

Y también estaba escrito su teléfono.

## Magá

Se presentó a las ocho y cincuenta minutos en la puerta del gimnasio que Adrián le había indicado por mensaje de móvil. Tenía frío y miedo físicos. Pero mucho calor en sus entrañas. La rabia es lo que suele producir.

—Buenos días, me gusta tu puntualidad.

Laura se limitó a sonreír. «Es imposible no corresponder la sonrisa a este tío».

Iban a entrar juntos y solos al gimnasio. Laura se sintió un poco violenta. Nunca había estado a solas con él. Apareció otro chico con el que se saludó con efusividad y ella se sintió aliviada. Aprovechó para presentarlos.

—Hola, yo soy Rubén.

—Encantada, Laura.

—Él es mi segundo de a bordo, no te fies ni un pelo.

Adrián le dio un pequeño puñetazo en el hombro. El chico quiso darle dos besos, pero Laura le frenó ofreciéndole la mano. Hizo lo mismo con el resto de compañeros y aceptó los besos de las tres chicas que había en la clase. En total había catorce alumnos. Ella era la número quince.

El primer día de entrenamiento en el *dojo* de Krav Magá de Adrián fue relativamente suave. Según el instructor, el Krav Magá era la disciplina de defensa personal más efectiva. Les contó un pequeño rollo sobre sus orígenes que los más veteranos ya se sabían.

—Aquí trabajamos situaciones reales de calle, esto no es un deporte.

Ese era el mantra que el instructor Trovado recitaba periódicamente a sus alumnos y alumnas.

El primer día Laura entrenó con las chicas. Una de ellas, Raquel, entrenaba bastante duro y se sintió muy insegura con ella. Las primeras técnicas eran los bloqueos que había aprendido con anterioridad en el gimnasio.

—¡Vamos Laura, manos arriba! Actitud sumisa. ¡No quiero problemas! Raquel, izquierda, derecha a su cara.

Raquel lanzó el izquierdo y el directo sobre la cara de Laura que los paró de mala manera y le golpearon levemente en el pecho.

—¡Vamos Laura, vamos!

A pesar de pasar algunos apuros, a Laura le gustó la clase. El ambiente era bastante bueno.

—Bienvenida, no te agobies, todas lo pasamos mal al principio —dijo Raquel para su sorpresa mientras le daba un pequeño abrazo al finalizar la clase.

Se marchó contenta y motivada para seguir. Tras salir de la ducha, Adrián estaba entrenando en un ring de boxeo. El problema es que entrenaba solo con los pantalones de combate. Laura no pudo dejar de mirar su torso desnudo y sudoroso. Él se las arregló para lanzarle una mirada de despedida. Esta vez la sonrisa no fue tan atrayente porque su blanca dentadura estaba protegida por el protector bucal.

Ella tan solo levantó la mano y se marchó muy nerviosa.

Lo peor vino en la segunda clase. Tanto que estuvo a punto de dejarlo. Empezaron con un calentamiento más duro que el primer día. Quince minutos de carrera, sprint, flexiones, abdominales, saltos, etc. Acabó bastante cansada.

Siguieron la clase con los bloqueos, esta vez de los ganchos/bofetones laterales. Este tipo de bloqueo es mucho más doloroso, tanto para el que da, como para el que recibe. Raquel se empleaba a fondo. Laura tenía que parar los ganchos con la parte externa de su muñeca, vamos, con todo el hueso de la misma.

«¡Cómo duele, joder!»

Pero lo peor no era parar los golpes, lo peor era darlos. Su compañera bloqueaba con extrema dureza y su muñeca golpeaba con fuerza la parte interna del antebrazo de Laura. Cuando la periodista se dio cuenta de que se estaba formando un cardenal, pidió parar.

—Está bien, está bien. Diez flexiones para compensar, vamos, vamos —gritó Adrián.

Laura estaba a punto de vomitar. Y lo peor estaba por venir.

Siguieron con más técnicas que aumentaban la intensidad: patadas con la tibia en el muslo —sin protección— golpes en las costillas flotantes con el puño en forma de martillo, golpes en la garganta con la mano abierta en forma de tijera...

Laura salió medio coja, medio manca y la ducha le supo a gloria.

—No te quise meter miedo el otro día, pero Adri siempre hace lo mismo —dijo Raquel—. Cuando entra alguien nuevo, el primer día nos pide que vayamos con calma, a partir del segundo volvemos a la «normalidad».

—¿Lo de hoy es lo normal?

Laura estaba un poco asustada. Nunca se había peleado en su vida, ni cuando las compañeras se burlaban de ella tras el incidente de la menstruación y la llamaron la chica Drácula. Su carácter introvertido no le permitía llegar a ese punto de enfado donde se pierden los papeles y se encuentran las manos.

Raquel trató de calmarla y de convencerla.

—No te puedes imaginar la seguridad en ti misma que te da cuanto controlas un poco. Te pido por favor que vengas el próximo día —le dio un abrazo y un beso en la mejilla antes de marcharse. Ella había visto como muchas compañeras lo dejaban tras la segunda clase y no quería que la historia se repitiera. Las otras dos chicas, Carmen y Cristina le dieron otro abrazo y también trataron de motivarla.

«¿Ha dicho Adri?»

Sintió algo de celos, dolor, rabia y miedo.

Salió del gimnasio mirando al suelo. No quería cruzar los ojos con el monitor ni ver a nadie más. Camino de casa estaba decidida a no volver nunca más allí. Pero por la noche, Alberto volvió a llegar tarde y con su habitual «aroma» a alcohol. Se metió en su despacho y logró esquivarle. Se lo encontró durmiendo en el sofá cuando se despertó al día siguiente.

«Pues me voy a entrenar, joder».

El tercer día y los sucesivos volvió a experimentar de nuevo el dolor. Bloqueos ante puñetazos reales, caídas, luxaciones de articulaciones, desarmes de pistolas, de cuchillos...y todo un repertorio de técnicas agresivas/efectivas para situaciones de peligro real.

Tanto las compañeras como los compañeros fueron apoyando más y más a Laura, que seguía a remolque en la clase, pero que poco a poco iba cogiendo confianza.

Empezó a ir todos los días, de lunes a viernes como un reloj; pudo ocultar la asistencia al *dojo* a su marido. Tenía la excusa perfecta del gimnasio «normal», y otros días se inventaba que iba a la biblioteca; lo cual no era del todo mentira porque a veces se pasaba a recoger un par de libros o tres después de terminar las clases de Krav Magá.

Su cuerpo era el que no podía ocultar los moratones producidos por los golpes que sufría en el entrenamiento. Los tapaba como buenamente podía. Si un forense la hubiera examinado, podría haber llegado a la conclusión de que alguien la pegaba de forma regular. Su marido, al fin y al cabo era médico, y no quería tener que darle ni una sola explicación. Él ayudó de cierta forma, porque apenas hacía el intento por tocarla. Por esa época las noches en las que llegaba bebido eran más que las que llegaba sobrio, y si llegaba sobrio ya procuraba cambiar de estado en casa. Esto acarreó que pasaran más noches separados que juntos.

Los moratones dieron paso a la mejora en las técnicas. La mejora en las técnicas dio paso a una mayor autoconfianza. Real, porque Adrián siempre ponía especial énfasis en la defensa de ataques de cuchillo y ataque en grupo. Entrenaban bajo estrés: daban vueltas sobre sí mismos durante medio minuto y después repelían el ataque de tres oponentes. Uno con un palo, otro con cuchillo y otro a mano abierta. Las primeras veces Laura vomitó. A los dos meses, cinco días por semana, se sentía capaz de hacer vomitar a cualquier atacante.

Y además, el libro progresaba.

Y a pesar de que Alberto la convenció para volver a dormir juntos, siguió distanciándose como una asíntota, rozándola hasta el infinito pero sin tocarla.

Además pasó varias extrañas noches fuera de casa.

—Han cambiado las cosas y tengo que estar en urgencias.

Una de esas noches escribió —«no sé por qué lo hice»— a Adrián. Se inició una agradable conversación textual. Laura chateaba desde la cama y se lo hizo saber. Adrián en ningún momento dio pie a nada. Tan solo comentaron técnicas e intercambiaron vídeos de defensa personal.

Al día siguiente, tras el entrenamiento el monitor la detuvo antes de marcharse.

—Laura, eres una mujer muy atractiva. Cuando me contaste lo de tu agresión y por lo de anoche en el móvil puedo suponer que no estás pasando un buen momento personal. Pero veo tu anillo en tu dedo anular y necesito que tengas claro lo que quieres. Hasta entonces, somos instructor y alumna.

Ella se quiso morir. No lo esperaba para nada. No se despidió al marcharse. «Pero ¿qué se ha creído el cachitas este? ¿Que me tiro al primero que pasa?»

Faltó a las clases durante dos días. El instructor pidió explicaciones por mensaje y ella mintió echándole la culpa a la novela y al trabajo. Él, intuyendo la mentira, insistió y le pidió que acudiera al menos los martes y los jueves a entrenar con Rubén, que ya ejercía de segundo monitor. Esos días Adrián tenía que acudir a las clases de *body combat* en el otro gimnasio.

Aceptó.

Durante dos semanas entrenó solo esos días, pero se dio cuenta de que necesitaba más. Después de entrenar llegaba a casa llena de energía, física y creativa, y llenaba de cientos de palabras su casi terminada novela. Había pedido a Alberto un año y habían pasado solo ocho meses. La tenía lista a falta de unas correcciones y una última revisión.

A pesar de que su relación con Alberto estaba en una vía muerta, Laura estaba contenta. El día que puso el punto y final al segundo borrador de su novela, decidió volver a las clases con Adrián. Él le dio la bienvenida amigablemente, como si nada hubiera pasado. Y durante el mes siguiente, entrenó y corrigió de nuevo el borrador como una bestia.

El nivel que había adquirido era mayor que el de Carmen y Cristina, y le faltaba muy poquito para llegar al de Raquel. Dominaba muchas técnicas mejor que la mitad de los chicos del *dojo*. Adrián animó a todos a presentarse a un examen de cinturón. De las chicas se animaron solo Raquel y ella; de los chicos solo Rubén, que aprobó el examen del cinturón negro.

Raquel y Laura dieron una exhibición, y se saltaron dos categorías, consiguiendo directamente el cinturón verde. El maestro de Adrián, Marcos Solís, que era toda una eminencia en el Krav Magá a nivel mundial, se mostró impresionado por el nivel de las aprendices.

«Y en solo seis meses».

Por aquél entonces llegó la primavera, y parece ser que el famoso refrán alteró la sangre de Alberto. El médico trató de acercarse a Laura. En los anteriores cinco meses, se había mostrado tan frío, tan distante y tan extraño, que Laura sospechaba de que estaba siendo infiel. Pero a pesar

de ello lo amaba por encima de todo y dejó que se acercara. Muy poco a poco, pero lo dejó.

Gracias al trabajo en *Crítica Diacrítica* y también en el evento de la famosa noche del robo, había conseguido suficientes contactos de editores y agentes literarios. Se escribía regularmente con algunos, ya que le anunciaban en primicia las novedades literarias del mes y recibía en casa ejemplares que debía leer y hacer su análisis. Cuando dio por terminada su novela; tras cuatro revisiones y noches enteras de corrección ortográfica, escribió a los ocho agentes literarios y a las cuatro editoriales con las que más confianza tenía.

Esa noche, tras enviar todos esos correos y sin saber qué sería de su manuscrito, se sintió feliz. Encargó comida y preparó la mesa para una cena ¿romántica? con su marido. Alberto llegó taciturno, como casi siempre, pero esta vez no estaba borracho. Al verla tan radiante no dejó escapar la oportunidad y volvieron a amarse.

Un polvo muy aséptico, casi como la revisión que el doctor De Miguel hizo a la señorita García Rodríguez tras el incidente eyaculatorio, cinco años atrás.

—¿Qué es esto? —dijo señalando un cardenal en una pierna de Laura.

—El otro día en *body combat*, la compañera de al lado se emocionó. —Tenía la excusa preparada.

—Vaya, ten cuidado. —La besó y Laura sintió que ese beso era más un compromiso que un acto de amor. Al instante el doctor se dio la vuelta y apagó la luz de su mesilla.

«Si tú supieras quién tiene que tener cuidado...».

Pasaron unas semanas de relativa calma.

Ella mataba los nervios de la espera entrenando más y más duro. Adrián enseñó la famosa técnica «Mata león». Consistía en agarrar al adversario por el cuello desde su espalda, poniendo un antebrazo contra la tráquea, y haciendo palanca con el otro. El nombre lo decía todo. Aprendieron tanto a ejecutarla, como a liberarse de ella.

Otro día estaban trabajando una técnica de amenaza con cuchillo sobre el cuello. A pesar de que era un cuchillo con la punta roma, a Laura le vino a la mente su aciago episodio en el coche. No pudo evitar escuchar la voz en su cabeza del atracador y cómo la tiró al asfalto. ¿Consecuencia? Se ensañó con el compañero tanto, que Adrián y Raquel tuvieron que separarlos.

—Lo siento, lo siento, no sé que me ha pasado.

—Tranquila por favor —pidió Adrián—. Vamos a hacer una cosa, que en estos días te estoy viendo demasiado agresiva. —Laura suspiró porque en el fondo llevaba razón—. Si quieres los viernes, que tengo más tiempo, te quedas un rato conmigo a solas y hacemos *sparring* real. ¿Quieres?

Los ojos de Laura hablaron por ella. Lo que pasó es que al siguiente viernes no estuvieron solos: todos los compañeros del gimnasio se quedaron a ver el combate entre instructor y alumna. No era lo habitual en las clases de diario, pero en esta ocasión ambos llevaron las protecciones pertinentes: además de las coquillas para los genitales y los protectores bucales de rigor, usaron guantillas, casco y protectores tibiales.

—Tres asaltos de dos minutos. Se para el combate cuando uno de los dos se rinda. Quien gane dos asaltos gana y el que pierda se paga unas birras para todos ¿de acuerdo? —dijo Rubén, que iba a ser una especie de árbitro.

Adrián empezó suave pero ante la contundencia de la alumna, no tuvo compasión. Atacó duro y consiguió tirarla al suelo en un doble ataque. Tras inmovilizarla y luxar su brazo ella gritó de dolor.

Uno a cero.

En el segundo asalto, Laura decidió ir con más precaución, cubriéndose y solo respondiendo a

los ataques si lo veía muy claro. Repelió todos durante los dos minutos de ese asalto. Estaba exhausta. Cruzó miradas con su profesor. Él trató de distraerla con su maldita sonrisa, pero no cayó en su juego.

«Si no tuvieras el bucal quizá».

En este asalto nadie venció por lo que Rubén decidió que quedaba en empate.

En el tercer *round* siguió con su estrategia defensiva. Bloqueaba con relativa dificultad puñetazos, patadas y algún intento de derribo. En uno de estos ataques vio un hueco en el costado de Adrián. «Martillazo» en la costilla flotante y aullido del instructor. Se dispuso a rematar la faena estrangulándolo por detrás, con la recién aprendida «Mata león», pero se confió y aflojó en el agarre. Adrián que notó la debilidad, aprovechó para agarrarla por el brazo y Laura voló por los aires hasta caer redonda en la lona.

—¡Joder! —protestó dolorida por el impacto.

—Dos a medio —dijo con su maldita sonrisa en la cara y le ofreció su mano.

Se abrazaron. Su cuerpo empapado en sudor se pegó al de Adrián y sintió cosas que no debería sentir

¿O sí?

## Llamada

Tras el combate y el abrazo, el resto de los alumnos empezó a aplaudir y a hacer fotos a instructor y alumna. Adrián la felicitó.

—Nunca te confíes en la calle. Estás casi lista. Casi porque nunca se está del todo listo. Ni yo lo estoy.

Ella se lo agradeció con todo su corazón y se miraron a los ojos. La mezcla de sensaciones estaba a punto de sobrepasar lo que podía soportar. Como en las películas, el teléfono móvil la salvó.

¿O la condenó?

Tras angustiosos momentos buscándolo en su mochila, descolgó. Al aparato la representante de una de las editoriales más prestigiosas del panorama literario nacional. A Laura se le saltaban las lágrimas, se tuvo que buscar un rincón apartado del dojo para hablar tranquila. Una primera edición de cinco mil ejemplares, publicidad en portales literarios, redes sociales, y presentaciones en las tres ciudades más importantes del país. Cuando colgó, corrió a abrazarse a Adrián y le dio un beso en la mejilla que no se esperaban ninguno de los dos.

Se produjo un nuevo silencio tenso entre ambos que fue roto por el abrazo del resto de compañeros.

—Así que una escritora famosa, ¡eh! —dijo Raquel—. Lo siento se ha oído toda la conversación.

Todos le dieron la enhorabuena por partida doble.

—Famosa no, novel por el momento.

—Joder, dice que no es famosa y ya le van a dar el Premio Nobel —dijo Rubén.

Y se ganó un puñetazo en el deltoides por parte de Raquel.

—No seas burro anda.

Rubén se quejó sin entender nada. Todos la colmaron de elogios, besos y abrazos.

Y volvió a quedarse a solas con Adrián.

—Estaré una temporada sin venir, tengo mucho qué hacer.

—Disfrútalo.

Cuando se marchó del gimnasio se sorprendió a sí misma mirando hacia atrás. Y la perturbó ver a Adrián correspondiendo la mirada. Esta vez no había sonrisa, puede que hubiera algo más.

Llegó a casa y se dio un gran baño de espuma con una intensa masturbación incluida. Su marido no le daba lo que necesitaba y la tensión sexual con Adrián había alcanzado cotas máximas. La excitación de la noticia de la publicación de su libro le había causado mucho estrés y necesitaba un orgasmo como el respirar.

Así que se dio el homenaje. Eso la relajó, mucho. Tanto que estaba deseando que llegara su marido a casa.

Quiso comerse a besos a Alberto al contarle la noticia, pero le notó extraño. Incluso olía diferente, una leve mezcla de alcohol con algo que no supo descifrar.

—Me alegro mucho, discúlpame pero no he tenido un buen día en el trabajo.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Cuéntame, por favor.

Alberto suspiró y se fue directo al mini bar. Se sirvió una copa de un viejo escocés cuya botella estaba a punto de agotarse —y las que te rondaré morena—. Lo aderezó con un ginger ale frío de la nevera y un par de cubitos de hielo. Se sentó en la chaise longue y suspiró. Laura asistía

estupefacta al deambular de su marido.

—Me cambio de hospital.

—Vaya, ¿y eso?

—No me han pasado a consultas, quieren que siga haciendo guardias y no estoy dispuesto. La residencia se acaba dentro de poco.

Laura se sentó a su lado, se acurrucó junto a él.

—No te preocupes, ellos se lo pierden.

Alberto no respondió. A pesar de haberle chafado su gran momento, Laura no se molestó. Era su hombre y lo apoyaría siempre. Como la cosa iba de copas, Laura se sirvió un ron con naranja.

«Qué no todos los días le publican a una novela».

Consiguió sacarle un brindis a su marido.

—Por nosotros —dijo Laura.

Alberto no dijo nada a pesar de que ella esperaba que brindara por la publicación de su libro. Nada, tan solo una leve sonrisa.

Una breve conversación banal sobre el nuevo hospital y la fecha de cambio:

—Todavía me quedan cuatro meses o así para terminar la residencia.

Laura no entendía nada. ¿Por qué ese adelanto en comunicarle el cambio? No quiso indagar más.

Se fueron a la cama y Laura, algo bebida, hizo un intento de estriptis. Alberto rio un poco pero se acurrucó en su lado de la cama cuando ella dio por terminado el espectáculo. Ella quería salsa con él, pero el médico estaba distraído. La mano de la devota esposa se metió dentro de los boxers del marido pero aquello no reaccionaba. Tampoco cuando sustituyó la mano por la boca. No había forma de que aquello se levantara.

—No me encuentro bien, lo siento.

Ella, comprensiva, quiso dormir abrazada a él, pero este se escabulló en cuanto pudo, otra vez a su lado de la cama.

Eso fue la gota que colmó, no solo el vaso sino, la jarra. Laura, muy enfadada y sin nada de sueño se levantó de la cama. No podía dormir, estaba demasiado alterada, confusa, algo bebida y con la libido —otra vez— por las nubes. Se calzó, se puso una bata y se fue a su despacho.

Encendió el ordenador y consultó el móvil. Cotilleó en los mensajes y vio que Adrián había puesto como foto de perfil una de las que se habían hecho esa misma mañana en el ring del dojo.

Allí estaba junto a ella, orgulloso de su alumna.

Sintió una profunda tentación de escribirle, pero la hora y la anterior ¿reprimenda? de su sensei lo evitaron. Se sentía tan confusa, tan contenta, tan triste, tan excitada, tan reprimida...

Dejó el móvil a un lado y miró el correo. No se había acordado de comprobarlo el resto del día. Su editora le indicaba la fecha de lanzamiento del libro. Tan solo quedaba un mes y la presentación sería en una conocida librería de la capital.

Además de mandarle el contrato que debía leerse de cabo a rabo y firmarlo por triplicado, le pedían ser activa en internet: redes sociales, blog, el propio Crítica Diacrítica; y también pedía que lo difundiera entre sus allegados.

Todo sumaría para llegar a más gente y poder llenar el aforo. Al fin y al cabo era una autora poco conocida.

Su estado de excitación —no solo sexual— tenía a su cerebro a tres mil quinientas revoluciones y para no gripar metió la quinta: a pesar de ser cerca de las dos de la madrugada, cogió el móvil y mandó un mensaje general a todos sus contactos, sin caer en la cuenta de que Adrián estaba en ellos. Él respondió de inmediato.

«Allí estaré».

«¿Qué haces despierto?»

«Lo mismo podría preguntar yo».

«Yo con toda la excitación de hoy no puedo pegar ojo».

«Vaya, para mi también ha sido un día muy estresante».

«Aham».

Por unos minutos ninguno de los dos mandó ningún mensaje. Laura inició uno, pero se arrepintió. A Adrián debió de pasarle lo mismo.

«Yo estaba estudiando; en una semana tengo dos exámenes y las oposiciones a la vuelta de la esquina.

«Pues te dejo que estudies».

«¿Nos veremos antes de la presentación de tu libro?».

«Intentaré ir un día a entrenar, pero no te lo puedo asegurar».

«¿Te apetecería otro cara a cara?».

Se sorprendió a si misma acariciando sus piernas y su pecho mientras intercambiaba mensajes con él.

«Seguro que sí».

«Te tomo la palabra».

«Hablares, pero no me falles el día de la presentación.

«Por nada del mundo.

«Eso espero»

Contestó Laura y añadió el típico emoticono de «cara con besitos».

¿Cómo terminó la noche para Laura?

Pues de nuevo masturbándose con un aluvión de imágenes en su cabecita del combate de la mañana con el instructor.

## Lo tuyo

Tras el orgasmo le sobrevino la culpa. Su marido en la habitación de al lado y ella masturbándose pensando en otro hombre.

«Pero es que Adrián no es un hombre cualquiera».

Laura deseaba escribirle tantas cosas, tantos sentimientos encontrados. ¿Confesarle la atracción que sentía por él?

«Cuando tengas las cosas claras».

Y no las tenía. Amaba ¿profundamente? a Alberto, pero él se había distanciado tanto de ella, que ni en uno de los mejores momentos de su vida supo estar a la altura.

«Su trabajo, su trabajo, su trabajo».

Decidió taparse con una manta y dormir de nuevo en el sofá-cama sin siquiera desplegarlo.

—¿Otra patada en el body combat ese? —La voz de Alberto la despertó. Tenía su costado descubierto y se podía ver un «hermoso» hematoma fruto de la caída a plomo sobre el ring el día anterior. —Dime qué es eso, haz el favor —preguntó serio.

Laura respiró profundo. No podía seguir ocultándolo.

—Estoy aprendiendo defensa personal —mintió a medias. «¿Aprendiendo?».

—¿Defensa personal? ¿Y aprendes a golpes? Dime la verdad.

—No tengo por qué mentirte ¿No recuerdas el incidente con el coche? Me costó la vida salir a la calle después de aquello.

—Joder que si lo recuerdo...

—Pues eso.

—¿El del otro día en la pierna también era de eso?

—Sí.

Se miraron y a pesar de estar a un metro de distancia, Laura sintió que su marido aún estaba en la isla de Corfú. No dijo nada más y se marchó a trabajar.

Esa noche recibió un mensaje de él avisando de que no iría a dormir: supuestamente tenía que cubrir a un compañero.

«Por mí como si tienes que “cubrir” a una compañera».

Un baño caliente de espuma fue la mejor compañía posible para Laura aquella nueva velada a solas. Volvió a usar su memoria para estimularse, tanto la visual como la olfativa, y no dejó de pensar en Adrián mientras sus manos recorrían su cuerpo hasta llegar a su entrepierna. Se tocó, se exploró, se penetró con sus dedos. Y sincronizando con un muerdo en sus propios labios, volvió a alcanzar el éxtasis.

«Madre mía, esto no es normal».

Pero sí se convirtió en algo normal.

Durante ese mes los altibajos se sucedieron en la convivencia con Alberto. Algunos días mal, otros días peor, otros días cuando no volvía a casa se entregaba a los placeres onanistas y siempre, siempre con su entrenador en la cabeza. La promoción del libro la tenía tan ocupada que solo pudo ir un par de veces a entrenar; la primera no coincidió con Adrián. En la segunda, este le confirmó su asistencia a la presentación de su novela. Y ella, encantada de la vida, le dijo que podía llevar a quien quisiera. Él no dijo nada, tan solo la miró y la admiró. Ella le notó un poco frío, pero no le dio importancia. Aprovechó el poco contacto que tuvo con él ese día para guardárselo en su archivo personal. Ya se sabe, para el «momento baño».

El ansiado día llegó. En la famosa librería Courier de la capital no cabía un alfiler. La publicidad de la editorial y la intensa actividad en redes sociales de Laura dieron sus frutos. Ella —radiante— acompañada de su —desmejorado— marido acudió al evento con los nervios a punto de llevarla a perder la consciencia. Y cuando vio a Adrián en primera fila —por primera vez sin ropa deportiva— tan elegante, se tropezó y casi se cae al suelo. El propio Adrián reaccionó como reaccionaba siempre en las clases de defensa personal: se levantó como un resorte y llegó a tiempo de sujetarla de la mano para no caerse.

—Cuidado mujer, que esto no es el ring.

Laura se quería morir de la vergüenza y no quiso ni mirarle a los ojos. Alberto se dio cuenta del intercambio de palabras, pero no escuchó lo que dijo el instructor y preguntó a Laura.

—¿Lo conoces?

—Luego te cuento.

En la presentación, Alberto no dejó de mirar a Adrián, que no dejó de mirar a Laura, que no dejó de mirar el texto que tenía preparado. Los nervios le jugaron una mala pasada y se trabó más de lo deseado. A pesar de ello, recibió el cariño del público y se sintió abrumada.

«No estoy acostumbrada a esto».

Junto con la protocolaria firma de ejemplares, tuvo lugar un pequeño cóctel. Alberto no se despejó de la barra durante la hora larga que duró. Cuando terminó, la autora empezó a dar besos aquí y allá. Su marido no dejó de buscar con la mirada a Adrián hasta que Laura y él se encontraron. Por supuesto que se arrimó a husmear antes de que pudieran intercambiar palabra. Laura lo vio venir de reojo.

—Mira Adrián, este es Alberto mi...

—Su marido —dijo el médico.

El doctor intentó marcar territorio con un fuerte apretón de manos. Se topó con la contundente mano entrenada del instructor.

—Él es Adrián, mi profesor de defensa personal.

—¿Así que tú eres quien hace que mi mujer llegue a casa como si le hubieran dado una paliza?

—Cariño, eso no es así.

—¿Ah, no?

—Solo trato de que sepa defenderse de indeseables —marcó muy bien esta última palabra.

Silencio y miradas: aquello parecía una película de Clint Eastwood.

—Tan solo procura que no vuelva a casa con más hematomas, no vaya a ser que le dé por denunciarme.

Laura sintió una náusea al escuchar esas palabras de la boca del que creía el amor de su vida. Adrián se quedó pasmado sin saber reaccionar. Decidió marcharse, agradeció a Laura la firma del ejemplar y se despidió cortés.

Alberto volvió a la barra.

Laura se quedó sola, hundida, aturdida, sin saber qué hacer ni a quién saludar.

Por fortuna su editora, Sonia Lacasa, se acercó a echarle un cable. Se habían conocido ese mismo día y por lo poco que habían hablado, Laura se sentía cómoda con ella.

—La presentación ha sido un éxito, felicidades.

—Gracias.

Laura no pudo disfrutar de uno de los mejores momentos de su vida porque su «querido» marido se había transformado en Mr. Hyde. Allí estaba, apoyado en la barra con una copa en la mano y con la mirada perdida.

El evento terminó y cogieron un taxi: viajaron cada uno en una punta del asiento trasero.

¿Conversación? Con el taxista para decirle la dirección. Cuando llegaron a casa Laura se fue directa a la ducha y Alberto la siguió. La observó mientras se desnudaba. Admiró su cuerpo, ahora estaba en forma, y sintió el deseo étílico. Vio un nuevo moratón en una nalga de su mujer y la rabia acudió de nuevo.

—¿En el culo es necesario que te golpee? ¿O es que te gusta que te azoten?

—Deja de decir barbaridades, por favor. Es de un rodillazo de una compañera. Vente un día y comprueba cómo entrenamos.

—¿Yo? ¿Para qué?

—¿No dices que agredieron a un compañero tuyo?

La ira iba en aumento en el joven doctor; se acercó hasta su desnuda mujer, la cogió por el brazo pero ella de un tirón se soltó. La abrazó con fuerza y trató de besarla, pero ella lo volvió a rechazar. Alberto apestaba a alcohol como de costumbre, y ella, desnuda, se sentía muy vulnerable.

—Dúchate tú primero, anda, y ahora si quieres hablamos.

—No quiero hablar, quiero follar.

La volvió a apretar contra él a la fuerza. Ella se resistía sin violencia. Pero cuando él trató de tocar su entrepierna se revolvió y se escapó.

—¿Eso es lo que te enseña tu querido profesor de defensa personal? ¿A escaparte de borrachos?

—Vete por favor, Alberto.

—¿O qué? ¿Me vas a pegar?

Laura trató de marcharse, pero su marido le cerraba el paso. Trató de besarla otra vez pero volvió a escaparse.

—Vamos a follar y déjate de gilipolleces.

Volvió a meterla mano entre las piernas y Laura no lo soportó más, le dió un empujón que lo hizo retroceder hasta golpearse con el lavabo.

—¿Pero qué haces, loca?

Alberto, rojo de ira, se fue hacia ella y lanzó una bofetada sobre su cara.

Bloqueo con mano izquierda, puñetazo seco en la boca del estómago con mano derecha, patada en los genitales, golpe con la mano abierta en la garganta, patada-barrido en la rodilla.

Instinto y duro entrenamiento.

¿Resultado?

Alberto gimoteando en el suelo sin poder ni gritar por el golpe en la garganta.

Laura no dijo nada, saltó por encima del cuerpo del médico y no miró atrás. Metió cuatro trapos en la bolsa del gimnasio, se vistió todo lo rápido que pudo, y abandonó la casa.

¿Para siempre?

## Cortinas

Acurrucada entre las ásperas sábanas de un hostel barato. Llorando sin consuelo. Con la culpa azotando sus entrañas.

Así pasó la noche Laura María García Rodríguez, veintiséis años, periodista, escritora, mujer.

Apenas pegó ojo. El amanecer la golpeó a través de las débiles cortinas, destrozadas por el pasar de los años y los huéspedes de dudosa procedencia. No quiso llamar a su amiga Lourdes. Tentada estuvo de llamar a Adrián.

Cogió un taxi hasta la estación pero el primer tren a su tierra partía a las nueve de la mañana. Así que decidió alojarse en la primera pensión que encontró en las inmediaciones.

Café con leche de soja y tostada a la que apenas dio dos mordiscos. Quitó el modo avión de su teléfono móvil con tanto miedo que a punto estuvo de caerse de sus temblorosas manos. Le sorprendió no ver ni una sola llamada de su marido.

«¿Ni se digna a pedir perdón ya?»

Vagó de nuevo por la estación hasta la ventanilla y esperó cola. Cuando llegó su turno se detuvo.

—¿Dónde viaja, señorita?

Laura no respondió, miraba las manos de la persona que le estaba atendiendo tras el mostrador, pero no articulaba palabra.

—¿Señorita?

Laura reaccionó y se apartó pidiendo disculpas. Cogió el teléfono y llamó a Sonia, su editora. La idea inicial era presentar la novela en las tres ciudades más importantes del país, para ello había fechas y lugares fijados. Laura pidió hacerlo al menos en quince. La editora negoció y se quedaron en doce localidades; la última sería la ciudad natal de Laura. Ella misma tendría que encargarse de buscar los lugares y fechas para la firma de ejemplares. Las dietas de viaje y estancia serían las mínimas, y eso incluiría dormir de nuevo en hostales de cortinas raídas.

«Cualquier sitio menos en casa».

Aprovechó que estaba en la estación para comprar el billete a la siguiente ciudad. Faltaban dos días pero quería irse ya mismo. Volvió a ponerse en cola y cuando llegó de nuevo a la ventanilla el recepcionista la miró con recelo.

—¿Sabe ya qué billete quiere?

Eran las nueve y el primer tren salía en dos horas. Lo malo es que no tenía ropa para iniciar una gira por el país. ¿Volver a casa? Solo pensarlo le provocaba nauseas.

«Adrián».

—Señorita no puede seguir haciendo esto.

—Perdone, después del tren de las once, ¿a qué hora sale el siguiente para este destino? —

Laura señaló en el mapa la ciudad de la siguiente presentación.

—Hay trenes cada dos horas.

—Bien, creo que cogeré el de las cinco.

El recepcionista le expendió el billete y cuando Laura lo fue a tomar, lo retuvo. Ella le miró extrañado.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Soy señora y no importa cómo me encuentre.

Llamó a Adrián y quedó con él en la puerta del dojo.

—Tengo las cosas claras.

Adrián no se lo esperaba, no entendió bien las palabras de Laura y se mostró confuso

—Con mi matrimonio y eso, ya sabes.

Adrián bajó la mirada al suelo, sonrió y la miró de nuevo.

—¿Y qué propones?

—De momento, necesito que me ayudes.

Dieron un breve paseo y Laura explicó lo ocurrido. Adrián apretó los puños y frunció el gesto al conocer el relato de los hechos por boca de Laura. Su ira creció aún más al verse con las manos atadas.

—No puedo ayudarte, Laura.

—¿Por qué?

—Porque si se produce algún incidente, puedo tener problemas para entrar en la policía. En la academia no paran de recalcarnos esto.

—No lo entiendo.

Adrián suspiró y la miró a los ojos.

—Si le doy lo que se merece, puedo acabar en un juicio y con una condena. Eso me impediría ingresar en el cuerpo para siempre.

Laura agachó la mirada con tristeza.

—Tampoco te pido que le des una paliza, solo que vengas conmigo a casa a recoger todas mis cosas.

—Tienes que ir ahora mismo a denunciar.

—¿Denunciar? En todo caso me tendría que denunciar él. No sé si le habré roto algo.

Adrián rio orgulloso. Ella forzó una mueca.

—Estás más que preparada para enfrentarte a él sola. Tú misma me lo has contado.

—Estaba borracho.

—Tendrás que hacerlo si no quieres ir a poner la denuncia.

Adrián le dio un abrazo y ella se sintió profundamente aturdida. Los sentimientos por él eran muy fuertes y, aunque entendía su posición, no podía evitar sentirse abandonada y sola.

—De todas formas...tengo una idea —dijo el instructor.

Alberto aparcó en el parking de empleados y entró en el hospital cabizbajo y ojeroso. Adrián, fingiendo hacer una llamada telefónica, lo observó hasta que desapareció tras la puerta de personal. Mandó un mensaje a Laura para que ella pudiera entrar en casa sin miedo. El sensei se pasó media hora observando el coche del ginecólogo y quiso dar por terminada su labor de vigilancia. Pero en lugar de irse, entró al recinto hospitalario. Buscó la sección de ginecología y, con sumo cuidado, se acercó a las puertas de las consultas. En ninguna vio el nombre del doctor De Miguel. Cuando ya se marchaba vio a Alberto: estaba acompañado de una exuberante enfermera; las miradas, sonrisas y arrumacos no dejaban lugar a la duda.

«Menuda joyita, Laura».

Se fue de allí sin ser visto

Laura, nerviosa, hizo la maleta a duras penas. Cogió la más grande y metió todo lo que pudo. El portátil y algunos de sus libros no podían faltar. Cuando entró al baño con la intención de recoger sus cosas de aseo, volvió a sentir la náusea. Un charco de vómito sobre el suelo que ni se había dignado en recoger el doctor. Cogió su frasco de perfume y lo alzó en su mano con la intención de estrellarlo contra el espejo. En el último instante supo contenerse.

Se marchó peleándose con sus mejillas llenas de lágrimas.

El tren siempre la relajaba. El traqueteo, el pasar de los postes de la luz, el campo infinito...producían en ella una sensación de libertad reconfortante. Alternaba entre la pantalla de su ordenador y la vista que le ofrecía el gran ventanal. De esta esponjosa sensación de calma la sacó, como no podía ser de otra manera, su «querido esposo». No se molestó en colgar, tan solo quitó el volumen. Una nueva llamada hizo que apagara el teléfono.

Además de buscar lugares para el asunto de su novela, también se dedicó a buscar hostales/pensiones/hoteles baratos. En esta ciudad encontró uno bueno a buen precio.

Cuando se instaló en la modesta pensión —con unas cortinas en mejor estado— volvió a encender el móvil y quiso borrar los mensajes, pero la tentación de mirarlos ganó.

«Tenemos que hablar. Sé que no tengo perdón, pero tenemos que hablar, por favor llámame»

Su respuesta no dejó lugar a la duda.

«Lo siento, hablarán nuestros abogados»

Respondió a un mensaje de Adrián donde le preguntaba por el viaje.

«Bien, muchas gracias por la ayuda, que no te he dicho nada»

Él no respondió.

Apagó el teléfono y trató de dormir por más de una hora. Se levantó; se dio una ducha a una temperatura que podría haberle provocado quemaduras; trató de masturbarse pero no consiguió el orgasmo; comió un dulce que había comprado en la estación y volvió a la cama

¿Resultado?

Otra hora dando vueltas. Cogió uno de sus libros y empezó a leer; tras diez minutos lo cerró, no era capaz de concentrarse ni tampoco le entraba sueño.

Tomó una decisión que seis meses atrás jamás hubiera tomado. Se vistió y salió a recorrer la noche de esa ciudad desconocida.

No sintió miedo.

La noche era apacible, la pensión era céntrica y había ambiente por las calles. Entró en un bar irlandés y se tomó una Guinness. Sintió las miradas de un grupo de turistas británicos y uno de ellos se acercó a hablar con ella

—Hello sweetie.

Laura puso sus brazos en jarras y se giró muy rápido; de esta forma su codo golpeó con contundencia el bíceps del muchacho que notó el dolor en el brazo sin saber qué había ocurrido.

—Sorry, I'm married.

El chico, entre el golpe que no supo por donde le vino, y el dedo de Laura señalando su anillo de matrimonio, reculó a la velocidad del rayo. Llegó hasta donde estaban sus amigos y Laura vio como dejaban de intimidarla.

«Buen truco Adri, gracias»

Se tomó otra cerveza. El alcohol le hizo bajar la guardia y escribió a Adrián. Que si por favor fuera a verla, que si le echaba de menos, que si se sentía sola... Le dio igual la hora. Ya tenía las cosas claras. Eran casi las tres de la madrugada y, por supuesto, no obtuvo respuesta.

Volvió al hostel y tras pelearse un poco con la llave, consiguió entrar en la habitación. Cayó a plomo sobre la cama, el alcohol puso de su parte.

Despertó tarde y sobresaltada. Por fortuna ese día no tenía obligaciones. Consultó el móvil: más mensajes de Alberto, ninguno de Adrián.

«Putá vida»

Se duchó —esta vez fría—, se vistió y volvió a la calle. Recorrió la bonita ciudad y disfrutó del sol en sus mejillas. Grandes avenidas, bonitas plazas y una bonita montaña desde donde asistió al

atardecer. Malcomió un sándwich y unas patatas fritas de bolsa —«Adrián me mataría»—, y volvió al hostel. El día había transcurrido relativamente tranquilo, tan solo un intento de llamada más de su marido que por supuesto ignoró. Había sido una jornada interesante y estaba relativamente contenta. Sobre todo estaba relajada. Se desnudó para ir a la ducha y cuando terminó de hacerlo el teléfono volvió a pitar. Pudo ver en la pantalla de inicio que el remitente era Adrián.

«¿Qué tal, cómo vas en tu viaje?».

No tardó ni un segundo en responder.

«Más o menos bien, mañana tengo la presentación»

«Me alegro y te pido perdón por no haberte contestado, me olvidé el teléfono en casa y llego ahora»

Decidió llamarle.

—Vaya, no me lo esperaba.

—Me cansé de escribir y tengo un poco de frío.

—¿Y eso? ¿Hace frío por ahí?

—No, es que iba a ducharme justo cuando me ha llegado tu mensaje.

Adrián se quedó callado unos instantes.

—Pues disculpa, si eso hablamos luego.

—No, no, por favor. Me alegra que me hayas escrito. Cuéntame, ¿tú qué tal?

—Bien, bien, pero dime, si estás a punto de entrar a la ducha y tienes frío...

Laura rio.

—No seas tan cotilla.

—Hombre, uno no es de piedra.

—Quizá necesite alguien que me enjabone —Se jugó el todo por el todo.

—Qué peligro tienes.

Se produjo otro silencio.

—Me dijiste lo de las cosas claras el otro día. ¿Sigue la cosa así?

—Las tengo cristalinas, como el agua que estoy preparando ahora para un baño de espuma —mintió, en ese hostel ni baño, ni espuma.

—¿Tienes alguna presentación que coincida en fin de semana?

—Creo que la siguiente es en viernes, espera —Laura, consultó su agenda del móvil para verificarlo—. Sí, la siguiente es esta misma semana, el viernes. ¿Por qué?

—Porque quizá pueda ir a enjabonarte...digo a la presentación.

Laura rio a carcajadas (cuánto lo necesitaba). Parece que la barrera de su querido entrenador había caído por fin. Y ella estaba dispuesta a todo con él.

—¿En serio vendrías?

—Muy en serio.

—No me falles ¿vale?

—No lo haré, cuenta con ello. A no ser que me mate en el camino, claro.

Laura volvió a reír y coqueteó un par de minutos más con él. Tras colgar le mandó la dirección del próximo evento. De paso envió una foto de sus piernas de muslo para abajo. Se sintió erotizada, poderosa, contenta. La respuesta de Adrián fue un simple emoticono de corazón y fuego, pero le sirvió para hacer lo que tanto tiempo llevaba sin hacer. La escueta ducha de aquel hostel barato fue testigo de un orgasmo tan deseado como necesario.

Durmió por fin, lo de las noches anteriores no podía llamarse sueño.

El día siguiente lo pasó nerviosa por la presentación, pero Sonia llegó a la ciudad, y pasar el

día con ella ayudó a reducir el estrés. La editora invitó a comer en un buen restaurante; hicieron unas compras por el centro de la ciudad; merendaron y como el evento era en unos grandes almacenes, volvieron a regalarse unos caprichos en las tiendas.

La firma de ejemplares fue otro rotundo éxito. Laura se volvió a permitir soñar y ser feliz. Cenó también con su editora y posteriormente se fueron de fiesta. La escritora no estaba acostumbrada a más de dos cervezas y se emborrachó más de la cuenta, con fase de exaltación de la amistad incluida para con Sonia.

Despertó con el terrible pitido de su móvil, se había olvidado poner el modo avión. Quiso colgar pero por error dio a la tecla de descolgar.

—Laura García —se escuchó en el altavoz del aparato—. ¿Laura?

—Sí, ¿quien es? —respondió más dormida que despierta.

—Laura, le llamo del Hospital Clínico, para recordarle la cita del próximo lunes.

—¿Qué cita?

—Le mandamos una carta.

—No me ha llegado nada —dijo mientras se desperezaba.

—No se preocupe, por eso siempre llamamos. Tiene que venir a la revisión de su problema en el ovario. ¿Su ginecólogo no le comentó nada?

—No, ¿qué ocurre? —Si ella supiera cómo la trataba su ginecólogo...

—No puedo decirle nada por teléfono, lo siento.

—¿Pero tengo cita con el ginecólogo?

—No, no, tiene que hacerse una biopsia.

—Pero si me hice una hace poco más de un mes.

## Bio

—No sé qué decirle señorita, tan solo que tiene usted la cita el lunes a las diez y media; ala norte del Hospital Clínico. ¿Puede asistir?

Laura no era capaz de articular palabra.

—¿Señorita?

—Sí disculpe, asistiré. Gracias.

Laura colgó aturdida. ¿Por qué tenía que hacerse otra biopsia? En la última revisión Alberto no dijo nada y estaba muy reciente.

«¿Este desgraciado me ha ocultado algo?»

Marcó su número pero colgó al menos tres veces antes de que diera tono. Necesitaba saber qué ocurría, pero detestaba la idea de escuchar su voz de nuevo. Recogió las cosas y se marchó del hostel. Cuando llegó a la estación faltaba más de una hora para que su tren partiera.

«¡A tomar viento!»

Marcó una vez más el teléfono de su marido y esta vez sí lo dejó sonar.

—Laura.

Ella no dijo nada.

—Laura, ¿estás ahí?

—Dime qué pasa con esa biopsia.

—Tienes que venir y te lo cuento aquí.

—¿Por qué no me dijiste nada en la última revisión?

—No quise asustarte, no tiene importancia pero prefiero repetirla.

—¿Asustarme? Tienes muy poca vergüenza.

—Por favor, Lau...

—¿No me vas a contar nada?

—De verdad que no tiene importancia, pero prefiero repetirla. Confía en mí.

—Me haré esa puta biopsia pero quiero cambiar de ginecólogo.

Colgó sin darle la oportunidad de articular ni una sílaba. Resopló; se sentía tan mal que tuvo que ir al baño a vomitar.

«Y ahora cinco horitas de viaje, ¡qué bien!»

Por suerte durmió la mayor parte del camino y se le hizo corto. Por suerte se hospedó en un modesto hotel de tres estrellas, lo que suponía un gran cambio con respecto al anterior. Por suerte había una gran cama de matrimonio preparada por si Adrián... Por desgracia la gran siesta del tren le espantó el sueño y le tuvo en vela hasta bien entrada la madrugada. No le apetecía salir a beber, todavía tenía coletazos de resaca. Aprovechó para ir cerrando fechas del resto de presentaciones; tuvo bastante suerte porque encontró librerías y cafés culturales que se mostraron solícitos a la hora de recibirla. De los nueve sitios que le faltaban por encontrar, había conseguido ya siete. Uno de ellos, en la gran librería del centro comercial de su ciudad natal.

Esto la relajó en parte y los pensamientos sobre la maldita biopsia que la esperaba el lunes fueron desapareciendo poco a poco. Se quedó dormida pasadas las cinco de la madrugada.

Se despertó tarde y —a pesar de sentirse sola— tenía todo el día por delante para pasear, leer y olvidarse un poco de todo lo que llevaba en la mochila.

Y en esa ciudad estaba el mar.

Aunque le encantaba la playa, solo había podido ir una vez en su vida. Fue con Alberto, y a pesar de que guardaba un buen recuerdo de ello, en ese momento de su vida no le pareció tan bueno. Aprovechó la bonanza del tiempo —era prácticamente verano—; alquiló una hamaca

donde pasó horas leyendo y echando cabezadas.

«Y pensando en la puta biopsia».

También tuvo tiempo de escribir a Adrián, que no respondió.

«Otro tan ocupado con el trabajo».

Antes de volver al hotel se dio un pequeño homenaje gastronómico en una conocida tasca del paseo marítimo. Sidra, buen pescado fresco y alguna que otra tosta con verduras de huerto propio.

Con el estómago lleno paseó hasta el hotel por un camino distinto al de la ida, y se encontró con algo que no esperaba: un conocido dojo de Krav Magá que ella seguía por Internet. Dicho dojo gozaba de gran popularidad en las redes sociales. El Maestro tenía mucho carisma y sabía contagiarlo en sus vídeos, donde mostraba diferentes técnicas para todos los niveles. Eran las nueve de la noche y estaba abierto. Tras unos instantes de duda se decidió a entrar.

—Buenas noches, ¿puedo ayudarte en algo?

Era él, Iñaki Montes.

—Hola, te sigo en las redes sociales, estoy de viaje en la ciudad y no me esperaba encontrar tu dojo.

—Vaya, muchas gracias, ¡qué casualidad!

Laura estaba algo avergonzada.

—Dime, ¿te gustan los vídeos?

—La verdad es que sí, fueron los primeros que vi sobre defensa personal.

—¿Has practicado Krav Magá antes?

—Sí, un poco —mintió.

—¿Te apetece probar una clase con nosotros?

Laura no se lo esperaba, solo había entrado a curiosear. Pero llevaba ya casi un mes sin entrenar y tenía mono. Y ello le ayudaría a olvidar la maldita biopsia.

—Pues no estaría mal, pero no tengo ropa deportiva.

—No te preocupes, por esta vez no es indispensable. Descálzate y pasa conmigo al tatami.

Así lo hizo y acompañó al maestro.

En el tatami le presentaron al resto de alumnos, le sorprendió que eran muchos y había muchas mujeres entre ellos. Empezó de forma suave. Las primeras técnicas las hizo con una chica que le asignó el profesor. Iñaki, ojo entrenado, se dio cuenta de que algo no cuadraba. La cambió de compañero. Isaías, un metro noventa; lo que vulgarmente se conoce como «armario empotrado». Sin que se diera cuenta Laura, el instructor susurró a Isaías que no se cortara a la hora de golpear.

¿Resultado?

Isaías golpeó duro y recibió aún más duro. En una luxación chilló hasta que Laura decidió que era suficiente. Ella había sufrido el mismo castigo anteriormente por parte del grandullón.

—Así que has practicado «un poco» ¿eh? —dijo Iñaki.

Laura sonrió.

—Perdona, me gusta ser humilde. No pretendía ofender a nadie.

—No ofendes, la humildad es una virtud que escasea.

Laura le contó sobre Adrián, su cinturón verde y más cosas. Iñaki lo conocía de varios seminarios y congresos de la disciplina.

Tras el entrenamiento, todos y todas le mostraron sus respetos y le emplazaron a volver a verles. Ella les pidió que se pasaran por la presentación de su libro.

«Al fin y al cabo todavía soy una autora desconocida»

Volvió al hotel recargada de energía y, tras una ducha reparadora, llamó a Adrián. Esta vez sí atendió a la primera.

—Así que Iñaki Montes, ¡eh! Es un buen tipo, pero es más blando que yo.

Laura rio, se sentía tan a gusto hablando con su instructor y le hacía tanta compañía en esas vacías habitaciones de hotel barato...

Charlaron sobre el dojo de Iñaki y volvieron a tontear sobre duchas y jabones.

«Como de verdad vengas a verme usaremos la ducha pero para limpiarnos todo el sudor que acumulemos en la cama»

El día siguiente fue un calco del anterior, todavía quedaban otras veinticuatro horas para la firma de ejemplares en esa ciudad. Pasó el día en la playa y, previsoramente, llevó ropa deportiva para volver a entrenar con Iñaki. Prefirió no cenar antes para entrenar más duro. Cuando abrió la puerta del gimnasio, casi se desmaya de la impresión.

Allí estaba Adrián.

Parecía salido de la película Ocean's Eleven. Vaqueros y chaqueta informal, camisa blanca abierta, barba de tres días y su M - A - L - D - I - T - A sonrisa. Laura no dudó y se fundió en un abrazo procurando apretarse al máximo.

—Pero qué pedazo de sorpresa Adri —Era la primera vez que lo llamaba así, se acordó de cómo lo llamaba Raquel y no se reprimió.

—No me estrujes tanto que parece un Mata león.

—Anda que no sabrías escaparte, tonto.

Se soltaron. Si hubiesen estado solos se lo habría comido a besos.

—Venga, vamos a entrenar —Iñaki rompió la magia del momento.

—Yo no he traído ropa para entrenar —dijo Adrián.

—Por ser tú no es necesaria —bromeó Laura.

Los tres rieron y pasaron juntos al tatami. Iñaki presentó a Adrián a todos sus alumnos. Este enseñó un par de técnicas nuevas y todos disfrutaron de la novedad.

Laura entrenó con su querido instructor y las miradas y roces no faltaron entre golpe y golpe. El entrenamiento dio paso a una cena ¿romántica? en un restaurante recomendado por Iñaki. Adrián no pudo contenerse:

—Lo vi algo más que tonteando con una compañera.

—¿Sabes? No me sorprende.

—¿Sigues sin querer denunciarle?

—De momento prefiero no hacerlo.

Laura le contó lo de la biopsia. Adrián a punto estuvo de romper su copa de tanto apretarla y golpearla contra la mesa. Ella trató de calmarlo y le preguntó por el viaje sorpresa.

—De vez en cuando hay que hacer pequeñas locuras.

—Brindo por ello.

Chocaron las copas y al terminar la cena pasearon por la noche de la ciudad norteña. La brisa marina era fría, por ello se cogieron de los brazos como una pareja de abuelitos. Miradas cómplices todo el camino. Llegaron a la puerta del hotel y se produjo un breve momento incómodo.

—¿Dónde te alojas?

—Pues...

Laura, mujer casada, dudó. Sí, casada con un pedazo de basura humana pero —no sabía el porqué— todavía conservaba el anillo en su dedo anular.

«¡A la mierda todo!»

—¿Por qué no te hospedas en mis labios esta noche?

Adrián, metro ochenta, puro músculo, sintió desfallecer al escuchar esas palabras de boca de su

alumna favorita.

Se besaron.

Fue un beso extraño. Laura lo deseaba y Adrián también pero existía una gran barrera emocional por parte de ambos.

—¿Estás segura de esto?

—Sí y no.

—Explícate.

—Sabes de sobra que me vuelves loca y que no quiero saber nada de mi marido. Pero lo que me frena es que noto que a ti, te importa más que a mí, el hecho de que aún esté casada.

—Tienes razón.

—Tú mismo has dicho que es un buen pieza. ¿Entonces?

—No sé. Creo que será mejor que busque un hotel.

—No puedo obligarte pero si no subes ahora mismo a mi habitación te vas a arrepentir. ¿Sabes por qué?

Se acercó y le susurró al oído:

—Porque te mueres por estar dentro de tu alumna favorita.

Un nuevo escalofrío recorrió el cuerpo del instructor y en esta ocasión fue él quien lo mando todo al carajo.

Nada más cerrar la puerta de la habitación Adrián la cogió en volandas y ella se subió a horcajadas sobre él. Se mal desnudaron casi rasgándose la ropa. Se mordieron las bocas, los cuellos y los pechos. Sí, el uno al otro porque los pectorales de Adrián tenían el suficiente volumen para ser mordidos. Se lamieron la piel y más allá de la piel.

Él la penetró y ella gimió. Ella cabalgó y él gruñó.

Laura, a pesar de que Adrián era el segundo hombre de su vida, no era a esas alturas una inocente inexperta y puso toda su energía sexual sobre él, que la correspondió con vehemencia. No era ni mejor ni peor amante que Alberto, era distinto. Borró la comparativa de su mente y disfrutó.

La cama se les hizo pequeña y se amaron en cada rincón de la habitación: Laura apoyada de espaldas sobre un pequeño sofá recibiendo las embestidas de su maestro; la bañera, bendita bañera donde volvió a resbalarse y a acordarse de su noche de bodas; y hasta el suelo enmoquetado de la habitación. Pasaron horas que a ambos les parecieron minutos. Cayeron exhaustos cuando los primeros rayos ultravioletas trataban de colarse entre unas cortinas más que decentes. Laura —toda una experta ya— supo cerrarlas lo suficientemente bien para dejarles descansar.

Apenas hablaron, fueron más de gemidos y risas.

¿El día siguiente?

Desayuno y comida de piel y carne humana.

Nuevo éxito en la firma de libros.

Cena y noche de una pasión descontrolada y feroz. Así pasaron el fin de semana. Como en la luna de miel —pensó Laura—, sin apenas salir de la habitación más que para hidratarse e ingerir grasas e hidratos de carbono, que les dieron la fuerza suficiente para lo que sus cuerpos, sus mentes y sus esencias demandaban.

La libido le hizo olvidarse de su marido y de la maldita prueba.

Tras el fin de semana de lujuria, volvieron juntos en tren a la capital. Acordaron no mostrarse demasiado acaramelados en público. Adrián suplicó que pasara la noche en su casa.

—Y el tiempo que haga falta.

Allí no hubo lugar para la tregua. Tanto, que se durmieron pasadas las tres de la madrugada y Laura se quedó dormida. Cuando despertaron, Adrián admiró el desnudo cuerpo de la mujer que se fue embutiendo en la ropa que andaba desperdigada por cada rincón de la casa.

—No encuentro las bragas.

—Pues mejor, si vas al ginecólogo.

—No tiene ni puta gracia —protestó Laura.

—Te llevo en coche y te espero fuera si no quieres que entre.

—Me dijiste que debía enfrentarme a él sola.

—Sí pero vas a llegar tarde.

—Existen los taxis, querido.

Encontró sus braguitas encima del mueble de la entrada. Volvió a la habitación y se despidió con un beso más allá de los labios.

Llegó tarde a la biopsia y muy nerviosa. Tuvo que esperar y no paró de mirar a todos lados por si su marido aparecía por allí. Escuchó su nombre por los altavoces y entró en la sala indicada. Una enfermera muy rubia y muy desconocida —«¿será ella?»— le dio un pijama hospitalario, le invitó a desnudarse y le hizo firmar unos consentimientos para la prueba.

—Cundo esté lista pase a la sala.

Así lo hizo y volvió a sentirse vulnerable, desnuda bajo ese trozo de sucedáneo de tela azul. La enfermera le pidió tumbarse en la camilla.

A los pocos minutos entró otro doctor al que no conocía.

—Buenos días Laura, soy el doctor Sanz. Voy a realizarte la prueba. Alberto ya te ha contado un poco, ¿no?

Laura mintió afirmando.

—Bien, es una biopsia un poco diferente, se llama paracentesis. Te pincharemos y extraeremos líquido de tu pelvis. Vamos a poner anestesia local en el vientre y a sedarte un poquito para calmar esos nervios. ¿De acuerdo?

Preguntaba como si ella tuviera derecho a quejarse o negarse.

Le pusieron la anestesia y le preguntaron si sentía dolor al pincharle en el abdomen. Ante la negativa, le advirtieron del sedante y ella empezó a notar el típico sopor.

—Buenos días, doctor De Miguel —dijo el doctor Sanz.

Alberto había entrado en la sala: bata de cirujano, gorro y mascarilla. Se puso al lado de Laura, le miró a los ojos y le tomó la mano. Ella, bastante drogada pero no inconsciente, descubrió el significado de la palabra «pánico».

## Gira

—ERES-UN-HIJO-DE-PUTA.

No paró de golpear el pecho de su marido mientras repetía el insulto una y otra vez. Alberto no hizo el intento de defenderse. No quería provocar otra reacción violenta de su mujer; no después del incidente del baño.

—Lo siento pero quería supervisar la paracentesis. Si te llego a avisar no habrías venido. Y si llego a entrar en la sala antes del sedante te hubieras ido.

—¡Claro que me hubiera ido, maldito psicópata!

—Por favor deja de gritar que nos van a oír —pidió el médico. Estaban en la consulta y había gente en la sala de espera—. Te suplico que te calmes.

Laura se apartó de él y se puso a caminar en la reducida consulta con los brazos en jarras. No encontraba la manera de calmarse. Tenía ganas de golpearlo, se sentía capaz, pero no sería ella la que diera pie a la violencia. Respiró hondo una y otra vez. Y miró de nuevo a su ¿marido?.

—En la anterior biopsia encontramos unos marcadores algo anormales. Como te dije por teléfono, no quise alarmarte. Quería hacer esta prueba para analizar más en profundidad.

—¿Cómo de anormales?

—Superiores a la media pero sin ser alarmantes.

Laura respiró una vez más y encontró un resquicio para la calma. Se sentó.

—¿Cuánto tiempo tardarán los resultados de la prueba de hoy?

—Unos diez días, tienes cita el viernes de la próxima semana.

Laura revisó su agenda en el móvil.

—Ese día estaré fuera, ¿puedes cambiarla a la siguiente semana?

—Creo que sí.

—Necesito que me prepares toda mi historia médica incluyendo los resultados de hoy.

—Laura...

—Alberto —dijo tajante y sus ojos dijeron el resto.

—Dame una última oportunidad.

Laura no respondió. Miró al suelo y las lágrimas afloraron en sus pestañas inferiores. Trató de iniciar dos veces unas palabras, pero las dos veces se arrepintió. Estuvo a punto de ceder. Por fortuna Alberto se adelantó.

—Laura, yo te quiero.

Ella levantó la cabeza y se acercó al doctor.

—Si no llego a saber defenderme, ahora mismo podríamos estar viviendo dos situaciones: yo podría estar en urgencias o bajo tierra. Y tú entre rejas o bajo tierra también —Suspiró—. ¿En serio te atreves a decirme que me quieres?

Alberto palideció, no supo que responder.

—Prepárame la historia, organízate un día para no pasar por casa y que pueda llevarme todas mis cosas.

Laura se levantó con la intención de irse, no sin antes insistir de nuevo en el cambio de día para la cita. Cuando iba a abrir la puerta Alberto soltó una de sus perlas.

—¿Y si es maligno?

Laura, que ya tenía una mano en el tirador de la puerta, hizo el ademán de girarse, pero se arrepintió. Abrió, pero se arrepintió también y volvió a cerrarla. Se dio la vuelta y miró a Alberto.

—Si es maligno escribiré una novela sobre un médico que maltrata a su mujer enferma. Y la

escribiré tan rápido que la terminaré antes de morirme. Y la escribiré tan bien que será un puto éxito. ¿Capisci?

«No sé de qué película he sacado esto pero me he quedado bien a gusto».

Todavía cabía un tono más de palidez en el rostro de Alberto de Miguel.

—Ni siquiera me has preguntado qué tal me va con el libro.

Se marchó sin darle tiempo a responder y no dio un portazo por respeto a los pacientes que esperaban fuera.

Cogió el ascensor y tuvo la ¿fortuna? de hacerlo sola. Se derrumbó en el suelo entre lágrimas y sollozos. Llegó a faltarle el aire, esa maldita sensación de no poder controlar ni tu respiración. Faltaba poco para llegar a la planta baja, se agarró a la barra central del habitáculo y pudo levantarse antes de que se abrieran las puertas.

No supo el motivo, pero no quería ver a Adrián. Sabía que él estaría fuera de casa y aprovechó para recoger su maleta. Le había dado una llave, que ella dejó en la mesilla de entrada justo antes de cerrar la puerta.

No tenía ganas de sexo.

No tenía ganas de nada.

Ni de ir a la siguiente presentación, ni de escribir, ni tan siquiera tenía ganas de llorar. Tan sólo quería dejarse llevar por la tristeza y la impotencia.

Así deambuló por las calles de la capital —no quiso ni coger el autobús— hasta llegar a la estación. Esa estación de la que estaba empezando a enamorarse como lo había hecho con la de su pequeña ciudad. Quizá era lo único que aportaba algo de luz en esos momentos tan duros. El tren partía a las siete de la tarde y estuvo a punto de perderlo. Sentarse de nuevo junto a la ventanilla para observar el paisaje volvió a relajarla. Al menos en parte.

«Debería estudiar para ser maquinista de tren».

Llegó muy tarde a la nueva ciudad y también al hostel. Un lugar tan deprimente como los primeros en los que se alojó. Fue lo único que pudo encontrar con el presupuesto del que disponía. Cenó un sándwich de máquina y se dio una ducha. El agua no llegaba a estar lo suficientemente caliente para relajarla. Se metió en la cama envolviéndose con unas más que ásperas sábanas.

¿Dormir?

Era la una de la madrugada y los ojos como platos.

¿Salir a dar una vuelta?

No tenía ninguna gana.

Cayó en la cuenta de que tenía el móvil en modo avión desde que se subió al tren. Lo encendió.

«Al menos me entretendré un rato».

Vaya si se entretuvo. Más de sesenta mensajes y al menos de diez remitentes distintos. Su marido con sus ruegos no podía faltar. Adrián pidiendo explicaciones sobre su huida. También su amiga Lourdes que preguntaba por la prueba. Su editora. Raquel del Krav Magá. Un par de amigos más de la universidad y uno que le llamó poderosamente la atención: su madre.

Por lo visto se había modernizado y se había comprado un teléfono inteligente.

«¿Cómo habrá aprendido a usarlo?»

En el mensaje, la señora Rodríguez —con alguna falta de ortografía— le preguntaba cómo estaba, si pasaba algo con su marido.

«¿Este gilipollas le habrá dicho algo?»

Se despedía pidiendo que la llamara.

Leer a su madre, y encima en un mensaje de móvil, la perturbó más si cabe. No consiguió pegar ojo hasta bien entrada la madrugada. Se despertó a media mañana. No tenía nada que hacer hasta las siete, la hora de la presentación. Aquella ciudad no le llamaba nada la atención. Bajó al bar más cercano a tomar un café y un pequeño bocadillo. Mientras se vestía había decidido lo que iba a hacer durante el día: escribir. Sí, escribir sobre la amenaza que había lanzado a su marido.

Y escribió.

Pensó en su vida y escribió.

Su incidente con la menstruación.

Su affaire con el cura.

Su atraco en la noche.

Y más, mucho más. Estaba tan inspirada que no podía dejar de teclear. Tanto que no se dio cuenta de la hora.

—¡Joder!, las siete y diez. ¡La presentación!

Se llevó las manos a la cabeza y preguntó en el bar por el lugar del evento. Se las volvió a llevar cuando le dijeron que estaba a media hora andando. Cogió un taxi en la parada más cercana y llegó a las siete y media. Por suerte no había mucha gente; pidió mil disculpas y estuvo más tiempo de lo habitual firmando y hablando con los pocos que se habían molestado en ir a verla. Al final todos contentos. Sobre todo ella que estaba deseando volver al hostel a seguir escribiendo.

Volvió a mal cenar y no paró de escribir hasta que se hizo de día. Durmió algo menos de cuatro horas. Se despertó y se marchó de aquella horrible ciudad.

Pero se marchó contenta, pletórica, ilusionada.

Tenía una nueva historia entre sus manos y daba igual si se la publicaba su editorial o tenía que publicarla ella misma. Ahora ya era ¿conocida? y podría llegar a más público que en su primer intento.

Escribió durante todo el viaje en tren hasta la siguiente ciudad. Allí siguió escribiendo sin parar. Volvió a acudir a la presentación de turno —esta vez no se le hizo tarde— y en esta ocasión sí se dio un baño de masas. El cariño de los desconocidos contrastaba con el desprecio de los que se suponían debían darle amor.

«No me importa una mierda».

«No me importa estar enferma».

«No me importa el amor».

«Te tengo a ti».

Sí, tenía a la literatura.

Tenía su ordenador y a los libros.

Y en ese momento eso era todo lo que ella necesitaba.

Las siguientes ciudades fueron un calco: viaje en tren leyendo/escribiendo; más escritura en el hostel/hotel barato; presentación; y vuelta a empezar.

Adrián volvió a escribirla e incluso la llamó un par de veces. Ella no sabía qué contestarle y se limitó a escribirle un «lo siento, necesito estar sola».

Habló con su editora que le preguntó también por la prueba médica. Le dio largas como pudo y le pidió si podrían reunirse cuando terminara la gira. Sonia se mostró curiosa y ella se limitó a decir que prefería hablar en persona.

Así pasó la semana.

Se olvidó de llamar a su madre y una noche recibió una llamada de ella. Dudó si cogerlo o no. Finalmente no lo hizo.

Recibió otro mensaje de su progenitora.

«Hija, por favor yamame»

«Hola mamá, qué moderna con los mensajitos. ¿Cómo estás? ¿Y papá?»

«De eso quería hablarte hija, puedes llamarme.»

A Laura le dio un vuelco el corazón, eso no podía significar nada bueno. Llamó enseguida:

—Hola hija, ¡cuánto tiempo!

—Hola, ¿qué pasa con papá?

—Tu padre está enfermo.

Laura no dijo nada. Pudo descubrir por su tono el pesar de su madre. Esas cosas se saben. No supo cómo sentirse. La relación con su padre nunca había sido buena.

«Pero es mi padre».

—¿Cómo de enfermo, mamá?

—Tienes que venir a vernos, hija.

No hacía falta decir más. Laura consultó su agenda y por ¿suerte? la última parada de su gira era en su ciudad. Para ello faltaban solo tres días.

—Mamá, el martes estaré allí.

—Me alegro hija. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. Muy contenta con el libro.

—Tu marido nos llamó hace unos días, cuando te escribí.

—¿Cómo?

—Sí, nos dijo que no conseguía hablar contigo, que tenía los resultados de una prueba o no se qué, y que necesitaba hablarte.

«Maldito hijo de...»

A pesar de que la cabeza le daba vueltas, Laura pudo encontrar en su memoria una idea que le rondaba desde hacía varios días.

—Mamá, la ginecóloga que me veía en el hospital de allí, ¿cómo se llamaba?

—Gloria, ¿por qué?

—¿Sabes si sigue pasando consulta?

—Sí, a mi me revisó hace unos meses.

—¿Podrías intentar que te diera cita? Voy a quedarme unos días.

## Parroquia

Llegar a la estación de su ciudad natal iluminó su mirada. Hacía dos años que no la visitaba y seguía enamorada de ella. Sus viejas vidrieras, su reloj, sus bancos desgastados y el vagón en la vía muerta que ahora estaba lleno de grafitis. Disfrutó de todo esto a medida que el tren ralentizaba su marcha para entrar en su correspondiente andén.

Andén en el que esperaba la señora Rodríguez, en el mismo lugar exacto que estaba hacía años cuando Laura se marchó a estudiar a la capital. Ella había vuelto más veces, pero ese preciso día su madre estaba junto a una farola perfectamente identificable por ser la más antigua de la estación, era todo un símbolo. Las madres parece que siempre tienen un sentido especial para ese tipo de detalles.

Se abrazaron con un sentimiento que estaba enterrado en ellas desde hacía mucho tiempo. Les vinieron a la mente los días previos al incidente con el cura. Cuando eran mamá y cría. Cuando eran felices.

—¿Qué le pasa a papá?

—Pues hija, ya sabes. Esa maldita enfermedad.

Laura sintió una punzada en su pecho.

—¿Te han dado un plazo?

—No, pero no le queda mucho.

—¿Está en casa?

—Está con los paliativos esos, vamos al hospital. Además, me ha dicho la doctora Gloria que a lo mejor puede verte hoy mismo.

Laura sintió mucho miedo al imaginar la situación de su padre, pero sacó fuerzas para no venirse abajo. Dejaron las maletas en la consigna de la estación y marcharon al hospital dando un paseo agarradas del brazo. Dejó a un lado el miedo y rebuscó en su alma hasta encontrar un leve alivio: quería ver a su ginecóloga de la adolescencia lo antes posible.

Pero el alivio se transformó en desesperanza al ver en lo que se había convertido su padre.

«Sí, nunca nos hemos llevado bien, lo sé».

Pero el último recuerdo que tenía de él era el de un hombre de sesenta años bailando en la boda de su hija; contento, sí, por el alcohol, pero contento. Aquello que había atornillado a la banquetta de un hospital no era su padre. Eran sus restos a punto de volver a la tierra de donde procedían.

Él trató de esbozar una sonrisa, ella también lo intentó sin éxito.

Le agarró la mano. Era la primera vez —que ella recordara— que lo hacía con compasión. Aquel hombre que no supo quererla cuando ella más lo necesitaba estaba a punto de marcharse sin pena ni gloria. Y a pesar de culparle de muchos de sus sinsabores, también le hacía responsable en parte de haberla encauzado en la senda de la literatura.

Cuando de adolescente apenas salía de su cuarto, su madre siempre protestaba por ello, y el señor García la defendía.

«—A la muchacha le gustan los libros, déjala».

Nunca supo si lo hizo porque realmente empatizara con ella o porque en casa estaba a salvo del mundo; es decir de los chicos. También recordó que él le regaló su primer cómic de Mafalda («bendita inocencia, no sabía ni de que iba»). Y tampoco supo si lo hizo para que no diera guerra o por un acto de cariño. Daba igual, él hizo esas dos cosas y a Laura le bastaba en ese momento con ese recuerdo.

—Hija, vamos a ver a la doctora.

Laura dio un beso en la frente al señor García y se fue del brazo de la señora Rodríguez.

Llegaron a la consulta de la ginecóloga y tuvieron la fortuna de que tan solo había dos pacientes. Tras esperar poco más de veinte minutos la doctora salió en su busca. Sonrió con efusividad y dio dos grandes besos a la niña que se había convertido en mujer.

—Qué mayor, madre mía.

La verdad es que con la doctora habían sido generosos los años. Pasaba de la cincuentena pero aparentaba mucho menos.

—¿Pasas y me cuentas?

—Mamá, ¿vuelves con papá y ahora voy yo cuando termine?

A la señora Rodríguez no le hizo mucha gracia y se marchó refunfuñando.

En la consulta Laura se inventó la excusa de una segunda opinión. No quiso dar más detalles.

—Necesitaríamos los informes previos de tu ginecólogo.

—¿No hay ninguna posibilidad de ahorrarnos eso? Llevaría mucho tiempo y no me quedaré más de una semana.

La doctora negó con la cabeza y Laura pisó con rabia el suelo de la consulta.

—Aunque...

—¿Sí?

—Voy a hacer una excepción, pero...

—¿Sí?

—Me tienes que regalar un ejemplar firmado para mí y otro para mi hermana.

Laura sonrió.

—No quería decirte nada, me da mucha vergüenza pero... Hoy por ti mañana por mí ¿no?

La doctora se levantó y le dio un abrazo. La alabó y le subió el ego, un ego al que Laura se había acostumbrado durante su gira por el país.

La doctora pidió discreción para que el hecho de «colarla» no supusiera un problema para ella. Al día siguiente Laura debería presentarse en urgencias. Ella se pasaría por allí y podría pedir que le hicieran todas las pruebas necesarias. Se saltarían burocracias y todo iría más rápido.

—¿Has dicho que te quedas solo tres días?

—Si es por esto, puedo quedarme más.

—Genial, si mañana te hacemos todo, el próximo lunes o martes podría decirte algo. Y te pido que no te preocupes: los marcadores pueden salir alterados por muchas causas. ¿De acuerdo?

Laura asintió y se marchó medianamente satisfecha. Satisfacción que se esfumó al ver a su madre empujando la silla de ruedas con su padre.

Los tres se fueron caminando hasta la estación en busca de las maletas. Laura había empujado la silla desde el hospital, pero ahora con el equipaje y el bolso con el ordenador, la cosa se complicaba. Pidió a su madre que tomara un taxi a casa con los bultos. Al fin y al cabo la señora Rodríguez no era un chiquilla y la artritis la estaba castigando. Ella llevaría a su padre dando un paseo por la ciudad.

—Parece que no quieres estar conmigo, hija —protestó.

—Mamá, voy a estar más de una semana aquí, mujer. Anda que no tendremos tiempo para estar juntas.

La señora Rodríguez aceptó a regañadientes.

—Por favor, ayúdele a meter la maleta en casa —pidió Laura al taxista.

Laura se quedó a solas con su padre. Le colocó bien la manta que tapaba sus piernas para que no cogiera frío. La mañana era tibia pero se había levantado viento y en las calles de camino a casa el sol se escondía tras los edificios. Cuando cogieron la Avenida Central, Laura recordó una escena de su pasado. Algo que tenía enquistado en su memoria y que necesitaba sacarlo afuera.

«Ya bastaba de callar todo y otorgar».

Ahora tenía fuerza, no sólo física sino también anímica para afrontar la puta vida que le quedaba por delante. Ya fuera corta o larga.

Tomó por una pequeña callejuela en busca del recuerdo. El señor García farfulló algo.

—Tranquilo papá, tan solo quiero visitar un viejo lugar.

Y llegaron a la puerta de la parroquia del barrio.

Y detuvo a su padre frente a ella para que la observara bien.

Echó el freno de la silla y sintió las piernas temblar al ver salir a un joven párroco. Él no reparo en ellos y siguió su camino. El señor García hizo el intento de girar su cuerpo para mirar a su hija pero no pudo conseguirlo. Ella, de cuclillas, se puso delante de él.

Se miraron con una frialdad que asustaba.

—¿Murió o se fue?

No sin cierta dificultad, el padre levantó la mano derecha y movió el pulgar hacia abajo. Igualito que un malvado emperador de Roma.

—Entonces ya está con el creador, ¿no?

El señor García no pudo aguantar la mirada de su hija y agachó la cabeza buscando esconderla en el pecho. Sin embargo ella le cogió la mano y le dio un beso.

—Papá, no te guardo rencor. Tan solo necesito que admitas tu error.

El señor García emitía leves gruñidos indescifrables.

—Papá, mírame.

El señor García levantó muy despacio la mirada y Laura pudo ver como las lágrimas recorrían la marchita piel de sus mejillas. Lo aceptó como una especie de redención y le dio un abrazo al que el señor García correspondió con la debilidad que sus manos permitían.

Cuando llegaron a casa, la señora Rodríguez había colocado la ropa de Laura en la habitación. Por primera vez en mucho tiempo miró su cuarto con añoranza. Habían cambiado pocas cosas desde que marchara de allí.

Comieron los tres juntos; Laura no era capaz de recordar la última vez que eso sucedió en la casa. Aunque a decir verdad el señor García, comer lo que se dice comer...

Laura sesteó un poco, estaba agotada por el madrugón, por el viaje y por el cúmulo de sensaciones que había vivido en pocas horas. Esa misma tarde le esperaba la última presentación de su gira.

—Pues me han dicho que va a venir el alcalde y algún que otro político más.

—Qué vergüenza, mamá.

—No pasa nada hija, eso es bueno.

Cuando llegó la hora, se vistieron los tres de punta en blanco. Laura con un vestido ceñido que realzaba su figura.

—Hija, qué «tipín» tienes.

—Gracias mamá, lo mío me ha costado.

El señor García gruñó, pero Laura le volvió a dar un beso para calmar su ahogada protesta.

Pidieron un taxi adaptado; la señora Rodríguez no estaba dispuesta a permitir que el señor García se perdiera un evento tan importante como aquel. Aunque hubiera muerto esa misma tarde lo hubiera llevado embalsamado.

«Laura María García Rodríguez, mi hija, una escritora de éxito en mi tierra, en la ciudad que la parió».

Cuando llegaron al hall del único centro comercial de la pequeña ciudad, Laura alucinó con lo

que tenían montado. En teoría la presentación iba a celebrarse en la librería del complejo, pero ante la gran demanda de público asistente, los organizadores tuvieron que improvisar y montar un pequeño escenario con multitud de sillas alrededor.

Como bien predijo su madre, habían hecho acto de presencia numerosas personalidades de la localidad: no solo el alcalde, sino también el presidente de la región, delegados de cultura y sus correspondientes séquitos. Había muchas más caras conocidas para Laura. Profesores de su antiguo colegio —distinguió a Arturo, su otrora venerado profesor de literatura—. «Está bien, te lo concedo, esto también es un poco tuyo».

También reconoció a varias de sus antiguas compañeras, a algunas les había tratado bien la vida, a otras no tanto.

Se sentó y dio las buenas tardes.

Y justo cuando iba a comenzar la presentación, lo vio.

Se trabó al hablar, tosió y le costó arrancar.

Allí estaba, al fondo en una esquina, apartado del tumulto, con su maldita sonrisa.

## Vagón

Se pasó la presentación sin dejar de mirarlo. Procuraba sonreír de vez en cuando para no quedar a la zaga, ya que él parecía haberse convertido en muñeco de cera, con esa sonrisa tan adorablemente odiosa siempre instalada en su cara.

Ya estaba acostumbrada a los parabienes del público, pero la mayoría de aquellas personas eran conocidos de la infancia. Esto hizo que pasara toda la firma de ejemplares con los nervios a flor de piel.

Gloria acudió con su hermana y sus hijos. Les entregó los ejemplares prometidos con una dedicatoria personalizada y se fueron más contentas que unas pascuas. El peor momento fue cuando tuvo que firmar a sus antiguas compañeras de clase. A pesar de que la mayoría se mostraron conciliadoras, un par de ellas no se acercaron. No tenían libro qué dedicar.

«¡Qué van a leer estas!»

Con Arturo, su profesor de literatura, intercambió una breve charla agradable e interesante. A pesar de mostrarse cordial, Laura tenía clavado en el pecho que él no intercediera por ella en los días sucesivos al incidente de la regla.

También firmó al Alcalde y al resto de personal político. Alguno incluso habló de poner su nombre a algún centro cultural de la ciudad.

«¡Por favor, qué honor, no lo merezco!»

Tras más de una hora y media de firmas y acto, los padres de Laura estaban visiblemente cansados.

—Mamá, llama al taxi y vete con papá a casa. Me queda un rato y me sentiré más cómoda.

Así también se allanaba el terreno para quedarse a solas con Adrián, que ya venía en camino por la cola de asistentes.

Esta vez la señora Rodríguez no protestó. Habían sido demasiadas emociones durante todo el día y se encontraba agotada. Laura les dio un beso a los dos; se quedó observando cómo su madre empujaba la silla de su padre hasta que desaparecieron tras las puertas de salida.

Adrián estaba frente a ella.

—Pero si tú ya tienes tu ejemplar.

—Sí, pero me lo he dejado en mi casa.

Ambos sonrieron y él, entre susurros, la emplazó a cenar en un restaurante de comida rápida que había visto a la entrada del centro comercial.

«Pues claro, luego nos vemos».

El instructor se marchó caminando de espaldas y no paró hasta tropezarse con una silla. Laura soltó una carcajada y él le guiñó un ojo.

La escritora terminó de firmar algún que otro ejemplar más a los rezagados. Se despidió de la gente de la librería, que le agradecieron su presencia de forma tan vehemente, que Laura tuvo que aceptar volver lo antes posible.

—Con tu próximo libro en lugar de la última ciudad, podría ser la primera. ¿Qué te parece?

—Depende de mi editora, muchas gracias por todo, ha sido increíble.

Buscó a Adrián en el lugar indicado. Allí estaba, tan sonriente como siempre. Le dio dos besos que él correspondió en la comisura de los labios.

«¡Qué bien huele!»

Se sentó a su lado y callaron. Adrián tan solo la miraba sonriendo en silencio.

—Bueno, ¿qué? Otra de esas locuras tuyas que tanto te gustan, ¿no?

—Ya me conoces.

Nuevo silencio que Laura aprovechó para mandar un mensaje a su madre para tranquilizarla con la hora de llegada a casa.

—Estoy avisando a mi madre, nada más —dijo ante la mirada contrariada de Adrián.

—¿Estás en plan Cenicienta?

—Este pueblo es muy ceniciento.

—No es un pueblo.

—Pero como si lo fuera.

Él rozó con su pie la cara interna del gemelo de Laura, que no pudo evitar sentir una punzada en su entrepierna.

—¡Ey! No estamos solos.

—Pero si solo te he tocado un pie.

—Vamos a comer y te enseño algún rincón de la ciudad donde podrás tocarme algo más que el pie.

—Te fuiste sin decir ni adiós.

Laura estaba contenta, había sido un buen día. Eso y tener a su pedazo de «maromo» a centímetros bastaron para subir su libido al cielo.

—No lo estropees y disfrutemos de esta noche.

Adrián aceptó.

No había demasiada gente alrededor, pero Laura sintió algunas miradas clavadas en ellos.

«La chica de los García Rodríguez, con un forastero. ¿Será su marido? No lo parece. Virgen santísima. Si es que el mundo de la farándula ya se sabe».

Tuvo la tentación de sentirse mal por las miradas y las acusaciones que se montó en su cabeza. Pero decidió que no le importaba lo más mínimo lo que pensarán de ella. Al fin y al cabo su padre estaba a las puertas de la muerte y a quiso pensar que a su madre le daban igual las habladurías.

Cenaron, ella cerveza y hamburguesa, él cola light y ensalada.

—¿Ni un día dejarás de cuidarte?

—Cuando apruebe las oposiciones. Ese día iremos a cenar al restaurante más grasiento y con la cerveza más alcohólica de toda la ciudad. Lo tengo ya pensado.

Laura rio, era tan fácil congeniar con él. Siempre le hacía reír. Tanto en la calle como en la cama.

Cuando terminaron, fueron en el coche de Adrián hasta el centro de la ciudad. Pasearon por sus calles semivacías. Ella le contó esto y lo otro de cada rincón. Se besaron bajo el abrigo de las sombras de una calle estrecha y Adrián subió la intensidad.

—Aquí no, por favor.

—Vamos a mi hotel.

—¿Estás loco? Recuerda que esto es un pueblo grande. Una cosa es cenar juntos, otra que el recepcionista le cuente a media ciudad que la famosilla local de turno se va a un hotel con un forastero. —A pesar de haber decidido que no le importaban las habladurías de la gente, prefirió no sentir el posible dedo acusador, al menos hasta que su padre se marchara.

—¿Nos vamos a quedar con las ganas?

Laura se mordió el labio. No tenía ganas de quedarse con las ganas.

—Tengo una idea.

Aparcaron junto a las vías del tren.

—Pues mucho encanto no es que tenga el sitio —protestó Adrián mientras se quitaba el cinturón dispuesto a besar a Laura.

Ella lo rechazó con dulzura y abrió la puerta para salir del vehículo.

—¿Tienes alguna linterna o algo en el maletero?

—Sí, ¿qué pretendes?

—Dámela y deja de protestar.

Adrián rebuscó en el maletero hasta dar con la linterna en cuestión. A Laura le asombró el gran chorro de luz que disparaba.

—Vaya, qué buena linterna.

—Puede servir también como arma.

—Con lo dura que es no me extraña, le das en la cabeza a alguien y le dejas grogui.

—No seas bruta mujer, apuntando a su cara le dejarás ciego el tiempo suficiente para huir o reducirle.

Laura se sintió herida en su orgullo y le dio una pequeña colleja. Él la agarró por la cintura y la besó con fuerza en el cuello. Divertida, Laura le dio un pequeño golpe con la mano abierta en su paquete, suficiente para que el maestro aflojara y la dejara libre automáticamente.

—¡Sin coquilla no, sin coquilla nunca!

Entre risas, Laura le agarró de la mano y tiró de él para que la siguiera. Caminaron a lo largo la vía del tren pegados a la valla que impedía el paso. Llegaron a unas escaleras que daban acceso a un puente elevado. Había una puerta con candado. Laura alumbró la puerta y sonrió.

—¿De que te ríes? Está cerrado.

Ella lo miró y pudo distinguir sus ojos gracias al resplandor de la linterna. Le acarició la mejilla, lo besó y le pidió que iluminara la cerradura. Laura cogió el candado y lo manipuló hasta que se abrió.

—¿Pero...?

Le tapó la boca y lo volvió a besar mientras abría la puerta. Una vez abierta pasaron y ella cerró dejando el candado abierto simulando estar cerrado. Subieron la pasarela y volvieron a bajar. Laura guió hasta el viejo vagón abandonado cubierto por grafitis.

Una vez dentro, ella lo volvió a besar, esta vez con toda su pasión.

—Cuando era una adolescente inocente y reprimida, me colaba aquí algunas noches de verano y algunas tardes de invierno.

—¿Y ahora, ya no lo eres?

—Precisamente aquí dejé de serlo.

Ella le agarró el paquete, esta vez con la suavidad que tanto le gustaba. Volvieron a juntar sus lenguas y él apretó con fuerza las nalgas de Laura.

—Oye una cosa, ¿desde cuando abres puertas?

—El encargado de mantenimiento de la estación era el marido de doña Rita, la bibliotecaria. Mi única amiga de por entonces.

—Vaya, vaya, eres una mujer de recursos.

Laura iluminó los asientos. Estaban viejos y había bastante polvo, pero no había restos humanos de ningún tipo. Ella cogió un pañuelo de su bolsillo y limpió como pudo el que recordaba ser su favorito.

Adrián aprovechó la postura de Laura, de espaldas e inclinada levemente hacia abajo para cogerla de las caderas y apretar el paquete contra su culo. Ella lo recibió con gusto y se dejó hacer. Levantó su vestido hasta la cintura y jugó con sus manos sobre su ropa interior, ella no pudo evitar un gemido.

—Quítalo, apártalo o rómpelo, lo que prefieras.

Él obedeció y bajó el tanga hasta los tobillos sin quitárselo. Laura se pasó la lengua por los

labios y puso sus rodillas sobre el asiento exhibiendo toda su femineidad. Adrián se bajó los pantalones y se quitó la camisa. Laura le miró a los ojos, la tenue luz que se colaba por las ventanas fue suficiente para que Adrián descubriera toda su cara de vicio. No dudó en usar toda su anatomía y le dio tanto placer que ella tuvo que apoyar las manos en el cristal del vagón, al más puro estilo Titanic.

Cuando terminaron se vistieron y se acurrucaron juntos. Laura le contó más sobre las noches de verano que pasó con sus libros en ese vagón. A Adrián le pareció tan romántico y a ella le llenó tanto aquella experiencia sexual, que se olvidó de todos sus problemas. Durante la hora larga que permanecieron allí juntos, sintió que aquello era su hogar. Ese sucio y viejo vagón. No necesitaba nada más que el pecho de Adrián y sus recuerdos para ser feliz.

—¿Sabes? Si te pillan aquí quizá también tengas problemas con la ley.

—¡No me jodas! —Adrián dio un respingo—. Vámonos, venga.

Laura apoyó su mano contra el pecho y lo empujó hacia el asiento de nuevo. Le bajó los pantalones y sin decir nada engulló todo lo que tenía el instructor entre sus piernas. Él no pudo resistirse. Ella siguió jugando.

—¿Nos vamos? Puedes tener problemas con la ley.

—No pares ahora o tú sí que los vas a tener, pienso denunciarte por corrupción de mayores.

Hasta en esos momentos tan eróticos siempre le arrancaba una sonrisa, horizontal, y también vertical. ¡Cómo no!

Cuando estuvo completamente duro, se apartó ella misma el tanga y se montó encima de él. Adrián no paró de embestirla mientras agarraba/mordía/succionaba sus bonitos pechos. El orgasmo de los dos se sincronizó y también se sincronizó con la sirena de un tren de mercancías que pasó de largo por unas vías alejadas.

Se asustaron, disfrutaron y rieron por igual.

—Esto sí que es compenetración —dijo el instructor.

## Urgencias

Adrián la llevó a casa y se despidieron con un apasionado beso. Él debía partir temporano al día siguiente, tenía exámenes y muy cercanas las oposiciones. Pidió que le respondiera a los mensajes y llamadas. Ella, bromista, dijo que se lo pensaría.

Abrió la puerta de su casa no sin antes mirar la estela del coche doblar la esquina y perderse en la noche de su pequeña ciudad.

Eran más de las cuatro de la madrugada y procuró hacer el menor ruido posible.

Cuando pasó por el salón le extrañó ver una pequeña luz encendida. La figura de su padre de espaldas sentado en la silla de ruedas le desconcertó aún más.

—¿Papá?

En ese momento escuchó la voz de su madre entre sollozos.

—Pasa hija, pasa.

Laura rodeó la silla de ruedas y encontró a su madre arrodillada en el suelo con las manos de su padre entrelazadas a las suyas.

Pero aquél cuerpo ya no era su padre.

Era solo un conjunto de átomos inertes.

Laura se acurrucó sobre su madre, hundió la cara en su costado y se entregó al llanto. No supo cuánto tiempo estuvo llorando, se despertó tumbada en el sofá al escuchar la puerta de la calle abrirse.

—Despierta hija, vienen a por tu padre.

Laura se asustó al no ver ni la silla ni el cadáver del señor García donde estaban la noche anterior. También la perturbó ver las luces de la ambulancia atravesar el cristal de la cocina.

—Lo llevé a la habitación, no te preocupes, ellos se encargan de todo.

Laura no tenía fuerzas para levantarse del sofá.

«¿Por qué tiene que joderme tanto la puta vida?»

Volvió a hundir la cara, esta vez sobre el viejo sofá y lloró hasta que le empezó a doler el pecho. Su madre acudió a sus rescate.

—Hija, yo nunca fui una buena consejera, pero tu padre ya vivió lo suyo.

—Lo sé, mamá.

—Volviendo a casa anoche me contó a duras penas vuestra visita a la parroquia.

Laura abrazó a su madre.

—Lo necesitaba mamá, lo necesitaba.

—¡Ea! hija, él también.

Los sanitarios tosieron y pidieron disculpas por la interrupción.

—Disculpen, lo llevamos al hospital.

—¿Al hospital? —preguntó Laura confusa.

—Sí hija, allí irán luego los de la funeraria, no te preocupes.

—Les acompaño en el sentimiento —dijo el sanitario que empujaba la camilla. Encima, el cuerpo ya sin vida del señor García.

Cerraron la puerta y se quedaron las dos solas.

—Ven vamos a desayunar.

Pan rústico —pero del auténtico, no del que te venden como si lo fuera— buen aceite de cooperativa, tomate del huerto de la vecina y un sabroso café con leche. No recordaba haber desayunado tan bien desde hacía mucho tiempo. Su ánimo lo agradeció.

Se dio una ducha y tras arreglarse se fue con su madre al hospital. Allí firmaron un montón de

papeles y les pidieron que se fueran al tanatorio. La funeraria llevaría el cuerpo en el ataúd en unas horas. El tanatorio se encontraba en un ala del hospital, por lo que no tuvieron que caminar mucho. En las puertas de la sala asignada, se encontraban ya varios conocidos y familiares.

A Laura le desagradó bastante todo el protocolo del pésame, y se sintió aturdida. Su madre se dio cuenta y —una vez más— acudió rauda al rescate.

—Hija, acércate a urgencias a lo de la doctora. Está aquí al lado.

—No mamá, no voy a dejarte sola.

—Están las primas y estas cascan mucho. Venga, tú todavía estás viva. Además no traerán el ataúd hasta dentro de un buen rato.

Laura hizo el amago de sonreír ante los ánimos de su madre. Aceptó y marchó hacia el hospital. Llegó a urgencias y facilitó sus datos; esperó un buen rato para una primera valoración de un enfermero y subió a avisar a la doctora. Así se lo había pedido el día anterior.

—¿Qué te pasa mujer? Qué mala cara.

—Doctora, la vida...

Laura contó lo de su padre y a la ginecóloga se le escaparon unas lágrimas.

—Tu madre...

—Sí, por ella es por lo que estoy así.

La doctora le dio un abrazo y Laura lo aceptó. Hubiera aceptado el abrazo de los chicos de la ambulancia, de cualquier viandante de por la calle, ¿de su marido?

—Mira, me quedan aún unas cuantas pacientes; te acompaño un momento a urgencias y te voy pidiendo las pruebas ¿de acuerdo?

Laura asintió sin decir nada.

Se sentó en la sala de espera mirando el móvil y dando cabezadas de sueño por más de una hora. La avisaron por megafonía y vinieron a recogerla en silla de ruedas, cosa que la estremeció.

Análisis de sangre, cultivos, ecografía, biopsia y paracentesis.

—¿No me ponéis un sedante?

—No es necesario, ¿por qué? —contestó el doctor que le hizo la prueba.

—La última vez que me la hicieron me lo pusieron.

—Puede que el protocolo del otro hospital así lo contemplara, pero no es lo habitual. Además, urgencias es distinto.

Laura no quiso preguntar más. Estaba exhausta y dolorida. Llevaba más de cuatro horas allí encerrada.

«¿Cómo estará mamá?»

La doctora Gloria la atendió por fin en una consulta de urgencias.

—Bueno, como te dije, hasta dentro de una semana no podré decirte nada. El análisis de sangre muestra una ligera alteración sin importancia. Sin importancia ¿vale? Esperaremos al cultivo y del resto de pruebas. Te he cogido cita para el próximo martes a primera hora. ¿Te viene bien?

—Sí, voy a pasar una temporada aquí con mi madre.

La doctora se levantó, le dio un abrazo y la acompañó hasta la puerta.

—Por la tarde me pasaré a veros.

—Gracias Gloria.

La ginecóloga se despidió de Laura, que caminó en el sentido opuesto al tanatorio. Se dio cuenta de su error cuando ya había andado más de un kilómetro en dirección contraria.

«Vaya tela, Laurita»

El sol era de justicia, principios de verano, y de la brisa del día anterior ni rastro.

Llegó hecha un tomate al tanatorio. Más besos, más abrazos y más pésames de gente casi

desconocida.

Su madre estaba con sus primas apoyada en el cristal desde el que se veía el féretro. Laura se llevó una horrible impresión al darse cuenta de que estaba abierto. La señora Rodríguez se dio cuenta y la abrazó por la cintura.

El señor García parecía un maniquí: maquillado, estirado y muy blanco. Laura creyó que el olor de la muerte había traspasado el cristal y no pudo soportarlo. Se desmayó.

Volvió a despertarse en un box de urgencias del hospital

—¿Estás mejor?

Laura se asustó, no era la voz de su madre y no sabía que estuviera acompañada.

—Pero quién...

Vio un rostro conocido pero no supo identificarlo. Estaba todavía mareada y había poca luz en la estancia.

—Soy Eloísa, ¿me recuerdas?

«Joder, a tu hermano sí que lo recuerdo».

—Eloísa, cuanto tiempo.

La chica se acercó y se dieron dos besos.

Ayer llegué tarde a la presentación de tu libro, cuando llegué a la librería ya estaban recogiendo. Así que me he traído esto para que me lo firmes. La chica ofreció a Laura un ejemplar de su novela acompañada de una bonita pluma.

—Claro, claro.

Abrió la primera página pero se detuvo.

—Dime una cosa antes, que estoy muy mareada. ¿Qué haces aquí?

Eloísa, por lo visto, llegó al tanatorio pocos minutos después de que se desmayara. La señora Rodríguez la conocía a ella y su familia.

—Dejé la carrera de Humanidades y estudié enfermería. Tu madre quería venirse contigo pero la convencí.

—Vaya.

Laura se quedó pensativa, volvió a abrir la tapa del libro y escribió una típica pero bonita dedicatoria.

«Para mi única amiga de la infancia sin contar a doña Rita, espero que disfrutes tanto de su lectura como yo lo he hecho escribiéndolo.»

—¿Quieres que se lo dedique a tu hermano?

—No por Dios —contestó riendo. —¿Sabes? Se ha cambiado de acera.

—Pues que lo disfrute ¿no?

Ambas rieron y Eloísa le contó que a su padre por poco le da algo cuando su hermano salió del armario. Con el tiempo lo aceptó y ahora está muy orgulloso de él.

—No eres la única artista de la ciudad. Él trabaja en cine y dentro de poco rodará su primera «peli».

—¡Cuánto me alegro!, Dame su contacto que le mandaré mi novela por si puede llevarla al cine. Volvieron a reír y siguieron charlando amigablemente hasta que llegó su madre.

—¿Cómo estás, hija?

—Mejor, mejor. ¿Y el velatorio?

—No hija, hemos cerrado las puertas de la sala. Allí nadie puede hacer nada ya, y yo estoy agotada.

—Tienes razón mamá.

—¿Te han dicho algo de cuándo te puedes ir?

Laura se encogió de hombros. La madre se sentó y las tres charlaron durante un rato hasta que vino el doctor de urgencias. Tan solo se trataba de una pequeña lipotimia, la mandaron para casa. A la salida del hospital, se despidieron de Eloísa.

—Me voy a quedar una semanita por aquí. ¿Me das tu móvil y quedamos?

—Claro.

Intercambiaron teléfonos y se dieron un abrazo.

Madre e hija volvieron a casa en taxi y pararon para comprar algo de cena en un restaurante de comida rápida. Cenaron sin apenas hablar y se fueron a dormir. Laura tuvo la idea de abrir la cama supletoria que había bajo su somier. Así que pasaron la noche juntas en la habitación de Laura.

—Nunca traje a una amiga a casa, mamá.

La señora Rodríguez rompió a llorar como Laura no había visto nunca, ni horas antes cuando su padre falleció. Por ello le dio un abrazo y no la abandonó hasta que se quedó dormida.

Laura no tenía sueño, el desmayo había dado paso a una larga siesta de más de dos horas y estaba completamente desvelada.

Miró el móvil y, a pesar de ver mensajes de su marido, no quiso abrir la conversación. Sí miró los de Adrián que trataba de subirle la libido con alguna foto con poca ropa. Al menos sirvieron para animarla un poco. Quiso llamarlo pero era tarde y sabía que al día siguiente tenía un examen. Prefirió no contarle nada del entierro de su padre, no podría acudir y le distraería.

Se levantó y fue hasta el salón. Cogió el ordenador y abrió su programa de escritura. Quería poner en orden todo lo que había escrito. Le costó pero lo hizo. Tenía perfilada su nueva novela. Escribió un nuevo pasaje de su azarosa vida y el sueño la visitó. Su madre se la encontró con la cabeza apoyada sobre el portátil.

—Hija, hija, despierta que nos tenemos que ir al entierro.

«¡Puff, entiérrame a mí también, te lo ruego!»

Se dio una ducha helada y se tomó dos tazas de café. La pusieron muy nerviosa, pero ayudaron a que no desfalleciera. Se fueron andando a la parroquia. La señora Rodríguez tuvo que rogarle que entrara a la misa de funeral. Lo hizo de muy mala gana.

—Lo hago solo por ti, cuando te mueras tú te juro que no pisaré la iglesia.

—Cuando me muera yo como si me quieres dar de comer a las ratas.

No había enfado, incluso Laura sonrió con las palabras de su madre. Se pasó todo el oficio mirando a sus zapatos.

Cuando terminó la misa, enfilaron una larga recta que les llevó caminando hasta el cementerio tras la estela del coche fúnebre. Llegaron a las puertas del camposanto y los familiares del señor García, concretamente los hombres como mandan las antiguas tradiciones, se repartieron las posiciones para coger el ataúd a hombros.

Lo que no esperaba Laura es que uno de esos «familiares varones» fuera su marido.

## Cipreses

—Es tu marido y tiene que estar en el entierro de tu padre. Después ya si quieres te divorcias o haces lo que quieras.

—¿En serio mamá? Dos disgustos en el mismo día.

—No me lo des tú a mi ahora y tira pa'dentro.

La señora Rodríguez apretó con mas fuerza el brazo de su hija y tiró de ella hacia el interior del cementerio. Alberto, gafas de sol, traje oscuro, tuvo tiempo de girar el cuello para mirar a su mujer. Laura no se sintió intimidada, solo molesta y dolida con su madre.

Llegaron al nicho y entre todos subieron el féretro por una escalera enorme. El enterrador introdujo las coronas y ramos dentro, y tapió la tumba con una lámina de contrachapado. También puso una placa identificativa con el nombre y fechas de nacimiento y muerte del señor García. Laura clavó sus ojos en el nombre de su padre y su mirada se ensombreció.

Alberto se aproximó a Laura que abrazaba a su madre por la cintura. Le dio un beso en la mejilla y le echó un brazo por encima del hombro. Laura no podía moverse, tenía a su madre a un lado, a su marido al otro y a un montón de gente alrededor.

Se sintió humillada y la rabia casi le hace explotar. Sacó fuerzas de no se sabe donde para reconducirla en llanto.

El enterrador dio por terminado su trabajo y la gente se fue dispersando. Algunos se despidieron de la señora Rodríguez que se soltó de los brazos de su hija. Alberto aprovechó esta circunstancia para abrazarla y ella no supo apartarse. ¿O no quiso? Cedió y se abrazó a su marido para continuar llorando. Él acariciaba su pelo y le daba besos en la frente.

—Tranquila, todo va a ir bien.

Ella levantó la cabeza y lo miró. Quiso ver al hombre bueno del que se había enamorado años atrás. Con el que había convivido y con el que había planeado formar una familia. Creyó encontrarlo y a punto estuvo de besarle en los labios.

Pero una vez más él se encargó de disuadirla. Se había vuelto torpe hasta para eso.

—Vente conmigo por la tarde, tengo los resultados.

Ella abrió los ojos como platos. Todo rastro de empatía se desvaneció al recordar las palabras del doctor que le hizo la prueba el día anterior. Se apartó bruscamente.

—¿Me vas a poner un sedante para decirme que es maligno?

—¿Qué estás diciendo?

—Que te vayas ahora mismo si no quieres que monte un numerito y darle otro disgusto a mi madre.

—Pero...

Laura se acercó de nuevo y le cogió por la nuca para acercar la boca a su oreja:

—La prueba que me hiciste no necesitaba de anestesia, a saber para qué me la pusisteis tú y tu amiguito.

—¿Pero qué dices, Laura?

—Por favor vete ahora mismo o te juro...

No esperó a oír el final. Se apartó de ella, se dirigió a la señora García y le dio dos besos.

—Señora, tengo mucho trabajo, cuidense.

La señora Rodríguez observó como el doctor intentaba acercarse a Laura y como esta le rechazaba con un aspaviento.

—No sé quién te has creído que eres por juntar letras —susurró.

Laura tuvo que reprimirse las ganas de darle una bofetada. Alberto se colocó las gafas de sol y

se marchó.

Madre e hija se volvieron a agarrar del brazo y se quedaron unos minutos más observando el nicho donde ¿descansaba? el señor García.

El sol empezaba a calentar y se fueron a casa en taxi.

—¿Me vas a decir lo que te pasa con tu marido?

—Que no lo soporto, mamá. Ya está.

—Si tú supieras lo que yo tuve que aguantar a tu padre.

—Me puedo hacer una idea, yo vivía con vosotros ¿recuerdas?

La señora Rodríguez no dijo nada más del asunto.

Llegaron a casa y Laura se encerró en su cuarto. Estaba furiosa y no quería culpar a su madre. En el fondo era una mujer tradicional que no sabía lo que había pasado entre ellos. Y no sería ella quién se lo contara, al menos de momento.

Estaba rendida y se durmió la siesta del burro.

Al cabo de un rato, su madre abrió la puerta y un penetrante olor a guiso entró en la habitación. Su madre la despertó con delicadeza y Laura, hambrienta, al oler la comida se levantó como un resorte.

—Qué bien huele.

—Tu comida favorita, al menos la de hace tiempo.

—La tía Herminia también la hacía muy bien. Por cierto ¿Por qué no ha venido?

—Está muy mayor y en su casa no hay ascensor.

—Dímelo a mi. Y menos mal, si llega a haberlo hubiera echado más culo todavía... ¡Cómo cocina esa mujer!

Se levantaron y comieron juntas las patatas con carne y verduras de la señora Rodríguez. Laura disfrutó de un sabor que le transportó a su infancia.

«¡Qué bueno está, por favor!»

Pusieron la televisión y miraron cualquier programa de sobremesa mientras Laura contaba entusiasmada todo lo relacionado con su libro.

—¡Cuánto me alegro hija, tu padre murió orgulloso de ti!

Laura se conmovió al escuchar estas palabras.

Fue a por su portátil y siguió escribiendo mientras su madre veía la televisión. La tristeza ayudaba a crear. Se dejó los pulpejos de sus dedos en el ordenador hasta que se hizo de noche.

La madre volvió a preparar una sabrosa cena: filetes con patatas y una ensalada con pepino, tomate y cebolla. A Laura, parecía que crear le daba apetito y su madre encantada de ello.

Tras la cena siguió escribiendo.

La señora García se cansó de ver la televisión y se fue a la cama.

—Hoy duermo en mi cama hija, el plegatín ese me dejó la espalda hecha polvo.

Se dieron un beso y Laura siguió a lo suyo.

Se levantó a beber agua y aprovechó para mirar el móvil.

Dos mensajes destacaban por encima del resto.

Uno de Adrián. Estaba muy contento de cómo le había salido el examen. Estaba convencido de haberlo aprobado y por consiguiente de haber acabado su carrera. Ella no quiso estropear su felicidad y volvió a obviar la muerte de su padre. Incluso para que no sospechara nada, le mandó una foto de su escote.

El segundo mensaje era de su marido y la curiosidad le llevó a abrirlo. En el mensaje no había nada salvo un documento adjunto. Lo abrió y leyó. Y lo que leyó la dejó abatida.

Resulta que el protocolo de la paracentesis difería de un hospital a otro; en el clínico se

basaban en un reciente estudio que decía que la sedación podía ser aconsejable en algunos casos. También reconocía que en el pasado no se practicaba dicha sedación.

«¡Joder, ya no sé ni qué pensar»

Respondió con el emoticono del puño hacia arriba.

Volvió al trabajo pero la musa se había marchado. Lo intentó pero ni una palabra salía de sus dedos.

«¡Este hombre acaba conmigo de una forma u otra!»

Así que se fue al baño y comenzó a llenarlo de agua caliente. Allí no había espuma y usó bastante jabón para simularlo. El objetivo de ese baño era simplemente relajarla. Su libido estaba en horas bajas.

Tras secarse se metió en la cama con un libro; el baño había ayudado a bajar la tensión y el libro ayudó a dejarla grogui.

Durmió más o menos bien.

El olor del café de su madre también se coló en el cuarto y ayudó a que se levantara con alegría. El resto de los días que pasó en su casa fueron muy parecidos: tras desayunar, madre e hija se iban a dar un paseo, unos días por la ciudad, otros por el campo que la rodeaba; volvían a la casa y Laura se ponía a escribir como una posesa, unas veces con más productividad, otras con menos; comida de las buenas, sobremesa y vuelta a escribir. Por la tarde al caer el sol: pequeño paseo por la ciudad, una cerveza en la plaza y vuelta a casa para cenar. Menos una noche que se comieron dos hermosos bocadillos en una buena tasca del barrio.

Cuando Laura se iba a la cama intercambiaba mensajes con Adrián, y seguía el jueguecito de las fotos. Laura seguía de capa caída y le paraba los pies al instructor con la excusa de su madre.

Tras tres días así, Laura llamó a Eloísa para romper la rutina. Quedaron para cenar y se contaron mil y una anécdotas. La antigua amiga estaba divorciada, su marido le había sido infiel. Trabajaba en el centro de salud del pueblo más próximo a la ciudad. Todos los días tenía que hacerse treinta kilómetros de ida y otros treinta de vuelta.

Tras la segunda cerveza, Laura le contó acerca del Krav Magá.

—¿Y cómo es que te has apuntado a eso?

—Por lo del atraco que te acabo de contar.

—Ah es verdad, perdona. ¿Y lo has tenido que usar?

Laura se calló, le había pillado en un renuncio.

—En un bar un tipo se puso pesado, le di un empujón y un golpe en el brazo. Aparte de eso nada más.

Eloísa se dio por satisfecha y no preguntó más sobre ello.

Se marcharon y volvieron a emplazarse para una nueva cita. Sin embargo Laura prefirió no volver a hacerlo. No quería irse de la lengua respecto a lo de su marido. «Si me tomo dos cervezas lo mismo se me va del pico». Necesitaba descargar todo lo que tenía dentro, pero allí, en esa pequeña ciudad que parecía un pueblo, la noticia hubiera corrido como la pólvora. Y no le hacía ni pizca de gracia.

Cuando Eloísa propuso quedar al día siguiente, sábado, Laura puso la excusa de que no se encontraba bien.

Pasó el fin de semana y llegó el martes: consulta con Gloria, nervios desorbitados.

—Prefiero ir sola mamá, no te enfades.

—Está bien, está bien, pero haz el favor de llamarme en cuanto sepas algo.

Laura aceptó y fue al hospital con más miedo que vergüenza.

Esperó unos interminables veinte minutos hasta que la doctora la llamó. No tenía muy buena

cara y eso hizo que el miedo se agudizara en ella.

—Disculpa mi aspecto, no he pasado una buena noche.

—No te preocupes, estás estupenda

Gloria sonrió y comenzó a hablar mientras a Laura se le subía el estómago hasta la garganta.

—Pues señora García, tengo que decirle que está usted como una rosa. Es arriesgado dar un pronóstico a largo plazo, pero es difícil que ese quiste te de problemas en el futuro. Así que si quieres tener un bebé, estás en la edad ideal.

Laura no había pensado en lo del bebé desde que Alberto empezó a beber.

Se emocionó.

Primero al saber que estaba bien, después al pensar en un futuro hijo pequeño corriendo con el culote al aire por el jardín de su futura casa.

Lloró.

La doctora le agarró la mano y ella correspondió el apretón. Se dieron un nuevo abrazo antes de despedirse.

—Recuerda que esta ciudad, por muy pequeña que sea, fue la que te parió; vuelve más a menudo.

Ella solo pudo asentir con la cabeza porque la emoción seguía embriagándola. La doctora le imprimió un informe que Laura guardó «bajo llave» en su bolso. No se acordó de llamar a su madre, pero su madre sí se acordó de llamarle a ella.

—Estoy muy bien mamá, gracias por todo. En un rato voy para casa.

Se dio un paseo por su ciudad, la ciudad que la parió como habían insistido su madre y la doctora.

«Pero eso no significa que yo me tenga que quedar aquí para siempre».

Paseó hasta la estación. Se dio una pequeña vuelta por los andenes, por la farola antigua, llegó hasta donde una valla le impidió seguir, pero desde donde podía contemplar su querido vagón.

Se acordó de Adrián y esta vez sí que respondió su entepierna.

«¡Cuándo te pille, me embarazas!»

Se tapó la boca riéndose de sí misma por la burrada que le acababa de venir a la mente.

Y se acercó a la ventanilla a comprar un billete de ida a la capital.

## Vuelta

Cuando salió del tren Adrián estaba esperándola. Se fundieron en un abrazo y Laura no se cortó a la hora de besarlo.

«Nunca más me ocultaré de ti».

Dejaron las maletas en casa del instructor y se fueron a comer por ahí. Había ganas de cama, pero los estómagos también necesitaban su ración de carne. Adrián siempre ensalada y algo a la parrilla; Laura esta vez se solidarizó y pidió un plato de pasta con verduras. Tras la comida dieron un pequeño paseo sin rumbo fijo y, por azar, llegaron al Parque del Norte. El mismo en el cual Alberto se había declarado a Laura, el mismo donde pasaron tantas tardes juntos. Adrián quiso entrar, pero Laura rehusó. Dijo que prefería seguir caminando y llegaron hasta la Plaza Central. Allí se comieron a besos sobre el césped como dos universitarios recién enamorados.

—¿Qué tienes pensado hacer ahora? —preguntó Adrián

—Seguir besándote, ¿por qué?

Sonrió y Laura creía que podría tener un orgasmo allí mismo, ante la mirada de todos los viandantes, solo con contemplar sus labios abiertos de par en par.

—Tu futuro, ya sabes.

—Ah, eso...pues seguir escribiendo.

—¿Divorcio?

Laura se incorporó molesta; no le apetecía nada hablar del tema aunque en el fondo sabía que tendría que afrontarlo tarde o temprano. Abrazó sus piernas con sus propias manos y recostó su cabeza sobre sus rodillas dando ligeramente la espalda a Adrián.

—Tienes que afrontarlo, preciosa.

—Déjame.

—Pero es que no te puedes refugiar solo en tus libros y tus cosas. Hay que encontrar un futuro, una casa, un trabajo.

Laura se giró con cara de pocos amigos.

—Tranquilo que mañana mismo me pongo a buscar una habitación. Es más: ahora mismo, vámonos.

Se levantó y se puso a caminar a toda prisa en dirección al metro. Estaban demasiado lejos de la casa de Adrián y ya no tenía ganas de seguir paseando con él. Notó una mano que le agarraba por detrás y su instinto se activó. Usó una técnica de escape, donde golpeó la muñeca de Adrián y dio un tirón seco. Se liberó en el acto.

—Ey, ey, tranquila —dijo el monitor con las manos en alto pidiendo calma y sonriendo—. No quiero problemas.

«Maldita sonrisa, maldita seas por siempre».

—¿Así que me busque un trabajo? Te acabo de decir que voy a seguir escribiendo, mi trabajo es ser escritora.

—Está bien, está bien, disculpa.

—¿Y lo de la casa?

—Mira que eres malpensada, era una forma de abordar que mi apartamento es muy pequeño.

Quizá...

No fue capaz de seguir. Laura interrogó con la mirada. Adrián no se atrevió a continuar.

—Vámonos, en serio, no me apetece seguir con esto —dijo Laura molesta.

Volvieron en metro y apenas hablaron durante el trayecto. A Laura seguía sin gustarle nada el suburbano; todo lo que amaba el tren en superficie lo odiaba bajo tierra. Se sentía atrapada y con

sensación claustrofóbica. Adrián se pasó todo el camino intentando acercarse a ella, no con las palabras, pero sí con las manos y el resto del cuerpo. La muchacha lo rechazó con toda la delicadeza que pudo. Por fortuna no había demasiados viajeros a esa hora y el aire corría entre ellos.

Al llegar al apartamento de Adrián, Laura encendió el portátil y se puso a buscar alquiler de pisos y habitaciones. Cuando el instructor lo vio, le dijo que podía quedarse allí todo el tiempo que quisiera, que no sacara las cosas de quicio.

«Sacar las cosas de quicio dice, y me acaba de decir que me busque una casa y un trabajo»

Él salió a comprar algo para cenar y Laura recibió dos notificaciones que tenía agendadas.

Una la cita del día siguiente con su «querido» marido y ginecólogo.

La otra decía que tenía que llamar a su editora.

—Hola Laura, ¡dichosos los oídos!

—¿Cómo estás? Ya te conté lo de mi padre.

—Uy cierto, disculpa. Lo siento mucho.

—No te preocupes, recibí tu mensaje.

—Oye voy directa al grano: en la editorial estamos encantados con la respuesta que está teniendo tu novela. No nos la esperábamos.

—Precisamente de eso quería hablarte, ¿podemos reunirnos mañana?

—Me has leído la mente, como me dijiste que ibas a estar por aquí, reservé un hueco a la una del mediodía. Después te invito a comer.

—Perfecto, nos vemos mañana entonces.

—Sí, que descanses, y cuídate mucho.

Laura buscó en su ordenador el archivo con el borrador de su siguiente novela. Tenía todavía que pulirlo muchísimo y escribir bastantes capítulos. Pero tenía el esqueleto de la historia bien atado. Quería imprimir una sinopsis y un resumen para llevársela a Sonia al día siguiente. Prefería hacerlo en papel. Cuando llegó Adrián preguntó si tenía impresora.

—No, lo siento.

Laura refunfuñó y Adrián se encogió de hombros.

«A ti con dar patadas te basta»

Laura le mandó un email a Sonia con el resumen de su novela. Dudó mucho antes de darle a la tecla de enviar, pero se armó de valor y presionó el ratón del ordenador.

«Me han dicho que están muy contentos, así que no pierdo nada»

Cenaron algo ligero y Adrián quiso suavizar la tensión hablando de Krav Magá:

—¿Cuando vas a volver a entrenar?

—No lo sé.

—¿Por qué no empiezas mañana mismo?

—Mañana tengo la cita, ¿no lo recuerdas o qué?

Adrián la miró queriendo quitar hierro al asunto al verla tan tensa.

—¿Cuento contigo para pasado mañana?

Laura, tras suspirar y pensárselo afirmó con la cabeza. Sabía que lo echaba de menos. Ahora el Krav Magá formaba parte de su vida y lo llevaría consigo para siempre.

Simularon ver una película; simularon porque Laura estuvo todo el tiempo con el portátil en las rodillas buscando información sobre maltratos para aplicarlo a su nueva novela. También investigó sobre la historia del Krav Magá. Cuando Adrián miró de reojo la pantalla del ordenador y lo vio, quiso darle una clase magistral sobre ello. Laura escuchó atentamente, Imi Lichtenfeld y todo lo que vino detrás.

Ella tenía sentimientos encontrados respecto a la historia moderna del pueblo judío y procuró no involucrarse emocionalmente en ello. Adrián lo contaba con pasión, se notaba que lo amaba.

Se fueron a la cama y el instructor hizo un intento de acercamiento sexual, no lo suficientemente convincente para que Laura rebajara la barrera que se había autoimpuesto. Pasaron la primera noche juntos sin que hubiera sexo entre ellos.

Laura durmió fatal porque sabía que el día siguiente sería un día de esos de los que no se olvidan nunca.

El despertador sonó a las ocho en punto. Adrián se despertó pero no se levantó, a él todavía le quedaba una hora para tener que hacerlo y se hizo el remolón. Laura había dejado bien claro que quería ir sola al hospital y el instructor se cansó de insistir.

Desayunó un simple té, se vistió y se dirigió hacia la puerta. Estaba ensimismada mirando el móvil y no se dio cuenta de que Adrián le bloqueaba el camino. La agarró de la cintura y la plantó un pedazo de morreo. No se lo esperaba y le costó reaccionar, pero en cuanto lo hizo le correspondió con toda su pasión. Adrián estaba desnudo y ella empezó a notar la erección golpear contra su ropa.

—Por Dios para, que me tengo que marchar. Luego hablamos.

—Cuando vuelvas vamos a hacer de todo menos hablar.

—Que sepas que sigo enfadada.

Se escabulló por el pequeño hueco que había entre el maromo y la pared, y abrió la puerta. Antes de cerrarla se giró y comprobó que la vista era inmejorable: parecía el David de Miguel Ángel, solo que más moreno y con algo mucho más grande entre las piernas. No pudo evitar morderse el labio y guiñarle el ojo.

Ese breve momento de erotismo le animó y alegró el camino al hospital. Desde la casa de Adrián tuvo que coger dos autobuses —«no cojo el metro a esta hora ni muerta»— y tras más de cuarenta minutos de viaje llegó al Clínico. Al pulsar el botón del ascensor el ánimo se le vino abajo y comenzó a temblar. Había demasiada gente a su alrededor y creía que se iba a desmayar. El hecho de estar tan abarrotado le ayudó a subir —a empujones— al ascensor y a no caerse. Se encontraba atrapada/apoyada entre demasiados cuerpos ajenos.

Cuando llegó a su planta, sintió un gran alivio al poder liberarse de tanta presión. El alivio duró poco, porque al ir aproximándose a la consulta de su marido, el pasillo se le fue empequeñeciendo y alargando, como en la película *El Resplandor*. Sintió que las piernas le fallaban y tuvo que apoyarse en unas sillas de espera que, por suerte, encontró a mano. No supo de donde sacó las fuerzas para seguir hasta la sala de espera de ginecología, pero lo hizo.

Cuando llegó no había nadie.

Eso la intranquilizó aún más si cabe.

Cuando Alberto De Miguel abrió la puerta de la consulta, vestido de quirófano con alguna mancha de sangre en el pijama médico, creyó/deseó que el suelo se abriera y se tragara el mundo.

## Informe

—Hola Laura, siéntate por favor.

Laura obedeció, en ese momento los nervios podían con ella y se sentía vulnerable, incapaz de obrar por sí misma.

Alberto giró la pantalla del ordenador y le enseñó dos imágenes, una a cada lado de la misma.

—Este es tu quiste el primer día que te hicimos una eco, esta otra imagen es de hace dos meses. Hay una gran diferencia y por eso quise hacerte la paracentesis además de la biopsia.

Laura permanecía inmóvil, incapaz de reaccionar.

Alberto sacó unos papeles de un sobre y le mostró una analítica y un informe.

—Los marcadores tumorales de la biopsia de hace un mes indican que podría ser maligno y la paracentesis lo confirma.

Los ojos de Laura no pudieron más y las lágrimas brotaron rebasando el lagrimal hasta acabar en su mejilla. Hundió su cabeza contra el pecho.

—Te he programado el quirófano para la semana que viene. Extraeremos el quiste y el ovario derecho. Creo que no tendremos que extraer más. Después iniciaremos la quimio y no sé si la radio. Tienes que ver al oncólogo primero.

Laura seguía con la cabeza gacha, y empezó a buscar en su bolso.

—Laura lo hemos cogido a tiempo y todo va a salir bien.

Encontró lo que estaba buscando y levantó la cabeza poco a poco mientras lo aprisionaba en su mano sin sacarlo.

—¿Tienes algún interés en dejarme estéril o en hacerme cualquier otro tipo de daño?

Alberto no se esperaba esa respuesta, pero supo reaccionar.

—No tienes por qué quedarte estéril, solo extirparemos un ovario, no los dos.

—¿Sabes? He leído un caso de un médico en Estados Unidos que se dedicaba a extirpar ovarios y úteros sanos. Engañaba a las pacientes con pruebas falsas. Da miedo la verdad, pero bueno, ese tío era un psicópata.

Alberto no comprendía nada o al menos fingía bien no comprenderlo. Laura sacó el informe de la doctora Gloria y se lo tiró contra la mesa.

—No creo que seas un psicópata, bueno ya no sé qué pensar. Quizá seas solo mala persona; o simplemente quieres tener una excusa para divorciarte sin problemas y poder follarte a tus enfermeras sin tener que esconderte ni dar explicaciones.

—Laura, ¿qué es esto?

—Solo tienes que abrirlo y leerlo, está todo bien explicadito por mi ginecóloga de siempre, allí en mi ciudad natal.

Alberto abrió y frunció el ceño al leer el dictamen de la doctora Gloria.

—Ahora voy a marcharme muy despacio de aquí, ya la próxima vez que nos veamos será en un juzgado. No para el divorcio, eso vendrá luego. Pienso demandarte y vas a perder tu puta licencia de médico por falsedad de pruebas y lo que coño sea que mi abogado diga.

Laura se levantó y Alberto también, con ímpetu, con la intención de ir hacia ella. Laura levantó los brazos y adoptó la posición de guardia.

—Ni se te ocurra intentarlo, no en el hospital al menos.

El doctor De Miguel rompió el informe de Laura.

—Esto puede estar mal, ¿qué coño te piensas? ¿No viste el informe que te mandé sobre la paracentesis?

—No pienso decir nada más, no debería ni estar aquí. He venido solo porque necesitaba saber

si serías capaz de algo así. No podía creerlo. Yo te lo di todo, todo. Y ahora, ¿tú me haces esto? Hubiera sido más fácil dejarme una nota para que me fuera.

Las lágrimas empezaron a rebasar sus párpados inferiores.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—Pues acláramelo.

Alberto se sentó hundido en su silla. Apoyó sus codos sobre la mesa y hundió su cabeza entre sus manos.

—¡Alberto!

El médico se sobresaltó ante el grito de su mujer. Se levantó y fue hacia el otro lado de la consulta. Hasta el potro de exploración. Lo tocó, prácticamente lo acarició mientras lo rodeaba. Daba realmente miedo.

—Aquí empezó todo, querida. Tú fuiste la primera.

Laura, a pesar de que se sabía superior en caso de enfrentamiento físico, sintió tanto miedo ante la mirada del médico que quiso salir disparada de allí. No entendía lo que quería decir, o mejor dicho, no lo concebía.

—Sí cariño, sí. La primera. ¿Entiendes? Y la única de forma espontánea. Eso es todo un privilegio.

Una arcada vino a la garganta de Laura, seguida por otras dos más. Si llega a haber desayunado hubiera vomitado.

—Y todo fue bien hasta que el gilipollas de Luis se fue de la lengua.

Laura levantó la mirada confusa.

—Sí, se lo tuve que contar, por lo del tema de nuestra relación y la dirección médica, ¿te acuerdas? Si hubieras cambiado de ginecólogo no habría pasado nada, querida.

Laura estaba presa del pánico, dobló las rodillas y casi cae al suelo, empezó a sentirse mareada pero no podía permitirselo.

—¿Crees que me asusta tu amenaza? Ya he perdido todo, se acabó. Es cuestión de tiempo que vengan a por mí.

Laura se apoyó en una silla y se mantuvo en pie, Alberto se aproximó hasta ella. Le acarició la mejilla.

—Laura María, tan bella, tan pura... Tú tienes la culpa de todo.

El doctor puso su mano con fuerza sobre la entrepierna de la escritora, y la miró a los ojos de una forma que Laura jamás podría olvidar.

—La verdad es que eres lista, sí que te iba a limpiar enterita por dentro para evitar al mundo más Lauritas.

Ella reaccionó y le pegó un empujón que acabó con el ¿médico? en el suelo. A trompicones llegó hasta la puerta y se marchó de allí a toda velocidad. No veía nada a su alrededor, tan solo buscaba el ascensor, o las escaleras o hasta una ventana para saltar al vacío. Seguía sin concebir que su marido, al que hasta hace menos de un mes idolatraba, amaba, moría por él, fuera un perverso, un psicópata.

«Fuiste la primera, y la única de forma espontánea».

«Limpiarte entera para evitar al mundo más Lauritas».

Esas dos frases la perseguirían hasta el día en que muriera.

Bajó por las escaleras apoyada en la barandilla, sentía una sensación de embriaguez, como si se hubiera bebido dos Guinness. Llegar a la puerta de salida fue una especie de orgasmo, el aire fresco le golpeó la frente y consiguió calmarla en parte. Empezó a respirar muy fuerte, tanto que estuvo a punto de hiperventilar y acabar en urgencias.

«No, en este hospital no, por favor».

Bajó unas escaleras y prácticamente se tiró sobre el primer taxi que pasaba por allí.

## Pasifae

Llegó al gimnasio de Adrián y lo abrazó delante de todos los compañeros, le dio igual. Él trató de calmarla y la llevó a una sala aparte. Laura se lo contó todo.

—Discúlpame un segundo —dijo Adrián.

Salió del despacho y tras la puerta se escuchó cómo golpeaba con fuerza un saco de boxeo.  
«Ayuda mucho a descargar tensiones»

Volvió a entrar con la cara impregnada en sudor y los puños enrojecidos.

—Vamos directos a la policía, ¿ok?

Laura no dijo nada, tan solo se agarró de su brazo y se dejó llevar.

En comisaría denunciaron los hechos. Laura luchó consigo misma y pudo recomponerse para dar todos los detalles. El policía la invitó a contratar un abogado lo antes posible. Firmó la denuncia y se marcharon.

Fueron a comer algo, Laura le dijo a Adrián que necesitaba energía. No tenía mucha hambre pero sabía que tenía que hacer ingesta de calorías. Solo faltaba una hora y media para reunirse con Sonia y necesitaba dar la talla.

—Buscaremos un piso para los dos ¿te parece bien?

En otro momento Laura se hubiera sentido ilusionada con esa propuesta, pero no entonces. No después de aquello.

—Esta noche lo hablamos tranquilamente, si te parece.

Adrián asintió.

—Creo que puedo conocer a un abogado, mi padre tiene un buen contacto.

Laura solo movió la cabeza afirmando. Sabía que tenía que hacerlo, había lanzado un órdago a su marido sin haberse asesorado antes, pero se resistía a formalizar el trámite. Era la línea definitiva a cruzar en su matrimonio.

Terminaron de desayunar y la llevó en su coche hasta la editorial.

—Cuando acabes me llamas y vuelvo a por ti. ¿De acuerdo?

Ella asintió y le dió un pequeño beso en los labios antes de bajarse. Miradas que lo decían todo.

Antes de subir al despacho de Sonia, Laura pasó al baño a recomponerse un poco. Se pintó los labios, se peinó, y se echó un poco de perfume.

Dio un suspiro y pasó al gran despacho de su editora.

—Laura cariño, bienvenida.

Era la segunda vez que Laura acudía a la editorial y el ambiente la entusiasmó tanto o más como la primera vez. Todas las dependencias, desde la recepción hasta el despacho de Sonia estaban decoradas con estanterías antiguas muy cuidadas y repletas de libros. Se sentía como Bella en la biblioteca del palacio de Bestia.

Necesitaba algo así para poder afrontar lo que la esperaba.

—Siéntate, por favor.

Laura se sentó y su cabeza no paraba de moverse admirando todos los libros apilados en la estantería que había tras el asiento de jefaza de Sonia.

—Tienes la misma cara que el día que firmamos el contrato, ¡cómo me alegra tener escritoras que aman tanto la literatura como tú!

—Gracias.

—Bien, como te dije, la campaña de la novela está yendo genial y tengo una buena noticia para ti.

Laura sintió una mariposa en el estómago, no podía ser lo que ella estaba imaginando.

—Vamos a por la tercera edición, esta vez con veinte mil ejemplares. Y subiendo maja, y subiendo.

La mariposa del estómago era bonita, pero no tanto como ella esperaba. Aún así sonrió y le dio las gracias de corazón.

—¿No te parece una noticia lo suficientemente buena?

Laura no dijo nada, Sonia la miraba seria.

—Creo que esperabas otra cosa, ¿verdad? —dijo Sonia.

Laura solo asintió con un nudo en la garganta.

—Bienvenida a Editorial La Maga, Laura María García Rodríguez —dijo ofreciéndola la mano.

El gesto de confusión en la cara de Laura era un poema, así que la editora salió al rescate.

—Me ha encantado la historia que me has mandado y al editor en jefe también. Vamos a hacerte escritora en exclusiva. A una fan de Rayuela como tú no podemos resistirnos.

A Laura le sonrió hasta el corazón.

—Y sí, eso incluye la publicación de tu segunda novela, digamos dentro de...¿Cuánto te falta?

—Pues tengo que terminar unos seis o siete capítulos; corregirla al menos dos veces; mandarla al corrector ortotipo...

—De eso nada, tenemos nuestros propios correctores. ¿Terminarías en tres o cuatro meses?

—Sí, más o menos.

Sonia se rascó la barbilla pensativa.

—Bueno, no quiero darte una fecha exacta, pero cuenta con que en menos de un año tendrás tu segunda novela en todas las librerías del país y en las que pueda del extranjero.

Las mariposas, ahora sí, perforaron el vientre de Laura que se puso a llorar de emoción. Sonia dio la vuelta a su escritorio y se fundió en un abrazo con su escritora del momento.

—Ahora vamos a hablar de algunos detalles aburridos, de dinero y esas cosas tan poco importantes, ¿vale?

Laura soltó una carcajada entre lágrima y lágrima.

Ultimaron los detalles de la novela actual y de la próxima; y se fueron a comer.

En la comida todo fueron risas, hasta que Sonia preguntó por su estado de salud. Ella se refirió a los resultados de la doctora Gloria y, obvio, no contó nada más. Tomaron unos chupitos tras la comida y se despidieron con otro abrazo.

Laura no quiso llamar a Adrián, necesitaba un poco de tiempo para ella sola. Estaba exhausta y cogió un taxi. Pidió que no fuera directo sino dando un rodeo por el centro. Disfrutó de las vistas que ofrecía la gran ciudad, sus avenidas y bulevares, sus parques y jardines, sus fuentes monumentales...Una delicia para los sentidos en aquel templado verano.

Llegó a casa de Adrián antes que él y volvió a preparar una de sus famosas cenas románticas.

Y volvió a esperar a un hombre, ataviada solo con su lencería.

A él era la primera vez que se lo hacía, y claro está que se acordó de su marido, pero supo diferenciar y centrarse en el momento. Cuando Adrián entró y la vio tan sexy, tan seductora, tan potente, tiró todo lo que traía en la mano al suelo y se fue directo a comérsela.

—Necesito que me folles como nunca te has follado a nadie. Pero no de palabrería ni de orgullo de machito. Necesito que sea la mejor noche de sexo que te hayas dado a ti mismo y a una mujer en tu puta vida. ¿Entiendes?

Adrián no dijo nada. Solo se dejó llevar por el momento y le arrancó, a mordiscos, la poca ropa que llevaba puesta. Literal. Besó, comió, succionó y pasó su lengua por cada poro de la piel de Laura María García Rodríguez.

Ella se acordó de las palabras de su editora «bienvenida a Editorial La Maga»; y le vino a la mente el texto de su adorado Julio Cortázar en Rayuela. Mientras Adrián devoraba con boca y lengua su entrepierna, ella se acordó de la noche en la que Oliveira vejó a La Maga, entre los brazos oliendo a sangre, le hizo beber el semen que corre por la boca como el desafío al Logos, le chupó la grupa y la sombra del vientre, la hizo Pasifae y la magnificó a constelación...

Laura se sorprendió a sí misma susurrando algunas de estas palabras. Adrián se separó de entre las piernas de su amante, no entendía bien lo que ella decía pero se sentía emocionado por la pasión que ponía en el texto y tuvo oído selectivo para algunas cosas que puso en práctica. Se cruzaron las miradas y ese momento se quedó grabado para siempre en la historia de cualquier relación sexual humana.

El resto de la velada ambos amantes se esforzaron al máximo en acercarse, al menos un poco, al texto de Cortázar. La hizo Pasifae y todo lo demás en una noche épica/mítica/inolvidable de sexo.

Una vez más el amanecer les sobrevino con Adrián dentro de Laura y con Laura dentro de Adrián, porque ambos sentían que la comunión entre ambos era mutua; no se trataba solo de órganos reproductores.

Durmieron mal y poco de mañana, y al despertar vuelta a lo mismo hasta caer extenuados en una larga siesta.

Despertaron sobre las siete de la tarde y tras reponer algo de fuerzas, Adrián pidió a Laura que le acompañara al gimnasio. Ella le hubiera acompañado hasta Ushuaia, el fin del mundo para la Argentina de Cortázar.

Por el camino iban de la mano, acaramelados como una pareja de adolescentes. Cuando estaban llegando al gimnasio no lo vieron venir.

De hecho vino por la espalda como todo buen cobarde.

De repente Adrián empezó a convulsionar y los chisporroteos taladraron los oídos de Laura. Tardó en darse cuenta de que Alberto había clavado un taser en la nuca de su instructor y la descarga de la pistola eléctrica lo estaba dejando completamente noqueado. La escritora reaccionó tarde, pero reaccionó y propinó un golpe seco en la mano del médico, que hizo que el taser acabara en el suelo. Dudó si agacharse para atender a Adrián que seguía convulsionando, pero perder de vista a Alberto podía ser mortal.

Se puso en guardia y él rebuscó en sus bolsillos hasta que sacó un bisturí de cirugía.

—Te piensas que yo lo voy a perder todo y tú vas a salir indemne, ¡hija de puta!

—Tranquilo Alberto, tranquilo por favor.

Giró sus manos para ofrecer la cara posterior del antebrazo —la que no tiene las venas al descubierto— era una norma estricta en caso de una pelea con cuchillo, ya que ofrecer las muñecas puede ser mortal en caso de corte. Y en los ataques con arma blanca recibir un corte sucede en el noventa por ciento de las veces.

—No tienes ninguna posibilidad Alberto, ninguna. El gimnasio está a dos pasos y como se enteren y vean así a Adrián te van a matar.

—No me importa una puta mierda si consigo llevarte por delante.

Laura empezó a gritar tratando de amedrentarlo y de llamar la atención de los transeúntes. El dojo quedaba a la vista pero demasiado lejos para que la oyeran, se estaba marcando un farol.

—Te creías muy lista, perdida en esta enorme ciudad. Te pensabas que no iba a encontrar este piojoso gimnasio. Pues lo pienso prender fuego cuando acabe contigo.

Alberto estaba completamente ido. Jamás se hubiera imaginado que esa mente se hubiera corrompido de esa forma. Laura no pensaba con claridad, pero pudo suponer que años de cometer

quién sabe qué atrocidades sexuales con toda clase de mujeres, le podrían haber trastornado.

El médico se movió de forma que quedó a la altura de las piernas de Adrián.

—Mira lo que hago con tu querido profesor.

Le tiró un navajazo en la pierna y el bisturí estaba tan afilado que consiguió cortar los duros pantalones. Él estaba inconsciente y su cuerpo volvió a convulsionar.

Una pequeña mancha de sangre apareció alrededor del corte del pantalón.

—Ven si no quieres que le corte lo que tiene entre las piernas, que seguro que tanto te gusta, ¡puta!

Laura no lo soportó más, a ella también le daba igual morir con tal de cerrarle la boca a ese desgraciado. Respiró profundamente, era una táctica para manejar el estrés en pelea. Lo hizo tres veces y se fue a por él.

Alberto tiraba navajazos con el bisturí sin ton ni son. Obvio que no era un pandillero y no tenía ni idea de lo que se hacía. Pero el escalpelo podría cortar carne y tendones como mantequilla. Además el taser estaba a su alcance y tenía la intención de cogerlo.

No le dio tiempo.

Laura cogió su bolso y lo tiró con toda su fuerza a la cara del médico. Consiguió impactarle y fue suficiente para que perdiera la concentración un segundo. Se agarró a la mano del bisturí y empezó a doblarla para provocarle una luxación y hacer que lo soltara. El médico reaccionó y con la otra mano le dio un puñetazo en la mandíbula que a punto estuvo de noquearla. No lo consiguió. Ella contraatacó y le pegó una patada con la tibia en el muslo, que hizo que viera las estrellas y doblara la rodilla.

«Buen low-kick nena».

Alberto empezó a gritar cuando Laura dobló por completo su mano sobre su muñeca, pero una fuerza sobrehumana provocada por su estado de ira y locura, impidió que soltara el bisturí. Fue capaz de moverlo lo suficiente para cortar la piel de la escritora cerca del codo. Laura aflojó de inmediato entre alaridos y se separaron. Alberto atacó con toda su ira para clavarla el bisturí en el estómago. Ella supo reaccionar y bloqueó con dureza el navajazo; un bloqueo, con las dos manos en forma de cruz, tan duro sobre la muñeca y el bíceps del médico, que consiguió que soltara el escalpelo de golpe. Dos golpes en la garganta, y una patada en la entrepierna del doctor, hicieron que aflojara, pero siguió resistiendo.

«No puede ser que siga en pie, seguro que se ha drogado»

Así que le inmovilizó el brazo contra sí misma y le dio otra patada en la rodilla que sonó a crujido.

«A tomar por culo menisco, ligamentos y lo que sea».

Alberto, en su caída, consiguió agarrar del pelo a Laura y la tiró consigo. Cayó a plomo sobre ella. Laura tenía un profundo corte en el brazo y estaba a punto de perder sus fuerzas. Su marido se recompuso y se las apañó para estrangularla. Laura solo disponía de seis segundos para no perder la consciencia.

Pero aquella técnica era muy fácil.

Agarró las manos de Alberto con su mano izquierda y evitó que apretara al máximo. Le dio un puñetazo en la nariz con su mano derecha que destrozó el tabique nasal del doctor. Moviéndose hacia atrás y hacia un lado, y le dio una patada en la rodilla que lo desequilibró e hizo que cayera redondo hacia un lado. Ella consiguió ponerse en pie y le dio un puñetazo en la mandíbula que lo dejó al borde del KO. El doctor cayó al suelo de bruces y Laura vio el escalpelo. Lo cogió y lo puso en una mano del doctor que ella misma apretó con fuerza, le puso una rodilla sobre la nuca, le luxó el brazo hasta arrancarle un ahogado grito de dolor; y llevó mano y bisturí hasta el propio

hígado del médico.

—¡Hijo de puta, hijo de puta, hijo de puta!

El bisturí estaba rozando la ropa del doctor y si Laura quería, sería la propia mano de él la que se lo clavara hasta el fondo.

—Hazlo, hazlo joder —susurró el doctor con el hilo de voz que le quedaba.

Laura miró a su alrededor: mucha gente en los balcones, algunos curiosos mirando en la distancia y grabando con sus teléfonos móviles, los chicos del gimnasio por fin salían a ver qué pasaba...

—Laura, Laura —Adrián balbuceaba con la boca llena de babas.

Ella lo miró aterrada.

Se miraron a los ojos y él solo pudo mover la cabeza ligeramente de lado a lado. ¿Negando?

Laura dudó y aproximó más el escalpelo al cuerpo de esa escoria humana al que ya no consideraba su marido.

—Hazlo, ¡puta! —gritó Alberto con la poca fuerza que le quedaba.

Ella le dobló la mano por completo y le volvió a arrebatar el bisturí. Se levantó y le pegó una patada en la entrepierna. Y le pisó el tobillo para dislocarlo. Tenía la mano completamente ensangrentada y al tocarse la cara se manchó de sangre.

Su aspecto era terrorífico.

Parece ser que alguno de los curiosos había llamado a la policía porque las sirenas empezaron a escucharse.

Los chicos del gimnasio ayudaron a Adrián a levantarse y, por fortuna, Raquel también estaba por allí. Fue corriendo hasta Laura y la abrazó apartándola del doctor.

Alberto parecía estar inconsciente, al menos no se movía.

Todo sucedió muy rápido y Laura se vio envuelta en una manta térmica dentro de una ambulancia; Raquel la acompañaba. Tenía vendado el brazo.

En otras dos ambulancias viajaron Alberto y Adrián.

Laura respiró profundo y quiso llorar.

Pero no fue capaz.

## Laura

Los Alpes suizos desde la ventanilla de aquel precioso tren eran dignos de la mejor de las postales.

Laura María García Rodríguez, escritora de éxito, víctima de violencia machista, superviviente.

Sobre sus rodillas un nuevo portátil de última generación.

¿Su novela?

Terminado el primer borrador y empezando la primera revisión.

¿Alberto?

En prisión preventiva a la espera de varios juicios, decenas por abusos en su práctica ginecológica; otro por falsedad documental; otro por lesiones; otro por homicidio en grado de tentativa...

¿Adrián?

Camino de la academia de Policía.

Habían pasado dos meses de la brutal agresión de su todavía marido. Las secuelas psicológicas estaban recientes. Las físicas también. Le dolía teclear con el brazo que sufrió el corte.

Adrián tuvo suerte porque su ropa militar le protegió de daños más graves; seis puntos y un mes de recuperación. Superó con serias dificultades las oposiciones y las pruebas físicas para entrar al cuerpo. Pero lo consiguió.

La relación entre ellos se enfrió.

Laura lo decidió así.

No quería tener nada serio con ningún hombre por el momento.

No después de lo sucedido.

¿En el futuro?

¿Quién sabe?

Lo pasaba demasiado bien en la cama y fuera de ella con Adrián, pero no quería enamorarse de él hasta el fondo

¿No lo estaba ya?

Se despidió de Lourdes, de Raquel y del resto de las pocas pero buenas amistades que tenía, en una suculenta cena en un bonito restaurante de la capital. Sirvió para paliar en parte el agujero que tenía en su alma.

Adrián se despidió en la estación como a ella le encantaba. Como en las películas corriendo tras los vagones.

A Laura le esperaba un mes recorriendo Europa en tren. Y terminando su siguiente novela. El sueño de toda una vida, así se lo había dicho a su madre.

A él un año en la academia.

Prometieron verse en París. Tenían hasta la habitación reservada: una muy cara en un hotel con un buen restaurante para darse ese homenaje que Adrián prometió si aprobaba las oposiciones.

Laura suspiró. Quería apagar el ordenador, descansar un poco y disfrutar del paisaje alpino. Saint-Moritz le esperaba como siguiente parada de su ruta. Antes de cerrar la tapa del portátil guardó el archivo con el nombre de su nueva novela:

*«La simpática pero dramática historia de (nombre por decidir)».*

## Nota del Autor

Mis iniciales son G.Z. , y mi segundo apellido es Escribano. Por lo cual he decidido que este podría ser un buen nombre «artístico». Aunque puede que ya sepas mi nombre al completo.

No voy a extenderme aquí con mi «maravilloso» *currículum vitae*, tan solo te diré que desde que tengo uso de razón me han apasionado las historias de ficción: tanto en cine como en literatura.

Nací en 1978 y estudié primero Óptica y Optometría, y después Comunicación Audiovisual. Hace poco menos de un año decidí retomar mi afición por la escritura, la cual tenía abandonada desde que terminé de estudiar. Gracias a Internet y sobre todo a Instagram, esta historia ha crecido hasta el punto de convertirse en novela corta.

Mi primera novela.

Si has llegado hasta aquí es porque has conseguido acabarla, y eso ya es una buena señal. Y créeme que te lo agradezco de corazón, porque no hay escritor o escritora posible sin lector o lectora al otro lado.

Así que nunca podré agradecerte lo suficiente el hecho de que hayas perdido tu valioso tiempo leyendo lo que he escrito, y lo que escribiré. Porque este es el principio de mi viaje como escritor.

También quiero decirte que el Krav Magá existe como tal por muy raro que te parezca el nombre. Como indico en la novela, es una disciplina de defensa personal que inventaron los israelíes y que hoy en día utilizan multitud de cuerpos de seguridad en el mundo. Su traducción vendría a ser algo como *combate de contacto*. Te animo a que lo aprendas antes de que tengas un problema, porque si se aprende bien es efectivo. Pero también te aviso que es duro; aunque por muy duro que sea, merece la pena el esfuerzo si se presenta una situación peligrosa. Hasta que cambie la educación en este mundo, toda mujer debería saber defenderse.

Para finalizar te pido que me sigas en Instagram, Twitter o me mandes un correo electrónico.

[@G.Z.Escribano en Instagram](#)

[escribano@gzescribano.com](mailto:escribano@gzescribano.com)

[@G.Z.Escribano en Twitter](#)

Hasta pronto.

## Segunda Parte

Ya está disponible la segunda parte de esta novela.

Si quieres descargarla y saber cómo continua la historia, pincha en este enlace que te llevará directamente a la página del libro.

### **Desiderata**

Esta es su sinopsis:

Desiderata es la segunda parte de La simpática pero dramática historia de Laura María Rodríguez. Una novela autopublicada en Abril de 2019 por G.Z.Escribano.

En esta segunda parte se cuenta el viaje en tren de Laura María por Europa, en el que terminará de escribir su novela autobiográfica.

Deberá enfrentarse a situaciones y personajes de diversa índole: un apuesto uruguayo que intenta propasarse con ella; una atractiva colombiana con la que entablará una amistad inolvidable; y un policía argentino tan guapo como siniestro.

Y sobre todo, deberá sobrellevar la carga de un atentado en la antigua Yugoslavia que sufrirá en su propia piel.

Una novela con amor y acción a partes iguales que puede leerse de forma independiente respecto a la primera entrega.

## Agradecimientos

El primer agradecimiento es para ti, lectora o lector. Como ya he mencionado con anterioridad, sin ojos que lean no hay posibilidad de manos que escriban.

Gracias.

Ahora me queda una larga lista, que empezaré por mi familia la cual me ha apoyado en este duro trance.

Gracias Sonia y Rafael. Os quiero.

Y al resto de mi familia: padre y madre, hermana, sobrina (lee todo lo que puedas, Andrea, y escribe, escribe y escribe), sobrinos, tíos, primos, cuñado, amigos y amigas... porque en parte vosotros también me habéis permitido llegar hasta aquí.

Gracias

A Natividad Escalada, por corregir tan rápido y tan bien esta novela; cualquier error que veas aquí es tan solo culpa mía. Y te agradeceré que me escribas con cualquier fallo que encuentres que lo subsanaré en el acto. Nati, tu trabajo ha sido impagable y no sabes cuánto lo valoro.

Gracias hasta el infinito y más allá.

A María Laura García, la ilustradora de la portada, que por azares del destino se llama casi igual que la «protta» del libro. No podré pagarte nunca tu buen hacer con el diseño de las portadas.

Mil gracias.

A mi lectora cero, Raquel Gudiel. Y también a Teresa Jiménez y María Santuy, que han leído parte de la novela y me han dado sus impresiones. Vuestra labor ha sido increíble.

Gracias.

A mi instructor de Krav Magá, Ciccio Trovato, que no es tan guapo como Adrián pero que es un gran *sensei* a pesar de lo duro que es. Y también a todos los compañeros y compañeras con los que aprendo en cada entrenamiento.

Gracias

A todas las personas que me siguen en Instagram, y concretamente a todas las que me han dejado sus comentarios y sus *me gusta/likes* en la serie de relatos que he publicado. A todas y todos los que me han ayudado a elegir el título y votado en todas las encuestas que he publicado. Si eres una de ellas/ellos debes saber que tienes tu porcentaje de responsabilidad en que este libro haya visto la luz.

Gracias y mil gracias.

Y gracias en especial a Julio Cortázar, Cervantes, Javier Cercas, Fernando Aramburu, Santiago Posteguillo, Juan Gómez-Jurado, Noah Gordon, Stephen King, George Orwell, Gabriel García-Márquez... y una larga lista de autores que alargaría en exceso estas palabras de agradecimiento. Gracias a ellos por hacer renacer mi pasión por la literatura.

Gracias.

Y gracias por encima de todo a la Lengua Española, por ser la culpable de que tú y yo nos estemos comunicando en este mismo instante.

Gracias.

Si te ha gustado esta novela, te pido por favor que me dejes tu valoración a en la plataforma donde lo hayas adquirido. A ti te costará muy poco tiempo y a mi me ayudará muchísimo. Anímate: es gratis.